

ZELÁ BRAMBILLÉ

TIEMPO DE

CENIZA

SAGA TERRESTRES I

OZ
EDITORIAL

FINALISTA
DEL
II PREMIO OZ
DE NOVELA

TIEMPO DE CENIZA

ZELÁ BRAMBILLÉ

Saga Terrestres 1



TIEMPO DE CENIZA

V.1: mayo, 2018

© Zelá Brambillé, 2018

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2018

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Imagen de cubierta: Tithi Luadthong / Shutterstock

Corrección: Luz Achával

Publicado por Oz Editorial

C/ Mallorca, 303, 2º 1ª

08037 Barcelona

info@ozeditorial.com

www.ozeditorial.com

ISBN: 978-84-16224-95-1

IBIC: YF

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

Tiempo de ceniza

Cuando la libertad desaparece, luchar es la única opción

Año 5067. Hace más de dos mil años, los corvus arrasaron con el planeta Tierra y sometieron a los humanos. Desde entonces, estos extraterrestres se han encargado de experimentar con ellos, dotándolos de talentos sobrenaturales con el fin de crear el ejército más poderoso del universo.

Cuando Arella Morpud, una joven con una habilidad muy especial, está a punto de realizar la Prueba de Poder, un examen que dictará su destino, un antiguo movimiento revolucionario resurge de las tinieblas. Arella deberá enfrentarse a sí misma para decidir qué debe hacer: luchar o morir.

Obra finalista de la segunda edición del Premio Oz de novela

Para las dos estrellas que brillan en mi universo

CONTENIDOS

Portada

Página de créditos

Sobre Tiempo de ceniza

Dedicatoria

Glosario

Prefacio

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Segunda parte

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Sobre la autora

Glosario

Sector de Guerra: sector del Centro donde se desarrollan las habilidades, poderes y talentos psíquicos mediante enfrentamientos.

Sector de Calentamiento: sector del Centro donde se evalúan las condiciones físicas de los humanos.

Sector Mentanumérico: sector del Centro donde se evalúan y desarrollan las habilidades cognitivas.

Diamante radioactivo: elemento natural proveniente del núcleo de Corvellar. Alarga la vida y permite a los humanos adquirir poderes mentales y desarrollar la mente.

Corvus: extraterrestres provenientes de Corvellar.

Talento: capacidad sobrenatural otorgada por los corvus gracias a unos nanoprocesadores que se implantan en el cerebro y liberan diamante radioactivo.

Centro: instituto donde los humanos entrenan para la Prueba de Poder.

Prueba de Poder: evento realizado una vez al año en el que participan todos los jóvenes de dieciocho años que han sido entrenados en el Centro con el fin de averiguar su valor. Los humanos que no obtienen la puntuación mínima son ejecutados.

Valor: destino. Según el valor obtenido, los humanos se dividen en obreros, soldados o tenientes.

Obrero: humano encargado de velar por el bien de la sociedad trabajando en fábricas o minas.

Soldado: humano con talentos y poderes necesarios en el ejército.

Teniente: humano con talentos y poderes excepcionales.

Corvellar: planeta ubicado en la galaxia del Laberinto Curvo.

Coboportales: cubículos que permiten teletransportarse.

Garts: androides.

Intevelo: inyección antigua que servía para mejorar el funcionamiento neuronal.

Occidere: plaza central del continente, ubicada en Provincia B, donde se festeja el término de la Prueba de Poder.

Regencia: gobierno.

Veladores: corvus encargados de vigilar a los seres humanos.

Zona Cero: área de la Tierra que está deshabitada.

Núcleo: organización dirigida por humanos que buscan la libertad.

Planeta Refugio: planeta donde se encuentra la base militar del Núcleo.

Planeta Cincuenta: planeta ubicado en la galaxia del Laberinto Curvo; aquí se encuentra la base militar de lo Corvus.

Phoru: raza extraterrestre de color verde, orejas puntiagudas y cuerpo delgado. Perciben los poderes y talentos de cualquier ser vivo.

Clasificaciones de seres vivos

Letheas: seres con el talento de entrar en la mente de otros. Pueden viajar por los pensamientos y recuerdos. Algunos hipnotizan con la mirada e, incluso, manejan a sus víctimas.

Sentinamos: seres cuyo talento consiste en crear energía y hacer explotar a cualquier ser vivo.

Tantums: seres con el talento de clonarse. Los más poderosos pueden volverse completamente invisibles.

Imperios: seres con el talento de obtener información específica sobre cualquier cosa, sin importar el tiempo o el lugar.

Metéreos: seres cuyo talento es el de sanar.

Teques: seres con el talento de conocer algo en su totalidad solo con tocar un objeto o un ser vivo.

Videntes: seres con el talento de predecir el futuro.

Prefacio

Planeta Tierra, año 2020

Los transeúntes se movían de un lado a otro. Desde las alturas, parecían diminutas hormigas que se dirigían a su hormiguero en un día de lluvia.

Yenerica estaba junto a la ventana. Se preguntó si eran tan insignificantes como parecían, tan débiles, tan pequeños, tan miserables. Bastaba apretar un botón para acabar con ellos, pero no querían que el núcleo explotara. Querían el núcleo.

Habían observado de cerca el comportamiento de aquellos seres durante mucho tiempo. Vivían tan ensimismados que ni siquiera se habían dado cuenta de los infiltrados que llevaban más de una década entre ellos. Al principio, habían temido ser descubiertos por medio de los satélites, pero encontraron la manera de transmitir mensajes sin ser desenmascarados.

Yenerica Curvo esbozó una ligera sonrisa con entusiasmo. Había esperado aquel momento gran parte de su vida. Estudió el entorno para comprobar que todo iba según lo planeado y volvió la vista a la ventana tras cerciorarse de que se estaban preparando para el ataque. Sus soldados estaban entrenados para matar a cualquiera que se interpusiera en su camino. Iba a gozar viendo cómo los humanos caían y se apoderaban de aquel lugar.

Solo una cosa importaba en el universo: el poder.

Eso le había dicho su padre cuando era una chiquilla mientras paseaban junto a la Cascada de los Diamantes, en Corvellar. La cascada era una

delicada obra de la naturaleza que regalaba vida a todos los que se atrevían a bañarse en sus aguas púrpuras. Yenerica era valiente y lo había hecho, y, gracias a ello, todavía era hermosa y joven, a pesar de que había vivido miles de décadas.

Los corvus formaban una de las organizaciones espaciales más temidas en todas las galaxias y deseaban apoderarse del planeta Tierra. Se sentían fascinados por los seres que lo habitaban.

Regresó a la realidad al escuchar los murmullos de emoción de las tropas. Decidió que era hora de volver a su puesto y dejar de mirar por la ventana. Cuando se colocó en la parte trasera de la nave, observó las múltiples pantallas que mostraban las ciudades que atacarían. Estaban escondidos, suspendidos entre las nubes de un cielo cubierto.

—Nave Y45 sobre París, todo en orden —pronunció un capitán por la radio central.

—Nave P23 sobre Pekín, todo en orden —dijo otro.

—Nave R78 sobre Nueva York, todo en orden...

Y entonces empezó la función. No tendrían piedad hasta poseer el rincón más recóndito del planeta azul. ¿Importaban los humanos? ¡Por supuesto que sí! Necesitaban seres pensantes, pues los planes de los corvus eran ambiciosos, pero eso no significaba que tuvieran que mostrar piedad: solo los que fueran lo bastante inteligentes sobrevivirían.

Esperó con paciencia, con la mirada fija en los ordenadores, mientras los demás aguardaban a que todas las naves estuvieran preparadas. De repente, sintió un apretón en el antebrazo. No necesitó moverse para saber quién era. La alienígena se situó a su lado. Tenía la mirada más brillante que había visto jamás. Sus cabellos negros caían como una cascada y le conferían un aspecto casi mítico.

—¡Todo listo! —exclamó el capitán, a la espera de recibir órdenes.

Yenerica se concentró y se dijo que todo saldría bien. Ya habían burlado los satélites y los infiltrados habían confirmado que nadie esperaba el ataque. Eran conscientes de lo que podía ocurrir y estaban preparados para ello. Lo habían estudiado todo al detalle. Solo faltaba iniciar la invasión.

—¡Naves! —gritó. Sabía que todos la escuchaban a pesar de estar a kilómetros de distancia—. ¡Ahora!

Y el caos comenzó.

No hubo lugar en la Tierra que no fuese colonizado. Se sucedieron disparos, gritos, destrucción, muertes, guerras y muchos años de esclavitud...

Primera parte

El dolor y su manto
vienen una vez más a nuestro encuentro.

Miguel Hernández

Capítulo 1

Unas manos pegajosas se adhieren a mi cuerpo y me dejan un rastro baboso en la piel. La sustancia desprende un hediondo olor y oigo un sonido burbujeante que me provoca arcadas. No sé dónde me encuentro porque todo está sumido en tinieblas. Lo único que veo son unos dientes puntiagudos como agujas que me rodean y me producen escalofríos.

Abro los ojos de golpe y suelto un grito que queda amortiguado por el ruido del exterior. La tela de mi pijama está empapada de sudor. Sin aguardar un minuto, me levanto de la cama y pego el rostro a la ventana para averiguar de dónde provienen esos alaridos de terror y el sonido de las alarmas.

Entrecierro los párpados, ya que hay poca luz, sobre todo a esta hora del día: el cielo se tiñe prácticamente de negro por la mañana. Pero lo que ocurre es más que evidente; basta con escuchar los gritos.

Un grupo de humanos rodea a un chico que está siendo aspirado. Así se despide nuestra raza de sus seres queridos, para que la persona se lleve con ella los rostros de quienes la amaban tanto como para observarla mientras se desvanece.

No puedo imaginar qué se siente al ser aspirado. Supongo que debe de ser bonito saber que alguien te va a recordar una vez hayas desaparecido. ¡Ja! ¡Como si eso importara!

Observo la escena que se desarrolla ante mis ojos con detenimiento y un escalofrío me recorre la piel. Me deshago de cualquier pensamiento negativo y me muerdo la lengua muy fuerte para contenerme. El muchacho, que ahora

vuela por los aires, desaparece conforme se eleva. Nadie sabe todavía cómo lo hacen, pero es como si nos atrajeran con un imán.

Entonces, el joven se convierte en un punto en medio de un mar de color oscuro.

Una cuadrilla de corvus se acerca al grupo. Grita algo que no logro descifrar. Cuando el gentío se dispersa, ya no queda nada del humano.

Suspiro con pesadez. Uno menos.

En los últimos días ha aumentado el número de personas desaparecidas. El manto que cubre el planeta succiona todos los días a más y más humanos. Los veladores han incrementado la vigilancia y la situación no ha hecho sino empeorar.

Salgo de mi habitación y voy hacia el tubo succionador. Entro en la caja de cristal y me detengo en el centro de la plataforma, que desciende en cuanto se cierran las puertas. Cuando era niña me daba miedo arrojarme al vacío, pero con el tiempo descubrí que estos aparatos eran seguros.

Mi madre ya está en la cocina cuando llego. Me saluda con una cálida sonrisa en cuanto me ve. El cabello, castaño y ondulado, le cae sobre la espalda y su barriga hinchada topa de vez en cuando con la encimera. El embarazo nunca la ha detenido; es una mujer muy fuerte.

—Buenos días, cielo —dice—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien —contesto. Me abstengo de decirle lo que he visto al levantarme.

Me dejo caer en una silla y veo que ya tengo el desayuno frente a mí. Le quito el envoltorio. La comida es una especie de embutido hecho a partir de una mezcla de los alimentos básicos en nuestra dieta, alimentos que ni siquiera conozco. Nos obligan a ingerirlo porque contiene los nutrientes necesarios para nuestro organismo. Es una masa gelatinosa e insípida cubierta por una capa blanca.

Observo el vientre de mi madre. Dentro de esa montañita está creciendo alguien. Si no obtengo una puntuación aceptable en la Prueba, nunca conoceré a mi hermano y mi familia se avergonzará de mí. Mis padres recibieron el permiso para procrear hace unos meses. En el planeta Tierra, las mujeres no pueden quedarse embarazadas si no tienen la autorización de la Regencia.

Para ello, hay que mandar una solicitud y, entonces, el gobierno comprueba si existe la posibilidad de que salga algo bueno del embarazo. Solo aprueban la solicitud si el hijo anterior está a punto de hacer la Prueba o

si ya la ha realizado, aunque a veces deniegan el permiso si consideran que los genes de los progenitores no son lo bastante buenos.

Papá se sienta en la silla contigua con la frente arrugada y la espalda tensa. Últimamente está preocupado, y me imagino por qué. Bajo la vista hasta su brazo mutilado. Lo perdió hace años en una guerra, pero la Regencia no le ha dado una prótesis. Vlame, mi padre, es un exsoldado tantum. Puede clonarse y hacer desaparecer algunas partes de su cuerpo. En ocasiones bromea sobre el miembro que le falta diciendo que es uno de sus juegos. Mamá nunca se ríe.

Suelta un suspiro de cansancio. Las ojeras destacan en su rostro.

—¿Estás lista para tu último día de entrenamiento?

Intenta parecer tranquilo, pero sé que está fingiendo. En realidad está nervioso, puede que incluso más que yo.

Sus ojos marrones escudriñan mi rostro. Entiendo sus nervios, pero no puedo asegurarle que todo irá bien, nunca se sabe qué puede pasar en la Prueba. He asistido durante años al Centro, pero mucha gente dice que eso no basta para obtener una buena puntuación.

Recuerdo la primera vez que entré en el recinto. Iba de la mano de mi padre. Cuando el sensor nos detectó y las puertas se abrieron, el miedo se apoderó de mí. Temía que me soltara y perderme en aquella inmensidad. Tuve que acostumbrarme a esa sensación, pues es obligatorio asistir todos los días para desarrollar nuestras habilidades.

—Sí, creo que sí —contesto sin rodeos. No doy más detalles, no quiero angustiarse demasiado. Mi padre ya ha perdido demasiadas cosas en la vida.

Me levanto de mi asiento y me despido de ellos con la mano.

Recorro la salita, repleta de marcos. Nuestras fotografías y vídeos cambian y conforman una especie de película familiar. De vez en cuando me gusta detenerme frente a ellos y contemplar el repertorio de recuerdos que mi madre seleccionó y conserva.

Deseo que la Prueba de Poder determine que soy una obrera para quedarme con mi familia, sin embargo, tengo la sensación de que mi destino será otro.

Cuando nacemos nos inyectan un nante, un robot microscópico que recorre nuestro cuerpo e incrusta un nanoprocesador en nuestro cerebro. Una vez ahí, libera una sustancia que hace que el cerebro genere neuronas evolucionadas.

Nuestra mente sufre una transformación y adquirimos capacidades especiales que reciben el nombre de talentos.

Algunos tienen talentos mayores. Esos humanos poseen capacidades mentales que les permiten destruir, mientras que las personas con talentos menores apoyan a los primeros. Además, nuestra mente puede adquirir poderes a medida que aprendemos a dominarla, y estos se clasifican según su nivel de destrucción.

Los corvus nos obligan a entrenar, a desarrollar nuestro talento para ver quién es el más débil y quién el más fuerte. El panorama sería prometedor si nuestro destino no fuera el ejército. Nos entrenan para atacar, sobrevivir y matar. Si tu talento no basta para pertenecer al clan de los soldados o al de los tenientes, entonces eres un obrero y tu destino es trabajar en las minas o fábricas. Y si no llegas a la puntuación mínima... tu cabeza rodará en Occidere, la plaza principal del continente.

La puerta automática de la entrada se abre y oigo como se desliza y sella en el suelo cuando estoy fuera. Admiro durante un breve instante la ciudad, como si fuera la primera vez que lo hago.

Nuestro vecindario —como la mayoría— está compuesto por edificios viejos cubiertos por una pintura metalizada de color gris oscuro. No hay mucha variedad de colores. Gran parte de las construcciones son grises o negras y no hay vegetación. La tierra es yerma, el cielo es humo y el mar, petróleo.

Empiezo a caminar siguiendo las luces pequeñas en el brillante suelo de mármol. Junto a mí, hay un tubo gigante que irradia calor: es el túnel, el método de transporte que usan los corvus para ir de un lugar a otro. En su interior hay una cápsula que se desplaza gracias a unos imanes.

El orden reina en las calles. La gente camina mirando al frente, casi sin pestañear. Los veladores que hay en cada esquina analizan nuestros rostros con un arma colgada de sus cinturones.

Los veladores son el grupo de corvus que cruzan la valla y vigilan nuestros movimientos y comportamiento. La rebeldía humana se castiga. Si quieren, pueden disparar y dejarte inconsciente con el rayo que lanza su arma.

La complexión de los corvus es parecida a la nuestra, pero, por lo general, tienen los dientes afilados y las uñas purpúreas y largas. Además, su

piel es gris, su nariz es demasiado pequeña en comparación con la de los humanos y sus ojos violetas brillan en la noche como dos linternas.

Camino a paso ligero por las abarrotadas calles de Provincia B y serpenteo entre los transeúntes con la cabeza gacha. La pesadilla que he tenido esta noche me ha afectado, pero no quiero que se den cuenta de que estoy intranquila. De lo contrario, no me dejarán practicar.

Me siento mejor en cuanto diviso el Centro. Es una gran construcción de color blanco que destaca entre el resto de edificios oscuros. Una fila de estudiantes espera para entrar. Me uno a ellos y, enseguida, unos chicos se colocan detrás de mí.

—¡Hola, Ara! —grita alguien.

Levanto la cabeza al oír la melodiosa voz de mi mejor amiga y sonrío.

Qeren tiene el cabello de color platino, casi blanco, y unos grandes ojos de color caramelo. Los chicos que aún no han sido emparejados suelen entablar conversación con ella, pero Qeren los mantiene alejados, pues teme desarrollar sentimientos profundos por el humano incorrecto.

Hemos compartido todo desde que éramos dos niñas y jugábamos con nuestros talentos, pensando que era algo divertido.

Se detiene a mi lado jadeando. Vive en el barrio más periférico de Provincia B y siempre llega tarde. Se lleva la mano al pecho mientras toma grandes bocanadas de aire para recuperar el aliento.

El chico detrás de mí no dice nada cuando Qeren se coloca delante de él.

—¿Tienes algo para mí hoy? —pregunto mientras arqueo las cejas de forma divertida.

Qeren es vidente. Los entrenadores dicen que predecir el futuro es un talento menor, pero a mí me parece algo increíble. Me encantaría tener la capacidad de ver el futuro mientras duermo la siesta. Ella no se deja desanimar. Siempre ha sido una soñadora.

Todas las mañanas le pregunto lo mismo con la esperanza de que me cuente todo lo que sucederá ese día.

—Mañana es el gran día —canturrea.

—Eso ya lo sé, quiero algo más sustancioso.

Qeren no puede controlar cuándo tiene sus visiones, y no es algo que ocurra muy a menudo. «Las imágenes aparecen en un momento de crisis o

cuando estoy durmiendo. Cuando me despierto, ya sé lo que va a suceder», me dijo en una ocasión.

—Te encontrarás a Gareth —dice con un tono que me hace poner los ojos en blanco. Entonces se abanica con la palma de la mano como si no soportara el calor y yo me río. Gareth es mi vecino, tiene el poder de crear fuego.

—Esa tampoco es una noticia.

—Lo siento. Es que mis padres no dejan de hablar de la Prueba y yo no puedo pensar en otra cosa. —«Ni yo», pienso para mis adentros. Creo que nadie se puede quitar de la cabeza el hecho de que apenas quedan horas para la Prueba—. El otro día me desperté gritando, creí que era una revelación, pero no... solo era una pesadilla. Y todas las noches me pasa lo mismo. Ya ni siquiera puedo descansar.

Entiendo su ansiedad.

En unas semanas, todo será diferente. Algunos no estarán, otros serán infelices, y los afortunados sobrevivirán.

—Mis padres están preocupados. Mi padre no duerme desde hace días, camina por la casa como un sonámbulo. Los oigo cuchichear de madrugada y se lanzan miradas cada vez que alguien saca el tema. —Entonces suspiro y añado—: ¿Estás nerviosa?

Asiente.

—¿Crees que estás preparada?

—No importa lo que crea, debemos estarlo —espeto.

No dice nada porque no hay nada que decir. No importa lo que queramos, terminaremos haciendo lo que los corvus digan.

De pronto, la fila empieza a avanzar con más celeridad. Me sudan las palmas de las manos, como cada vez que veo a los veladores y sus grandes iris violetas.

Un velador me agarra con sus manos frías y me da la vuelta al antebrazo para leer el código que tengo en la piel: Mor-45-1. Soy la primera humana de la cuadragesimoquinta generación de la familia Morpud. La Regencia nos implanta un chip con un código para tener el control de todos los habitantes y llevar un censo.

El velador registra mi entrada con un lector rectangular. Luego, coloco el pulgar sobre un escáner que comprueba mis constantes vitales y determina que

me encuentro en perfecto estado. Solo entonces me dejan pasar.

En cuanto me adentro en el pulcro recinto, deseo volver a la calidez de mi casa, pero no puedo hacerlo. Las paredes son tan blancas que podrían dañarme los ojos, al igual que el suelo brillante. Un sinfín de jóvenes se mueve de un lado a otro en busca del tubo succionador que les han designado para reunirse con su grupo de entrenamiento lo antes posible.

Me despido de Qeren y me dirijo a la fila del tubo número seis. Cuando llega mi turno, me coloco dentro del círculo de la plataforma, con cuidado de no tocar ningún borde. El tubo gigante de cristal negro me encierra y, entonces, me traslada hacia arriba.

Entro a los vestuarios y saco el uniforme de mi taquilla. Es un mono de licra negro adornado con unas líneas blancas. Todo el mundo se desviste sin cohibición. Nos quitamos la ropa y nos aseguramos de que los uniformes se adaptan bien. La tela de la vestimenta se pega a mi cuerpo como si fuera una segunda piel.

Salgo y camino por un pasillo que lleva al estadio. Desciendo por las gradas y localizo un asiento vacío.

Hoy no hay entrenamientos. Seremos evaluados por última vez, así que el escenario ya está preparado.

Veinte calles rodean una plataforma de color azul. Es el podio del instructor. Desde ahí evalúa a los competidores. Las paredes están formadas por pantallas gigantes que se encienden antes de que comiencen las carreras y muestran a los veinte corredores.

Me dejo caer en el asiento mientras nos llaman por orden alfabético según nuestros apellidos. No tengo ni idea de cuánto tiempo transcurre, pero siento que ha pasado una eternidad cuando por fin oigo mi nombre. Me han asignado la posición número cinco en la trigésima ronda.

—¡Arella Morpud! —La voz del instructor resuena a través de los altavoces al cabo de un buen rato.

Me levanto de un salto y obligo a mis pulmones a respirar. Mientras camino, noto que mi coleta castaña oscila al ritmo de mis pasos. Estiro los músculos tan pronto llego a mi carril y suelto todo el aire.

Las calles se van llenando a medida que nombran a los que serán mis contrincantes. Sé perfectamente quiénes son. Frunzo los labios para no maldecir. Mi peor pesadilla se coloca en el carril contiguo con una sonrisa

arrogante en el rostro y una ceja arqueada. Tiene la piel oscura, como su cabello, es grande y fornido, y me saca por lo menos una cabeza.

—¿Por qué no te das por vencida ya, Morpud? Sabes que perderás de todas formas. —La mandíbula se me tensa al oírlo. Lo ignoro y me digo que algún día podré callarle la boca. Me gustaría hacerle explotar la cabeza, pero está prohibido. No podemos usar los talentos mayores fuera del Sector de Guerra—. ¿Estás lista para perder mañana?

¿Quién está listo para morir...?

—Cállate, Gareth —gruño en un susurro mortífero, y él se ríe por lo bajo.

—Disfruta de mi culo mientras te gano —se mofa.

El foco amarillo parpadea e ilumina los carriles. Entonces, el tono de aviso suena a todo volumen y me martillea el cráneo. Todos dejamos de lado las distracciones y nos volvemos para concentrarnos en el objetivo: ganar. Comienza la cuenta atrás.

10... Respiro. 9... Me paso la lengua por los labios. 8... No debo pensar en nada más. 7... Solo tengo un objetivo. 6... Vuelvo a respirar. 5... Me agacho y adelanto la pierna derecha. 4... Alzo la cadera. 3...Dejo la mente en blanco. 2... Me inclino. 1... Lista.

El disparo marca el inicio de la carrera.

Obligo a mis piernas a moverse con una rapidez constante, sin perder el ritmo. Se me dan bien las pruebas de velocidad. Mi madre dice que, cuando era joven, quedaba a menudo primera en las carreras en las que participaba, así que quizá lo llevo en la sangre.

Una de las pantallas gigantescas del sector muestra las posiciones, pero intento no mirar para no distraerme. Si no saltas o haces los movimientos en el momento adecuado, el esfuerzo no sirve de nada. Como era de esperar, Gareth se adelanta con sigilo, algo que me molesta sobremanera. Aumento la velocidad y adelanto a algunos de mis compañeros.

Enfoco la primera valla, escuchando el sonido que hacen mis pies al retumbar en el suelo. Doy un salto y paso el primer obstáculo. Casi al instante, vuelvo a saltar para pasar otro del mismo tamaño. Aumento la velocidad frenéticamente.

Una red enorme se levanta en mitad del camino. Hay que trepar para cruzarla y continuar. Coloco los pies en los huecos y subo como si fuera una araña. Cuando llego al final, observo que muchos saltan para continuar su

carrera, mientras que otros prefieren asegurarse y bajan por la red.

Vacilo durante unos instantes y, finalmente, decido saltar. Cuando lo hago me siento como un gato a punto de caer de un árbol. Mis pies entran en contacto con el suelo y, de pronto, siento que me arden las piernas. Las sacudo y continúo el recorrido jadeando.

Al cabo de unos segundos, diviso otro obstáculo: veinte cuerdas cuelgan del techo. Me agarró a la que está en mi carril y comienzo a trepar moviendo las manos y los pies hasta que llego a una barra que está anclada en el techo. Me cuelgo de ella y miro hacia abajo. En el suelo hay un colchón que amortiguará el golpe si no somos capaces de terminar el reto. Empiezo a mover el cuerpo como si fuera un badajo para darme el impulso necesario y caer en la piscina que hay justo al lado.

Algunos caen, otros no.

Empiezo a sentir punzadas en los brazos, pero entonces abro las manos y desciendo. Me sumerjo en el agua helada, que me enfría los músculos. Permito que mi cuerpo se acostumbre a la sensación y, unos segundos después, comienzo a nadar al estilo braza.

Sé que a los cien primeros clasificados de las competiciones se les otorgará un punto honorífico en la Prueba como premio al esfuerzo durante el día de hoy. En una prueba así, un punto puede dictar tu destino: vivir o morir.

Y yo quiero vivir.

Salgo de la piscina. Solo faltan dos tramos para terminar la carrera. Me percató de que Gareth se ha rezagado mínimamente. Su complexión no le permite avanzar con mayor velocidad, es muy grande.

Me arrojo al suelo y siento como la adrenalina me recorre las venas. Utilizo los antebrazos y las puntas de los pies para arrastrarme por debajo de una malla de alambre con púas. Alguna que otra espina se me clava en la espalda, sobre todo cuando muevo las escápulas. No me importa, ya ni siquiera siento que me rasgan la piel.

De repente, una mano férrea me frena apretándome el tobillo. Trato de zafarme, pero parece imposible. Giro la cabeza para mirar hacia atrás con la intención de identificar al causante de semejante ultraje. Una púa se me clava en el pómulo, pero el dolor desaparece cuando le veo el rostro. Maldito gusano.

—¡Suéltame! —grito a pleno pulmón para que todo el estadio nos vea.

Gareth me suelta como si le quemara. Sigo mi camino, pero oigo que el velador lo aparta de la carrera durante unos instantes como castigo.

Cuando salgo de debajo de la malla, el corazón me palpita a todo trapo. Siento que se me va a salir por la garganta, creo que ya no puedo más. Mi pecho agitado sube y baja, y unas gotas saladas me resbalan por el cuello y el rostro desde la cabeza.

Me pongo de pie y veo algunos cuerpos corriendo en dirección a la meta, una línea amarilla pintada en el suelo. Corro como si mi vida dependiera de ello, aunque lo cierto es que es así, y adelanto a otro de mis compañeros.

Al finalizar, lo primero que hago es levantar la barbilla hacia la pantalla para ver en qué posición he quedado. Recupero el aliento. El sabor del triunfo me proporciona cierto alivio.

Novena.

Gareth ha quedado undécimo. Resopla cuando comprueba que no ha podido ganarme esta vez. Me mira con el ceño fruncido, como si estuviera lanzándome bolas de fuego con los ojos. Creo que le gustaría hacerlo. Lástima que no pueda. Esbozo una sonrisa torcida y arqueo una ceja.

—¿Qué, Meriton? ¿Has disfrutado de mi culo? Dicen que es estupendo.

Le guiño un ojo a modo de despedida y me doy la vuelta, conteniendo la risa. Me encanta molestarlo.

Cuando llego a la grada, cojo mi botella de agua. Doy un trago y me sabe a gloria. Entonces noto que los brazos empiezan a arderme por el sudor. Los tengo cubiertos de arañazos.

Nos permiten darnos una ducha antes de realizar la siguiente prueba. Cuando estoy debajo de la alcachofa, envuelta por una nube de vapor, dejo que mis músculos doloridos se relajen. En las duchas sí podemos tener un poco de privacidad. El vestuario cuenta con veinte cubículos, así que podemos asearnos mientras el siguiente grupo de competidores termina la carrera.

Después, nos dirigen al Sector de Guerra y siento como mi ánimo decae. La mayoría de las veces que he estado ahí he acabado con la nariz ensangrentada y moretones en la cara. Es el único lugar de la Tierra donde podemos usar nuestros talentos, pero en mi caso no resulta tan sencillo. No puedo usarlo sin herir a mi oponente...

Cientos de asientos rodean la arena. En el centro está el escudo de

Corvellar. Alzo la vista y veo una pantalla gigante en la que aparecen los nombres de las parejas de contrincantes. Busco el mío con impaciencia y, lo que antes era inquietud, ahora es miedo en su estado más puro.

Tendré que enfrentarme a Morgan Hopenkot.

Capítulo 2

Solo pensar en su nombre hace que se me seque la garganta. Recuerdo que una vez, Morgan le rompió a Qeren uno de los dientes incisivos. Mi amiga no podía dejar de llorar. Sangraba y repetía sin parar lo mucho que le dolía.

Morgan me mira desafiante y escudriña mi cuerpo, como si estuviese valorando si soy una contrincante digna para ella. Cuando eleva las comisuras de los labios y deja de prestarme interés, me queda claro que no.

Los enfrentamientos comienzan. Gareth pasa al frente antes que yo. Peleará contra un tantum como él. El combate no dura demasiado.

Su oponente se multiplica. Decenas de cuerpos iguales aparecen por todo el lugar. Entonces, Gareth se vuelve invisible y comienza a lanzar bolas de fuego desde distintas posiciones, que el otro tantum logra esquivar con torpeza.

El supervisor da por terminada la pelea después de que el joven Meriton encierre a su contrincante en un círculo de fuego que le roba el oxígeno y lo deja tirado en el suelo. Es más que evidente quién es el ganador.

Mis compañeros no aplauden. Algunos gritan que la batalla ha sido deprimente, a la mayoría le gusta ver sangre y lágrimas.

Un corvu grita mi nombre. Cierro los párpados y aprieto los puños, mientras escucho los murmullos de la gente. Todos son conscientes de que no soy más que una pobre gacela frente a un león furioso; uno poderoso y despiadado. Si pudiera usar mi talento, las cosas serían muy diferentes.

Llego a mi destino y clavo la mirada en Morgan. Su cabello negro azabache y sus ojos parecen mofarse de mí. Ella posee un talento menor, es

una imperio. Apuesto a que ya sabe cuál es mi punto débil. Los imperios son muy parecidos a los teques, con la excepción de que no necesitan tocar para conocer la verdad, pueden conocer cualquier información sin importar el lugar o el tiempo. En el Sector de Guerra, los humanos con talentos menores no pueden hacer mucho a menos que posean algún poder. Y yo no puedo utilizar el mío, así que tengo las de perder.

De pronto, suena la campana y me quedo en blanco. Mi única táctica es esquivar a Morgan.

Eludo algunos cuantos golpes y patadas, pero no puedo responder. Mi entrenador dice que si no estoy segura de mis movimientos, lo mejor es que me limite a defenderme. Da unos cuantos puñetazos en el aire y las aletas de la nariz se le abren con frustración porque es incapaz de tumbarme. Esto es como el juego del gato y el ratón, y yo soy el ratón.

Lanza un rugido que me hace estremecer y esa ligera distracción le permite asestarme un puñetazo en la mandíbula. El dolor viaja por toda mi cabeza y siento que el cerebro me rebota dentro del cráneo. Morgan se acerca a mí con actitud amenazante. Entonces, oigo aplausos y gritos provenientes de las gradas.

Utilizo mi poder sin importar si eso me convierte en una cobarde. Las partículas surgen del aire. Me gusta admirar cómo los átomos se funden y forman lo que mi mente les ordena.

No logra descargar un segundo golpe, pues su puño colisiona contra mi escudo, hecho de pequeños elementos imperceptibles. Morgan está furiosa. Trata de llegar hasta mí, pero ninguna de sus tácticas funciona. Como no podrá avanzar más, el supervisor da por terminada la pelea.

Cuando mi escudo desaparece, la imperio se abalanza sobre mí como un animal hambriento.

—Ya verás lo que te haré, sentinamo inútil —susurra en un tono escalofriante.

De repente, estoy en el suelo y Morgan está encima de mí. Su perturbadora sonrisa se burla de mi debilidad.

En un intento por escapar de mi mala fortuna, levanto las rodillas y le golpeo la espalda. Ella lanza un grito ahogado y noto como se tambalea. La empujo para zafarme de ella, pero, en un segundo, se planta frente a mí y me noquea. Enseguida, me sumo en la oscuridad.

Despierto en las gradas con un terrible dolor de cabeza. Siento que los párpados me pesan. Me pregunto si puedo permanecer aquí y fingir que sigo dormida. A mi lado, hay un tubo de hielo. Seguramente lo dejó ahí algún gart, uno de esos pequeños androides, ya que dudo que un corvu se molestara en traerlo. Lo agarro y lo aprieto contra mi labio. Espero que no se hinche demasiado.

A la hora del descanso, camino a paso lento hacia los bancos que se encuentran en el exterior del recinto. Suelo venir aquí, ya que la mayoría de los humanos se concentra en el interior para alardear de sus logros. No me gusta gritar y tampoco es que tenga mucho de que presumir. Mi bonito labio partido solo sería motivo de burlas.

Me sacudo el pelo. La goma comienza a apretar y me duele el cuero cabelludo. Inspecciono el patio, que no es más que suelo y bancos. Fijo la vista en dos figuras peculiares. El vicepresidente de la Regencia, Yelinton Tenmoon, está discutiendo con Horton, el jefe de los veladores. La escena resulta bastante extraña, ya que los corvus no pelean entre ellos.

Entrecierro los ojos para leer los movimientos de sus labios, pero hablan demasiado rápido. Yelinton saca un arma y apunta al otro en la frente. Los latidos de mi corazón se aceleran. ¿Qué se supone que está pasando?

El jefe de los veladores no se defiende ni hace el amago de coger su arma. Horton se limita a quedarse quieto, mirando con frialdad a su superior.

De pronto, Tenmoon aprieta el gatillo y Horton cae al suelo, todavía con vida. El vicepresidente dispara dos veces más y el velador se retuerce, pero, al cabo de unos segundos, se queda inerte y de su boca sale un líquido viscoso.

El estómago se me revuelve y siento náuseas. Nunca había presenciado algo así.

Me levanto con premura. El vicepresidente gira la cabeza y me lanza la mirada más amenazante que he visto jamás.

Troto hacia el interior del Centro con la intención de mezclarme con el resto de la gente, como si eso fuese a impedir que me matase. No sé dónde están los demás. El edificio está desierto.

Me escondo detrás de una gran columna y recupero el aliento mientras trato de entender lo que acabo de presenciar.

Ningún corvu ha muerto desde que llegaron a la Tierra. No son inmortales, pero son capaces de vivir muchos años gracias al diamante radioactivo, un líquido proveniente de la Cascada de los Diamantes, en Corvellar. Es la misma sustancia con la que contaminan nuestro cerebro. ¿Por qué Yelinton ha asesinado a uno de sus fieles seguidores?

Todavía no entiendo lo que ha ocurrido. Si nuestra raza se enterase de esto, reinaría el caos y seríamos presa del pánico. Los humanos se preguntarían por qué el representante de los corvus ha matado a uno de sus soldados.

¿Qué evitaría que nos matara a nosotros también?

Nada.

Me asomo para comprobar si estoy a salvo.

Me topo con su rostro asesino y, de repente, noto que la punta de su arma helada me apunta directamente a la frente.

Capítulo 3

Estoy paralizada, pero trato de devolverle una mirada serena. Debo aparentar tranquilidad, aunque por dentro estoy muerta de miedo. Sonríe sin despegar sus ojos de los míos y, entonces, estalla en una carcajada que resuena por todo el Centro.

—¿Tienes miedo, Morpud? —pregunta. Guardo silencio, nunca le he dirigido la palabra. El vicepresidente de la Regencia no suele acercarse a nosotros, los humanos. Ni siquiera sabía que cruzaba la valla que nos separa del vecindario de los corvus... ¿Cómo sabe quién soy?—. Te he hecho una pregunta, estúpida humana.

—No, señor. Me han enseñado a no temer a la muerte —susurro.

—Eres inteligente, igual que tus antepasados —responde Tenmoon. Entonces, cualquier signo de diversión se esfuma y su rostro adquiere un semblante adusto—. Ahora, escúchame bien.

Asiento con la cabeza como si fuera un androide. Todavía estoy tratando de analizar lo que está pasando y hacerme a la idea de que me apunta con un arma en mitad de la frente. Podría matarme en cuestión de segundos si así lo quisiera. Yo también podría hacerlo si los corvus no tuvieran la capacidad de bloquear nuestros talentos. Sé que él lo sabe.

—Tú no has visto nada. ¿Entiendes?

—¿Por qué?

Yelinton Tenmoon abre los ojos, sorprendido.

No estoy segura de que haya sido la respuesta adecuada.

—Porque la próxima vez no dudaré en acabar con todos los tuyos —dice

al tiempo que enfunda su arma y me mira. Tenmoon esboza una sonrisa que deja entrever sus dientes color marfil y lo único que puedo pensar es que no entiendo nada de lo que está pasando—. Ahora, vuelve al entrenamiento. Te estaré observando.

Se da la vuelta y se marcha, y yo me quedo en medio del área común del Centro, confusa y desubicada.

Un timbre resuena con fuerza entre las paredes y me saca de mi ensimismamiento. Sé qué significa. De pronto, empieza a oírse un tumulto en la lejanía. Eso quiere decir que los demás están saliendo de sus sectores actuales para ir al Sector de Guerra.

No tengo ánimos. No quiero ir, pero no tengo alternativa. No puedo salir del recinto hasta que acabe la jornada.

Arrastrando los pies, me dirijo al tubo succionador, que me impulsa hacia arriba y, casi en un segundo, me encuentro en el sexto piso. Hay estudiantes caminando por el largo pasillo cubierto por una alfombra azul y unos corvus vigilan el camino.

Unas grandes puertas blancas dan paso a la habitación. Es enorme y en ella predomina el color blanco, aunque hay algún que otro destello plateado en los azulejos del suelo. Como en el resto de las salas, la habitación está repleta de pantallas. Me detengo frente a la que se encuentra en el centro. El silencio inunda la sala.

Esperamos a que aparezca.

De pronto, se enciende la pantalla y ahí está. Yenerica Curvo, la presidenta de la Tierra y Corvellar. Sus tirabuzones plateados, enredados ligeramente en una corona dorada con una gema preciosa de color verde, enmarcan su rostro casi humano.

La extraterrestre se aclara la garganta y esboza una sonrisa discreta. Sus ojos violáceos escudriñan el entorno, como si de verdad estuviera frente a nosotros. Me pregunto si nos ve.

—Jóvenes humanos, estoy aquí como cada vez que ingresáis al Sector Mentanumérico, mi favorito. —Su sonrisa se ensancha—. Hoy será vuestro último día en el Centro. En unas cuantas horas, todo será diferente y no volveréis a pisar estas instalaciones, que han sido vuestro segundo hogar durante todos estos años. Como confiamos en vuestras capacidades, en lo que habéis aprendido, queremos que disfrutéis de este momento. Id a casa, hoy se

cierran las puertas de este sector para vosotros. Descansad, porque mañana necesitaréis más fuerzas que nunca.

La pantalla se apaga y un silencio atronador se apodera de la sala. Parece que en ese momento nos damos cuenta de lo que verdaderamente pasará mañana...

Mi talento no es divertido y no puedo usarlo a menos que sea necesario, pero muchos sí lo son. Recuerdo a una chica que en una ocasión se clonó cien veces; todas reían al unísono, como si fuera un coro. Querían una vez predijo que se haría daño con una flecha, así que no asistió al Sector de Guerra ese día. Pensar que algunos irán a la guerra y que otros morirán resulta deprimente.

Salimos de manera ordenada. Por extraño que parezca, todo el mundo permanece en silencio. Nadie quiere abandonar sus pensamientos, hay muchas cosas en las que pensar. Bajo por el tubo succionador y me dirijo a la salida. Una vez fuera, respiro profundamente.

Entonces, echo a correr. Necesito ir a mi refugio. Recorro las calles que ya conozco de memoria, esquivando a los transeúntes. Subo la colina que se encuentra a las afueras de Provincia B y me dejo caer en el suelo, bajo un manzano. Por primera vez en toda la semana, me siento relajada.

Allí se respira cierto aire de tranquilidad. El lugar se encuentra en una colina alta apartada del ruido, los gritos y el desagradable hedor que emana de las fábricas. Si miras el cielo y entrecierras los ojos, se ve la malla que rodea la Tierra, los barrotes de nuestra cárcel. La malla está repleta de unas lucecitas cuadradas que emiten un chirrido extraño cuando alguien sin permiso se aproxima. Nadie puede salir o entrar sin que suene la alarma.

Los corvus no nos enseñan nuestra historia, solo las cosas que creen que nos conviene saber. Llegaron a la Tierra hace miles de años y lo único que tenemos son mitos. Historias que se oyen por los rincones, meros murmullos.

Mis padres me contaron que, hace mucho tiempo, existían unas cosas llamadas libros, compuestos por hojas. La gente escribía sus pensamientos en ellos para que otras personas los leyesen. Cuando los corvus llegaron al planeta, prohibieron la producción de libros, alegando que la destrucción de árboles era masiva. Decían que, si no nos deteníamos, terminaríamos ahogándonos por falta de oxígeno. En su lugar, nos dieron láminas inteligentes controladas por la voz. Cualquier cosa que dictemos queda escrita en las

láminas y los corvus pueden leerlo.

La madre de Qeren, Mirtala Yawer, le aseguró a su hija que su familia creía en un ser superior, una especie de dios bondadoso. Alguien que siempre estaba presente aunque no lo vieras. Qeren me contó que su madre siempre lleva colgada al cuello una pequeña reliquia familiar, una preciosa cruz de plata.

La verdad es que no sé qué pensar. Hoy, en el año 5067, se me hace sumamente difícil imaginar que existe un ser así. Solo creo en mí misma.

¿Por qué un ser supremo permitiría tantas calamidades? Muertes, destrucción, experimentos, guerras, esclavitud...

Somos prisioneros en nuestro propio mundo.

Salgo de mi ensimismamiento cuando se activa la alarma de la ciudad. El sonido es sumamente molesto, un chillido que bien podría perforarte los tímpanos. Me levanto del suelo y estiro los músculos, entumecidos por el cansancio. Pronto se oye una voz aflautada a través de los altavoces.

—Humanos, el manto ha recibido una señal. En quince minutos iniciaremos una lluvia sulfurosa de cuarenta minutos. Por favor, manténganse a cubierto. Repito: por favor, manténganse a cubierto.

El silencio vuelve a reinar en la colina, pero, a lo lejos, se oye el rumor de las personas que están en la calle de la ciudad. Todos corren hacia sus casas para guarecerse. Me apresuro colina abajo en dirección a la mía. Si no lo hago, probablemente me quedaré sin pelo. Recuerdo que en una ocasión, un chico del vecindario no acató las órdenes. La lluvia le causó unas quemaduras espantosas y estuvo rondando por Provincia B sin cabello durante algún tiempo.

Una vez me pregunté cómo unas gotas tan pequeñas podían hacer tanto daño. Saqué el dedo por la ventana y permití que una minúscula gota lo tocara. Aquello bastó para que gritara como una loca de dolor. Era como si me hubieran perforado el dedo.

Al llegar a casa, mis padres no me preguntan dónde he estado. Supongo que ellos también necesitaban pasar tiempo a solas antes de la Prueba. Mi futuro se decidirá mañana y mi obligación será acatarlo.

Sé que papá perdió a su hermano gemelo Vlad tras la Prueba. No sé de qué forma, ya que nunca habla de él. Los corvus nos prohíben hablar de los familiares que ya no están entre nosotros. Seguramente fue algo muy difícil

para él.

A veces creo que mamá tuvo suerte al desarrollar un talento menor. Es una metéreo. Puede curar a alguien solo con pensarlo, aunque también posee otras habilidades. Una vez me contó que ayudó a los heridos que volvieron de la guerra junto a mi padre hace algunos años; ella curó a papá.

Me quedo quieta frente a la ventana. Las gruesas gotas de lluvia repiquetean en el techo y producen un ligero sonsonete. Papá se une a mí. Me pasa el brazo por los hombros y nos quedamos así, admirando el vaivén de las hojas de los árboles que están ahí gracias a mi madre. Una vez cuando era pequeña, hizo que una flor creciera en una botella de agua.

—Quiero que sepas que estamos muy orgullosos de ti —susurra mientras me abraza con fuerza y me besa la sien.

Disfruto del momento porque no sé cuándo volverá a ocurrir.

No ceno y me voy a la cama pronto. Una vez tumbada en mi colchoneta, me permito sentir pánico aunque hago un esfuerzo por no derramar las lágrimas que amenazan con brotar de mis ojos.

Después de la Prueba, los corvus calificarán nuestro rendimiento con algoritmos y celebrarán una ceremonia de clausura en la que anunciarán a qué sección pertenecemos. Los que saquen una puntuación por debajo de la requerida serán transportados a una cámara de gas, donde los espera una muerte segura. Los demás tendrán la fortuna de ser emparejados. En caso de que queramos formar una familia o tener pareja, los corvus solo nos permiten hacerlo con el humano que ellos indiquen.

Y nadie quiere estar solo en un mundo como este.

Mis padres asistieron al Centro cuando eran jóvenes. Los corvus los emparejaron y tuvieron la suerte de enamorarse. Entonces, papá tuvo que irse a la guerra, pero cuando volvió, poco tiempo después, mi madre estaba esperándolo. No todos corren la misma suerte.

Los padres de Qeren discuten todo el tiempo. Recuerdo que cuando éramos pequeñas, su padre le gritaba a menudo barbaridades a su madre, mientras ella, a su vez, rugía y lloraba.

Nunca he sido una chica con la que los demás quieran hablar. Soy bastante reservada y disfruto de mi soledad. No sé qué sentir respecto al hecho de que van a emparejarme con alguien a quien no he elegido yo.

De repente, mi madre entra en la habitación y me saca de mi nube de pensamientos. Se sienta a mi lado y me acaricia la frente como solo una madre puede hacerlo. Sus ojos son dos brillantes esferas celestes. Sin duda, el embarazo ha aumentado su belleza.

—¿Qué pasa, cariño? —pregunta. A pesar de que no quiero venirme abajo, no puedo esconderle nada.

—No quiero que me obliguen a pasar una vida con alguien a quien no conozco, aunque digan que somos la combinación perfecta —suelto con la voz entrecortada.

Es cierto que no quiero morir, pero lo que más me preocupa es tener que atar mi vida a alguien solo porque los corvus dicen que somos perfectos el uno para el otro.

Mamá suspira y me atrae a sus brazos. Con cuidado de no hacerle daño en el vientre, la rodeo y apoyo la cabeza en su pecho. Enseguida, mis lágrimas humedecen la tela de su vestimenta. Siempre me ha calmado escuchar el latido de su corazón. Entonces, me besa la frente con cariño y me acaricia el pelo como si fuera la niña pequeña que tenía pesadillas por las noches.

—Todo saldrá bien, mi niña —susurra.

Sus abrazos siempre han sido como un abrigo que ahuyenta el frío. Me pierdo en los sollozos que salen de mi boca y empiezo a resignarme. ¿Qué puedo hacer? Ni siquiera puedo huir y esconderme.

Aunque tengo la cabeza abotargada, las imágenes de los sucesos del día de hoy se reproducen una y otra vez en mi cabeza, sin descanso.

—Ha pasado algo hoy —digo, y sorbo por la nariz.

Mi madre guarda silencio, esperando a que continúe con mi narración. Tomo una bocanada de aire para evitar que mis emociones se apoderen de mí.

—Yelinton me ha dicho que soy igual que nuestros antepasados...

El cuerpo relajado de mi madre se crispa y me aprieta todo cuanto puede contra ella. Noto su respiración agitada y levanto la barbilla para contemplarla. No soy capaz de deducir los motivos de su repentino cambio de actitud.

—¿Qué hacías hablando con el corvu? —Su tono despectivo me obliga a estudiarla, pero su mirada imperturbable no me dice nada. Tiene el ceño fruncido y una mueca en los labios. No respondo a su pregunta—. Ara, no te preocupes, todo irá bien. Debes dormir y descansar, mañana es el gran día.

Deshace nuestro abrazo con lentitud y, antes de salir de la alcoba, me da un último beso en la coronilla.

Cuando estoy a punto de conciliar el sueño, una luz brillante y cegadora rebota en las paredes de mi habitación. El estruendo chirriante de las alarmas es ensordecedor, tanto que tengo que taparme los oídos con las manos. El cristal de las ventanas se agita con violencia a causa del viento que sopla en el exterior.

Me levanto a trompicones y mis pies tocan el suelo helado. Camino hacia la ventana y me detengo frente a ella, igual que por la mañana. Me cuesta ver lo que ocurre debido a la intensidad del fulgor.

Cuando mis pupilas se acostumbran a la luminosidad no puedo evitar abrir los ojos exageradamente al contemplar la escena.

Varias decenas de naves vuelan por los aires y tratan de aterrizar en la pista de la Regencia. Salgo corriendo hacia el pasillo y bajo por el tubo succionador lo más rápido que puedo. Mis padres hacen lo mismo.

Fuera, los vecinos se detienen en el borde de las aceras de mármol y alzan la vista, impactados por lo que está sucediendo.

Una nave gigantesca oculta la escasa luz que nuestro satélite natural nos ofrece. De pronto, unas compuertas se abren y pequeñas aeronaves con forma de panal descienden de ella e inundan el cielo, iluminado solo por sus luces.

El pánico es palpable en cada uno de nosotros. Se oyen jadeos cuando una segunda nave enorme atraviesa el manto que cubre nuestro planeta.

Los veladores llenan las calles, corren apresuradamente para llegar a nuestro vecindario. Mamá me toma la mano y coloca la boca cerca de mi oído. La desesperación se apodera de mí cuando oigo que un velador grita el nombre de Gareth.

—No destaques en tu prueba, Ara. Obtén la puntuación necesaria, pero no

llames la atención.

—¿Qué ocurre? —pregunto con temor. La gente está despidiéndose de sus hijos.

Normalmente, los aspirantes a la Prueba duermen con tranquilidad y, a la mañana siguiente, se desplazan a unas instalaciones desconocidas para realizarla.

—¡Humana Morpud! —grita uno de ellos mientras se aproximan. Mamá me abraza con fuerza.

La confusión no me deja pensar. Muevo los brazos para devolverle el abrazo, pero alguien me aleja de ella con agresividad antes de que pueda hacerlo.

De pronto, las gélidas manos de un corvu me rodean las muñecas. Trato de zafarme y suplico que me suelten y dejen que me despida de mis padres, pero todo esfuerzo es en vano. Siento que se me forma un nudo en la garganta.

Lo último que veo, antes de que me suban a una nave repleta de otros chicos de mi edad, son los ojos de mis padres, que reflejan su dolor. No creo que sea capaz de olvidar jamás esa imagen.

Miro a mis acompañantes. Un silencio sepulcral se adueña del vehículo espacial. Nadie tiene ganas de hablar... todos estamos perdidos. Tomo asiento y miro al infinito. Y entonces retuerzo los dedos de los pies. Voy descalza.

Capítulo 4

Al cabo de unos minutos, nos dejan descender de las naves especiales frente a las puertas de un edificio alto. Cientos de rostros que jamás he visto se apean de los transportes. Siempre me he preguntado cómo vivían en las otras provincias de la Tierra. ¿Igual que nosotros? Al parecer sí.

El continente está dividido en cuatro provincias. Cada una tiene su propio gobierno, pero nuestra provincia es la capital. Solo una pequeña parte del planeta está poblada. Al otro lado del mar, solo hay tierra yerma. En ese lado del mundo, solo hay desechos y paisajes contaminados, y se la conoce como «Zona Cero».

Al parecer, hace mucho tiempo, una terrible pandemia se extendió por todo el planeta Tierra. Muchos murieron, y el ser humano estuvo a punto de extinguirse. Como resultado, el número de habitantes en el foco de la pandemia disminuyó desorbitadamente y todos los supervivientes fueron desplazados a otras zonas.

Primero, los veladores nos separan por provincias y, después, nos obligan a hacer filas según el vecindario en el que vivimos. En la mía están los mismos que subieron a la nave que nos ha traído a este sitio. Diviso a Qeren en su fila. Debe de estar asustada, igual que todos. Igual que yo.

Las filas comienzan a avanzar con lentitud. Todavía no puedo creer que tengamos que dormir en este lugar desconocido con gente a la que no hemos visto jamás. Al único que conozco de mi área es a Gareth, y no es exactamente una buena compañía.

El umbral está delimitado por dos barreras de hierro grisáceo. Tenemos

que atravesarlas para entrar en las instalaciones. El marco de metal emite un tenue tintineo. Puede identificar cualquier ente oculto u objetos prohibidos; los utilizan para asegurarse de que no llevamos armas en los bolsillos. Qué irónico... ¿De dónde sacaría un humano normal y corriente como nosotros un objeto como ese? Y en caso de que fuera posible, ¿quién sería tan estúpido como para llevarlo a un lugar repleto de extraterrestres?

Los ruidos de los sensores resuenan por el lugar y crean una desordenada melodía. Al cabo de unos minutos, cruzo las barreras y me encuentro en un vestíbulo.

El cuarto está oscuro. Una luz púrpura centelleante ilumina hileras e hileras de colchonetas. Cientos de chicos y chicas de mi edad deambulan en fila siguiendo las órdenes de los corvus, que nos indican la distribución de las camas.

Para mi desgracia, el velador señala una colchoneta junto a la última persona con la que me gustaría dormir. Si no fuera tan egoísta, malhumorado y ególatra, quizá seríamos buenos amigos; al fin y al cabo, nos conocemos desde niños, siempre ha vivido a tan solo cuatro casas de la mía.

Gareth destaca en la mayoría de los sectores del Centro. Tiene tanta fuerza que es capaz de derribar a cualquier oponente, muy buena puntería y se le da genial planear estrategias. Quizá su único punto débil es el Sector Mentanumérico, pero la mayoría es débil en esa área.

En una ocasión, mamá le dijo a papá que era probable que su destino estuviese con los tenientes. Existe la posibilidad de que le permitan vivir en Corvellar si es lo bastante bueno como para que los corvus quieran darle la oportunidad de entrar en su planeta. Mi madre aseguró que Gareth estaría en las primeras posiciones de la Prueba de nuestra generación. Ella no tiene el talento de ver el futuro, pero rara vez se equivoca.

No puedo imaginarme lo que debe de ser separarte de las personas que amas. Los humanos que se van nunca regresan. No podría soportar estar en su lugar, vivir con esa incertidumbre...

Gareth no me mira. Ni siquiera levanta la cabeza cuando paso frente a él. Sin embargo, me ve; lo sé porque, enseguida, se le tensa la mandíbula. Me asombra que no musite ninguna palabra despectiva cuando se percata de mi presencia en el espacio contiguo. Qué extraño...

Lo ignoro y siento que el cansancio empieza a apoderarse de mí. Me dejo

caer en la colchoneta y cierro los párpados. Necesito descansar, de lo contrario, no duraré ni cinco minutos mañana.

Entonces, siento que algo suave me roza el rostro. Parece que no puedo tener ni un segundo de paz. Cuando abro los ojos, lo primero que veo es el color naranja, como el de las flores que de vez en cuando florecen en la cima de la colina, donde se encuentra el manzano.

Aparto con la mano los calcetines y río por lo bajo para no llamar la atención. Son las prendas más graciosas que he visto. El color es brillante, muy llamativo. No hay muchas prendas de ese tono.

Alzo la cabeza para mirarlo y Gareth me devuelve una mirada impasible. Acto seguido, bosteza sonoramente y se encoge de hombros como si fuera algo normal.

No es mala persona, pero le gusta aparentar que sí.

Por lo que me han contado, algunas familias guardan ciertos objetos — como la cruz de la madre de Qeren— como si fueran reliquias. Estos calcetines probablemente pertenecieron a algún antepasado de los Meriton. Por alguna razón, me intimida tener algo tan valioso.

Gareth se tumba en la colchoneta y me da la espalda. Giro la cabeza hacia los lados en busca de alguna mirada curiosa, pero nadie me observa. Me arriesgo y me pongo los calcetines. Hasta ahora no he sabido de humanos que hayan sido castigados por utilizar objetos viejos y con valor sentimental. Además, se me están congelando los pies.

Se me escapa una sonrisa al sentir el tacto del tejido. Es suave como una pluma, diferente a los materiales que usamos hoy en día.

Me dejo caer de nuevo. El murmullo de los alrededores no cesa y los corvus no cesan de dar vueltas, vigilando todas las colchonetas, todos los rincones de la estancia. Oigo sus pasos en el suelo de metal.

Uno de los veladores se acerca a nuestra hilera, se detiene y clava sus centelleantes ojos violetas en los míos. De repente, abre la boca y muestra unos afilados dientes de tono amarillento, e inmediatamente aparto la vista. No soporto verlos, no soporto saber que podrían desgarrarme en un segundo.

Los rayos traspasan la fina piel de mis párpados y luz se vuelve cada vez más potente, tanto que me hace daño. Hace tanto calor que empiezo a dar vueltas en la colchoneta, así que me enderezo.

Silencio.

La mayoría están sentados contemplando la nada. Sus gestos no dejan entrever ni una pizca de entusiasmo y me dejo contagiar por la melancolía que reina en el ambiente. Hoy es el día, hoy empieza la Prueba. Nos han entrenado durante años para esto, pero no sé cómo debo sentirme.

Hubo una ocasión, cuando era más pequeña, en la que, mientras admiraba el manto en mi colina, un diminuto insecto me recorrió el brazo. Se movía como si estuviera bamboleándose, había inseguridad en su andar, parecía que temiese ser aplastado. Lo llevé a casa para cuidar de él, a escondidas. Lo coloqué sobre mi mesita de noche, me di la vuelta y, cuando regresé, ya no estaba. Agaché la cabeza y entonces lo vi: lo había pisado.

Es gracioso que me sienta como ese insecto ahora. En cualquier momento, uno de los corvus de la Regencia podría acabar conmigo tan fácilmente como yo acabé con aquel bicho.

Me siento presa de mis propios miedos, de mi propia sombra, y sé que no soy la única.

Decenas de veladores invaden la habitación al cabo de un segundo. Gritan palabras toscas y despiertan con agresividad a los que todavía están durmiendo. Patean las bases de metal de las colchonetas con fuerza. Sus lúgubres semblantes hacen que la sangre se me hiele y la tensión comienza a hacerse presente en la sala.

Nos guían como ganado a otra estancia con más de cincuenta mesas largas dispuestas en orden. Allí se concentra el resto de vecindarios de la Provincia B. Los corvus nos conducen al lugar, siempre alerta.

Delante de cada asiento hay un plato blanco con nuestro desayuno, y también una botella de agua. Todos ingerimos la insípida masa gelatinosa en completo silencio, fingiendo que estamos tranquilos. O puede que la única que finja sea yo y que los demás no se mueran de ganas de escapar de aquel lugar.

Por eso, cuando un chico se levanta, los ojos de todos los presentes se posan en él.

No lo reconozco, aunque creo que lo he visto antes. Su tez morena brilla por el sudor y sonrío de forma cínica y grotesca, como si tratara de decirle

algo al corvu al que mira fijamente.

Entonces lo veo.

Yelinton Tenmoon.

No me había percatado de su presencia. Es fácil no reconocer a un corvu. Todos tienen prácticamente el mismo color.

—El rey de las tinieblas ha vuelto, corvus —pronuncia el joven como si les lanzara una maldición. Todos nos miramos confundidos, nadie sabe de qué habla.

Un gruñido me saca de mi estado de sorpresa; Tenmoon sí ha entendido su mensaje.

—¡Traedlo aquí! —ordena a un subordinado.

Siento que el corazón me martillea el pecho cuando un velador toma al chico del cuello con una fuerza brutal. El corvu lo lleva al punto indicado, al frente de la multitud, donde todos vemos perfectamente lo que ocurre a continuación. Lo obligan a arrodillarse y a levantar la barbilla. Entonces, todos ahogamos un grito cuando el joven escupe al corvu.

Tenmoon suelta una carcajada y se pasea como un animal enjaulado, sin mirar a nadie en concreto. Me percató de que acaricia su arma con los dedos y eso me hace revivir el momento en que disparó a Horton a bocajarro. Nadie parece haber notado la ausencia del jefe de los veladores y, si lo han hecho, no se han atrevido a preguntar dónde se encuentra.

El vicepresidente se acerca al chico y lo agarra del pelo, y este lanza un chillido lastimero y echa la cabeza hacia atrás. Entonces, Tenmoon mira hacia las mesas. Sus ojos escudriñan el rostro de los cientos y cientos de jóvenes que contemplan la escena atónitos. Arroja al suelo al chico, como si fuera un trapo, y le coloca un pie sobre la espalda. A pesar de que Tenmoon está sometiendo al muchacho, el brillo de rabia en su mirada no se extingue.

Mientras observo a mi compañero, llego a la conclusión de que no se dejará doblegar. Es valiente.

De pronto, el manto lanza el peor chirrido que ha emitido desde que tengo memoria y, automáticamente, me llevo las manos a los oídos. Las alarmas también suenan cuando alguien va a ser aspirado. ¿Es por el chico temerario o acaso vamos a desaparecer todos? No creo que sea la única que esté pensando en algo que no debería.

Los corvus se inquietan y miran a su superior, inquisitivos. El

vicepresidente de la Regencia se aleja del muchacho y hace una señal a dos subalternos. Al cabo de unos segundos, los extraterrestres levantan al mozo y lo sostienen por las axilas.

Lo siguiente pasa tan rápido que solo puede ser un sueño.

—¡Larga vida al rey! —grita el muchacho.

La mayoría de los veladores que se encuentran cerca cubren a Tenmoon.

De pronto, se oye un estallido y, si no estuviera viéndolo, no lo creería. El chico explota, vuela en mil pedazos. Los dos corvus que lo sostenían ahora están cubiertos por un montón de restos y sangre humana. La mezcla escalofriante aterriza sobre las personas que están cerca, que se horrorizan. Si creí que ver la muerte de Horton había sido horrible, estaba equivocada. Esto es peor...

Los que seguían sentados se levantan y corren a la salida, creando confusión. Yo hago lo mismo.

—¡Bomba de calor, rector! —exclama un corvu, con un pánico audible en la voz.

La temperatura de la sala comienza a subir y noto que empiezo a sudar a mares. No han pasado ni un par de segundos y ya estoy empapada.

Un montón de brazos y manos de humanos desesperados tiran y empujan todo a su paso, corren por su vida. Entonces, echo un vistazo hacia atrás y siento que el estómago se me revuelve cuando observo la escena.

Capítulo 5

Los corvus se están derritiendo.

Gotas de una sustancia viscosa les caen por la frente y los pómulos. Corren de un lado a otro gritando cosas como que hay que estabilizar el ambiente y absorber el calor mediante las fibras de las paredes. Enseguida, el calor se convierte en frío.

Se estaban derritiendo, como la cera frente al fuego. Otra cosa más que, quizá, tendré que soportar en mis pesadillas: la imagen de los corvus derritiéndose. ¿Algo más que tenga que añadir a la lista...?

Jadeo por la impresión. Estoy estupefacta. Me siento paralizada. De repente, las gotas parecen dar marcha atrás y desaparecen. Ninguno de ellos se percató de que los observo boquiabierto. ¿Qué clase de seres son? Una mano me agarra con fuerza del antebrazo y tira de mí hacia el exterior, donde todos los de nuestra raza se encuentran con la mirada desorbitada por la alarma y la confusión que reina. Al principio, creo que es Gareth, pero me relajo cuando veo a mi mejor amiga.

—¿Qué se supone que hacías? ¿Acaso querías juntar de nuevo los huesos de Sabatino o qué?

En mi mente, repito el nombre que Qeren acaba de pronunciar: Sabatino. Otro valiente que se ha marchado... El chico no quería que nadie dictase su destino y ha preferido morir a vivir bajo el yugo de los corvus.

Los sentinamos tienen la capacidad de crear energía y provocar explosiones. Pueden hacer que cualquier ser vivo explote. Creo que ese era el talento de Sabatino. Yo también soy sentinamo. Tal vez esa sea la razón por la

cual me siento tan identificada con él, a pesar de que jamás le dirigí la palabra.

—¿Has visto eso? —le pregunto a Qeren con asombro—. ¡Los corvus se derriten!

—¿Qué...? ¿A quién le importa eso? ¡Pueden matarnos, Ara!

De pronto, como si nos oyeran, un grupo de corvus sale del interior de la estancia, interrumpiendo nuestra conversación. Me sorprende sumamente al verlos. Tienen la piel tan lisa y perfecta como siempre, como si no hubieran estado a punto de desintegrarse hace un par de minutos.

Yelinton Tenmoon encabeza el grupo. Nos miran con odio. Estoy segura de que le gustaría acabar con la Tierra. Siento su odio cada vez que está cerca. No sé qué lo impide asesinarnos sin piedad.

La multitud guarda un silencio sepulcral. Da la sensación de que nadie respira.

—¡Escuchad, porque no lo repetiré! —Tenmoon alza la voz y se pasa su lengua bífida por los labios—. Si os atrevéis a desafiarnos, tendremos que recordaros lo que no debéis hacer!

El vicepresidente levanta una pequeña arma y apunta a alguien entre la multitud. Apenas puedo procesar lo que está sucediendo cuando oigo el disparo y más gritos ahogados. Respiro hondo y contengo el aire en mis pulmones. Acaba de disparar a un chico inocente. Lo ha matado... Me trago la rabia que se forma en mi interior y cierro los párpados con fuerza porque no quiero ver las cenizas ni la desesperación en los rostros de los demás.

Podría haber matado a cualquiera de nosotros.

Todo esto es doloroso y muy extraño...

De nuevo, nos obligan a formar hileras, esta vez por apellidos. Todavía no entiendo cómo lo hacen. Tener tanta disciplina es imposible... Seguro que alguna vez cometen algún error. Pero, si lo hacen, nadie los ve, o al menos yo.

El tiempo parece avanzar muy lentamente hasta que comenzamos a movernos. Las filas de Provincia B se convierten en una sola y conforman una extensa hilera.

A pasos cortos, atravesamos una puerta de cristal que se desliza hacia arriba cuando nota la presencia del corvu que nos guía. Hay más veladores que al principio. Nos observan con sus cuerpos inertes y las armas listas para

disparar a cualquiera.

Los ojos violetas de Tenmoon, que se encuentra en una de las esquinas del edificio, siguen el movimiento de la fila al avanzar.

Lo último que veo antes de continuar son sus enormes pupilas, que me observan con atención, como si fuera una amenaza.

Pronto, la iluminación de otra habitación me hiere los ojos y me obliga a entrecerrarlos para acostumbrarme a la luz. Unas paredes pulcramente blancas nos dan la bienvenida. El sitio es tan amplio que, a pesar de que somos cientos de humanos, todavía hay espacio. Hay al menos un millar de cubículo y, en su interior, una especie de camillas. Cada una cuenta con un conjunto de aparatos de aspecto amenazador.

Había oído hablar sobre el calentamiento antes de la Prueba. Van a hacernos el estudio preliminar para comprobar que nuestro organismo se encuentre en condiciones óptimas.

Corvellar es uno de los imperios más poderosos del universo. La ambición de los corvus es crear humanos superdotados y crear el ejército perfecto. Quieren que luchemos sus guerras por ellos, que hagamos el trabajo sucio. A ellos les debemos nuestros talentos, sin embargo, estos no son un regalo... Quieren un ejército invencible.

Cuando los nanoprocesadores no existían y los talentos no eran más que un proyecto en vías de desarrollo, los corvus experimentaban con los humanos.

Años atrás, los corvus obligaban a los jóvenes a someterse a un tratamiento para activar todas sus capacidades físicas. Les inyectaban por vía intravenosa un estimulante que tenía un efecto directo en el cerebro, que empezaba a trabajar a una velocidad increíble. Ninguna inteligencia artificial era capaz de superar a aquellas personas a las que habían inyectado el llamado «intevelo». Sin embargo, tiempo después, se dieron cuenta de que la mente de estos sujetos se deterioraba a un ritmo más rápido del habitual. Al final, estos humanos perdieron la razón y la Regencia los expulsó de Corvellar. Nadie conoce su paradero...

Con el paso de las décadas y los siglos, su tecnología avanzó y encontraron la manera de dotarnos de capacidades sobrenaturales. Hoy en día, ya no emplean el intevelo, pero eso no nos libra de los análisis que nos hacen antes de la Prueba.

Unas garts nos esperan en las unidades. Los garts tienen una apariencia humana, salvo por sus ojos amarillos. Los androides siempre me han provocado escalofríos. Están programados para informar de todo cuanto ven u oyen a la Regencia. Nuestra provincia está llena de garts: en los hospitales, las tiendas, los talleres mecánicos...

Capto un movimiento por el rabillo del ojo. Giro la cabeza y enfoco la vista. Tenmoon se detiene frente a la multitud con una sonrisa de superioridad, seguido por sus fieles secuaces. El vicepresidente tamborilea los dedos en el perfil de su mandíbula. Tiene unas uñas afiladas y largas, y no puedo apartar la vista de ellas. Parecen garras.

—Como gobernantes es nuestro deber procurar por vuestro bienestar en todos los aspectos de vuestras vidas. Por ello, todos los años, la Regencia realiza un estudio preliminar minucioso a los jóvenes que se presentan a la Prueba de Poder para comprobar que se encuentran capacitados. Este estudio recibe el nombre de «calentamiento». —Se pasea por todas partes, mirando a cuantos puede, mientras los veladores se mantienen como si fueran estatuas, con el arma a la vista para recordarnos lo débiles que somos—. Lo único que debéis hacer es permanecer en silencio mientras nuestras especialistas hacen su trabajo.

Sin pronunciar otra palabra, los veladores comienzan a leer una lista con nuestro nombre y nos asignan un cubículo. Gareth está en la unidad contigua, lo veo a través del cristal que nos separa. Por un momento, nuestras miradas se encuentran y no sé si es mi imaginación, pero percibo miedo en sus ojos. Aunque ¿quién no lo tendría?

Estamos en las manos de las garts.

Me recuesto en el sillón con cautela. El cojín de la camilla es suave. Los nervios se apoderan de mí, porque estoy en desventaja frente a la gart que está a punto de inyectarme algo en el brazo izquierdo.

Me aparto de ella en un acto reflejo. Sus ojos ambarinos se quedan fijos en mí y yo, resignada, me obligo a obedecer. Entonces, el androide agita una jeringa de metal con la aguja más larga que he visto nunca.

En su interior hay un líquido amarillento con diminutas burbujas. La gart saca el aire de la jeringa aplicando una ligera presión en el émbolo y siento que está torturándome, ya que realiza cada movimiento con una lentitud que me eriza la piel. Son máquinas sin sentimientos, sin embargo, muchos han

presenciado su crueldad. Quizá estén programados para no mostrar piedad.

Giro la cabeza hacia el lado contrario en cuanto veo que la aguja se acerca a mi brazo. La punta entra en contacto con mi piel y la atraviesa con facilidad. Acto seguido, aprieto la mandíbula y los dientes me rechinan.

La solución entra en mi cuerpo y comienzo a notar calor y que me duele todo el cuerpo. Me aferro a la camilla con todas mis fuerzas y contengo la respiración. Es como si un fuego me estuviera devorando, como si me hubieran lanzado a una hoguera. El androide saca la jeringuilla y empiezo a convulsionarme y a sudar. Levanto la mirada. Gareth y otros chicos se encuentran en la misma situación que yo. Todos tienen una mueca de dolor en el rostro y están cubiertos de sudor.

—Solo es un tranquilizante. Al principio produce malestar, pero el efecto inicial pasa en unos minutos —pronuncia la gart a mi lado con voz robótica.

¿Unos minutos? No puedo soportarlo. La sensación se extiende por todo mi cuerpo. Noto como el líquido viaja por mi cuerpo y me abrasa.

El androide se mueve y empieza a trajinar junto a una mesa. Quiero pensar y moverme, pero nada sucede, no soy yo misma. Intento relajarme. Incluso parpadear se ha convertido en un trabajo complicado.

La gart coloca frente a mí una bola luminosa que, de repente, me impide ver. No duele, pero no veo absolutamente nada. Al estar privada de la vista, me siento desprotegida, y es la sensación más aterradora que he tenido jamás.

La luz del aparato cambia de color cada cierto tiempo. Siento ligeras punzadas en la piel del brazo y en el rostro. Al cabo de unos instantes, la luz se difumina y recupero la visión. Pestañeo repetidas veces para acostumbrarme a la luz de nuevo. Lentamente, la neblina desaparece.

—Esta herramienta nos permite obtener muestras de tejido de tu córnea —murmura. No sé por qué me cuenta todo eso, no debería—. Es un procedimiento muy rápido y no causa secuelas ni daña las células. Tras obtener la muestra, envía los datos al receptor, que da una calificación.

Me paso la lengua por los labios secos, sin entender del todo lo que me dice. Todavía me encuentro aturdida por el tranquilizante.

—Los pinchazos que sentías en la piel eran por esto. —Me muestra un cepillo con unas cerdas puntiagudas de color metálico—. Obtiene células de la piel y las registra.

Guarda silencio durante unos instantes y coloca el instrumento en su lugar.

Entonces me percató de los diminutos frascos que se encuentran a su lado, sobre una bandeja. Dentro de los contenedores hay líquidos de tres colores diferentes: rojo, azul y verde. La Gart toma cada uno de ellos y los destapa con cuidado. Luego vierte el líquido en un pequeño vaso de cristal.

—No te lo tragues. —Me tiende el vaso y una manguera, y agarro ambos con desconfianza—. Enjuágate la boca con el líquido y, después, escúpelo en la manguera.

Hago lo que me dice, aguantando la respiración. La solución tiene un sabor espantoso, como el de la bilis. El ácido entra en contacto con las mucosas y los dientes. No puedo aguantar ni un minuto más, así que me llevo la manguera a los labios y escupo.

Comparado con el sabor de este líquido, la masa gelatinosa que nos dan para desayunar está deliciosa.

Sin darme cuenta, mi cuerpo ha vuelto a la normalidad. Parece que puedo pensar y moverme.

Analizo a la Gart que está junto a mí, mirando con atención una pantalla. Lo cierto es que, aunque a simple vista podría parecer una humana, cuando la observas de cerca te das cuenta de que su piel parece de plástico y de que tiene el cabello demasiado tieso.

—Eres una sentinamo. —Asiento con la cabeza, pero luego me doy cuenta de que no es una pregunta. Presta toda su atención a la pantalla—. Había dos en esta generación, ahora solo quedas tú.

No me deja responder. Se inclina para pegarme unas ventosas conectadas a unos cables a la cabeza. Me coloca otras en los antebrazos y en el pecho. Entonces, me indica que guarde silencio y aprieta un botón que no había visto antes. La camilla emite pitidos y los cables se iluminan, no obstante, no siento nada extraño. Me quedo quieta, tal y como me ha pedido.

—De este modo, obtendremos tu frecuencia cardíaca, arterial, pulmonar y neuronal —me dice.

Me parece bien mientras no me duela.

Minutos después, aprieta otro botón. Abro la boca, asombrada, cuando me doy cuenta de que la camilla se ilumina y emite una luz de un color azul intenso.

—No te muevas, la camilla escaneará tus huesos.

Obedezco sin rechistar y admiro la luz. En el momento en que se apaga,

los cables la acompañan. La gart retira todos los cables y, entonces, me parece que veo una sonrisita en su rostro.

—Me recuerdas a alguien —dice. Es extraño, pero percibo cierta pesadumbre en su voz robótica. Frunzo el ceño. Tal vez ha visto a mi madre alguna vez. Los garts suelen atender a las embarazadas y a los niños en los hospitales—. Te pareces mucho a él.

¿Él? ¿De quién habla?

—Hemos terminado —añade. Levanta la barbilla y señala hacia alguna parte—. Dirígete a la estancia principal.

Sin querer causar problemas, me levanto y me dirijo hacia el grupo de humanos que se encuentra en un espacio solitario de la habitación principal. Me apoyo contra el metal de una pared y me deslizo al suelo.

De pronto, alguien se sienta a mi lado, sin embargo, no me intereso por conocer su identidad.

—¿Qué tal tus córneas? —pregunta Gareth, acabando con mi tranquilidad. Respiro profundamente en un intento por calmarme. Hago el amago de levantarme, pero, entonces, me agarra de la muñeca, tira de mí hacia abajo y caigo de culo—. ¿Qué mosca te ha picado?

Clavo mi mirada en la suya.

—Déjame en paz, Gareth. No tengo ganas de pelear

—añado.

Me estruja la muñeca con fuerza y veo como se le abren las aletas de la nariz se abren. De repente, su rostro adquiere una tonalidad rojiza. Estoy perpleja. Quizá quiere darme un puñetazo en la cara, romperme los huesos del brazo o lanzarme una de sus bolas de fuego.

—¿Qué mosca te ha picado a ti, idiota? —pregunta, apretando la mandíbula con fuerza.

Me hace daño, pero no se da cuenta hasta que suelto un quejido. Entonces me suelta y yo me acaricio la muñeca sin quitarle la vista de encima. Gareth maldice para sí mismo y, después, guarda silencio y me observa de reojo.

—No vuelvas a llamarme idiota —gruño.

Aprieto los puños con rabia. Es imposible que no podamos estar en un mismo lugar y comportarnos como personas civilizadas. Todavía llevo puestos sus calcetines, tuve que doblar la parte superior para que no se viesan

y quedaran cubiertos completamente por las botas. Creí que el gesto que tuvo anoche conmigo era un paso adelante, pero al parecer sigue siendo el mismo cretino de siempre.

Gareth me mira fijamente y se mantiene serio por un segundo, pero entonces noto como le tiemblan las comisuras de los labios y esboza una amplia sonrisa. Es raro verlo feliz, al menos en mi presencia. No sé si debería asustarme.

—¿Te encuentras bien o las luces te han afectado al cerebro? —pregunto, confusa. Él se limita a sonreír y a negar con la cabeza de forma divertida.

Hubo una vez, cuando éramos niños, que mi madre me dijo que Gareth era el humano perfecto para mí. Según ella, nos complementábamos a la perfección; por aquel entonces, Gareth era un chico muy agradable. Me ayudaba a recoger las pocas hojas amarillentas que se desprendían de los árboles en otoño y jugábamos a que éramos dos pájaros y volábamos sobre la colina del manzano. No obstante, un día, en la escuela primaria, nos separaron por sexos. A partir de entonces, Gareth jamás volvió a ser el mismo. Al menos no conmigo.

Por un momento, estoy tentada a sonreírle, pero entonces recuerdo que no somos amigos.

Gareth ladea ligeramente la cabeza y me mira con atención. Sus ojos son como dos lagunas oscuras, profundas y enormes, como el universo.

—Solo quería charlar con alguien —murmura con los ojos entrecerrados.

—Interesante... ¿Y has escogido a la persona que más odias?

Arqueo una ceja. Entonces, se pone de pie rápidamente, como si mis palabras lo hubiesen ofendido más que todos los insultos del mundo.

—¿De qué hablas, Ara? Yo no te odio —responde, enervado.

Voy a abrir la boca para decirle que se vaya de una vez, porque no entiendo que hace hablando conmigo, pero entonces los veladores comienzan a dar órdenes a gritos y los dos hacemos lo que dicen.

Busco con la mirada a Qeren. La encuentro en el otro extremo de la habitación. Sus ojos se encuentran con los míos y sonríe. Entonces, me levanta los pulgares, y yo hago lo mismo. Ambas asentimos, dándonos por enteradas de que la otra está bien. Utilizamos esa señal desde que peleamos por primera vez en el Sector de Guerra del Centro. Recuerdo que ese día, Qeren no paraba de sangrar tras un entrenamiento brutal y, al sonreír, los dientes se le tiñeron

de rojo; pero ella levantó los pulgares, y supe que todo iría bien.

Yelinton Tenmoon aparece sosteniendo una lámina inteligente. Se coloca donde todos lo vemos y exige silencio. Los androides salen del lugar y los veladores protegen a su líder.

—Los siguientes humanos no podrán realizar la Prueba debido a que no están capacitados para ello.

Presto atención mientras respiro con agitación.

El rostro de un chico pierde el color y el brillo de sus ojos se apaga cuando lo nombran. Dos chicas más son nombradas, una de ellas es Morgan. La imagen de la chica con la cabeza gacha y una mueca triste se me graba en la memoria. Nadie se merece lo que tendrán que vivir a partir de ahora.

La Regencia decidirá si merecen otra oportunidad. Si es así, podrán volver a realizar la Prueba el año que viene. Pero si el gobierno decreta que son inservibles, los desterrarán del planeta Tierra. Tendrán que despedirse de sus familias y sus amigos como si fueran a morir. Ningún ser humano ha vuelto a ver jamás a un desterrado.

Algunos dicen que los llevan a un lugar especial para experimentar con ellos, que se convierten en ratas de laboratorio; con los corvus, todo es posible.

Dos veladores les murmuran algo. Los tres jóvenes asienten y se marchan con la mirada perdida. Acto seguido, los veo desaparecer detrás de una puerta metálica.

Nadie dice nada. Nadie se queja sobre lo injusto que es que seamos sus marionetas...

Los veladores nos guían al exterior del recinto y llegamos a un terreno plano y arenoso donde hay coboportales. Son unos cubículos para unas veinte personas que te permiten teletransportarte.

Nunca me he transportado en uno porque jamás he salido de Provincia B, pero quienes lo han hecho recalcan que un momento estás en un lugar y al segundo estás en otro. Lo único que me preocupa es aparecer en otro sitio sin nariz o sin dedos, como le ocurrió a mi padre en una ocasión. Sería horrible y sumamente incómodo.

—Preparen a los humanos —exclama el sargento de los veladores, el corvu que ha sustituido a Horton.

Los veladores nos obligan a formar grupos de veinte. Muchos se adentran

en los coboportales, asustados.

Nuestro guía abre la puerta del cubículo y entramos todos juntos. Trato de tranquilizarme y dejo que mis ojos se cierren. No quiero ser testigo de lo que va a ocurrir.

Ha llegado la hora.

Capítulo 6

Cuando abro los ojos al oír los murmullos de mis acompañantes, no doy crédito. Estamos en otro lugar, al parecer lo que dicen sobre los coboportales es totalmente cierto.

Nuestro guía nos deja salir del cubículo. No veo a nadie más. Al parecer el resto de los humanos no vendrán al mismo sitio, al menos de momento.

Nos encontramos en un pasillo largo en el que hay unas veinte puertas. El corvu nos ordena que caminemos e informa que debemos ingresar por la puerta marcada con nuestro nombre. Busco la mía, al igual que hacen los demás. Todas las puertas tienen el mismo aspecto.

Veo mi nombre en la tercera. Me detengo frente a ella y me coloco delante de un escáner de ojos que me lanza un rayo verde. Entonces se oye un clic y la puerta se desliza hacia la izquierda. Algo nerviosa, la atravieso y, justo después, se cierra automáticamente.

La habitación es minúscula, aunque cuenta con un cuarto de aseo. Sin pensármelo dos veces, me desnudo y entro en la ducha después de configurar la temperatura del agua y la duración. Dejo que el agua tibia y jabonosa me resbale por la piel y se lleve la suciedad. El metal de la puerta de la ducha muestra mi reflejo y me detengo a observar mi rostro por un momento. No es que no lo haya visto antes; simplemente quiero verme una vez más y recordar a mamá.

El cabello castaño se me pega a la cara y me cae más allá de los hombros, y mis ojos azules centellean como dos gotas de agua cristalinas. Tengo la nariz ligeramente puntiaguda y unos labios rosados que resaltan el rubor de mis

mejillas.

Papá siempre dice que mi madre y yo somos muy parecidas. Afirma que mi rostro es igual al de ella y que tenemos las mismas facciones. Cuando era pequeña, a menudo me medía la nariz, la boca o los ojos con los dedos y, luego, comparaba las medidas con las de mi madre mientras ella reía y negaba con la cabeza.

Con una sonrisa en los labios, permito que el agua pura se deshaga de la espuma que me cubre el cuerpo. Estoy nerviosa. Quiero hacer la Prueba de una vez por todas y regresar a casa.

Salgo de la ducha y estoy secándome el pelo cuando la voz de una corvu me sobresalta. Me sujeto la toalla que me cubre el cuerpo por miedo a que me vea desnuda. Inspecciono el lugar, esperando encontrarme con la extraterrestre, pero luego me percató del altavoz que hay en el techo, así que me relajo.

—Humanos, solo os quedan quince minutos —dice la voz y, de pronto, el sonido se interrumpe de golpe.

Encuentro un conjunto de dos piezas de licra, igual al que llevamos en el Centro. Me visto con rapidez y también me pongo los calcetines naranjas que me dio Gareth ayer. Me niego a abandonarlos en este lugar tan sombrío. Me aseguro de doblarlos muy bien para que no sobresalgan por encima de las botas. Por último, me cepillo el pelo y me hago una coleta alta.

Al caminar hacia la puerta, esta se abre y salgo al extenso pasillo. Algunos de los chicos de mi grupo ya están listos, otros siguen en sus habitaciones.

El velador que nos ha acompañado hasta allí golpea con impaciencia las puertas de las personas que todavía no han salido. Los dos chicos que faltaban se unen al resto. Nos quedamos mudos a la espera de alguna indicación u orden.

Entonces, el corvus nos conduce hacia el final del pasillo, a una salida que no había visto antes. Coloca la cabeza sobre un soporte y el escáner registra su entrada. Al instante, una puerta se abre y un auditorio gigantesco nos da la bienvenida.

Algunos humanos ya han ocupado algunas de las butacas; otros buscan asiento mientras la presidenta de la Regencia charla con Yelinton Tenmoon sobre un estrado.

Yenerica Curvo es la líder suprema de Corvellar y, por lo tanto, también de la Tierra.

En la clase de Historia del Universo, nos contaron que la familia Curvo fundó Corvellar hace trillones de años. Estos extraterrestres, procedentes de otra galaxia, empezaron desde cero después de que una pandemia acabara con la vida de muchos corvus. Yenerica heredó el cargo de su padre. Ella es la última descendiente Curvo con vida. Ha conquistado decenas de planetas, la Tierra es solo uno de ellos.

Tenmoon es su mano derecha y principal colaborador. El vicepresidente viaja constantemente por todas las provincias de la Tierra, pero pasa la mayor parte del tiempo en Provincia B. Esta es la más grande y la que alberga las fábricas y minas más importantes.

Tomamos asiento y aguardamos un par de minutos, mientras el resto de los de mi raza busca un lugar donde sentarse. Pronto, comienza a sonar el himno de Corvellar y los corvus se enderezan y nos obligan a rendir honores a su escudo. Tenemos que alzar el brazo hacia adelante. El blasón de Corvellar tiene forma circular y, en su interior, tiene un diamante debajo del que cual se lee el siguiente lema:

EL PODER ESTÁ EN LA MENTE

La presidenta coge un micrófono para que escuchemos su discurso. Entonces me percaté de que esta es la primera vez que la veo en persona. Tenerla a unos cuantos metros intimida. A pesar de la calma que transmiten sus movimientos calculados, al observarla pienso en un animal que acecha a su presa. Su impasible mirada se clava en el público, que espera sus palabras con inquietud. En cuanto la música termina, Yenerica Corvu comienza a hablar. Al escuchar el timbre de su voz, siento que se me pone la piel de gallina.

—Jóvenes humanos, sed bienvenidos. —Respiro pausadamente, sin dejar de mirar sus cabellos plateados—. Como líder de Corvellar, me complace felicitaros por vuestro desmedido esfuerzo durante los años de preparación en el Centro. Habéis pasado las pruebas anteriores y estáis a punto de llegar a la meta: la Prueba de Poder.

Es gracioso que diga eso. Mi única meta es no morir y mi sueño es

quedarme con mis padres para conocer a mi hermano, pero sé que eso es pedir demasiado.

—Esperamos que deis lo mejor de vosotros mismos en la Prueba de Poder. Tras la Prueba, se os asignará un valor. Seréis obreros, soldados o tenientes. Los que obtengan las mejores puntuaciones formarán parte de estos dos últimos grupos y podrán seguir desarrollando sus talentos y poderes para luchar por el honor de nuestra Patria. Si la Prueba determina que sois obreros, velaréis por el bien de la sociedad. Quienes no obtengan la puntuación mínima, serán ejecutados en la plaza Occidere, pues sus talentos y poderes se consideran inservibles. Algunos supervivientes serán emparejados con la persona que los complementa a nivel genético para crear productos perfectos, siempre y cuando el gobierno lo permita. —La presidenta esbozó una ligera sonrisa—. Me complace anunciaros que este año la Prueba será distinta.

Esas simples palabras hacen que todos en la sala se tensen, incluida yo.

Todos los años, los corvus envían a los aspirantes a algún laberinto con obstáculos. Todos vuelven, pero aquellos que no obtienen la puntuación mínima son ejecutados en la plaza principal del continente, donde se encuentra la sede de la Regencia. Allí, se despiden de sus familiares y seres queridos, caminan a una plataforma y son asesinados por orden del vicepresidente Yelinton Tenmoon.

La voz de Yenerica Curvo me saca de mis pensamientos.

—La Prueba de Poder del año 5067 será un proyecto piloto. Competiréis en grupo. Nuestros mejores científicos han creado grupos de cuatro personas. Se os conectará con electrodos y, juntos, entraréis a un mundo virtual, donde tendréis que demostrar vuestras habilidades.

De pronto, se hace un silencio sepulcral en el auditorio. Giro la cabeza para observar la expresión de los humanos que me rodean. Todos tienen una mueca en los labios, algunos tienen lágrimas en los ojos y otros tratan de contener la rabia que se apodera de ellos.

Yo soy una hoja. Dejo que el viento me lleve a mi destino. Lucharé por mi vida sin importar el precio. Quiero vivir muchos años con mi familia y, quizá, formar la mía propia. Tal vez tenga la suerte de encontrar a la persona adecuada. Mi único deseo es vivir con mis seres queridos.

Entonces, la presidenta baja del pedestal y le cede su lugar a Tenmoon. Una vez arriba, este coge una lámina inteligente y empieza a leer.

—El total de jóvenes de esta generación es de cuatro mil ochocientos doce. Habrá mil doscientos tres equipos de cuatro humanos cada uno. Y, ahora, pasemos a la equipación...

No tengo tiempo para procesar todos los datos que da. Tenmoon habla a toda velocidad y tengo la cabeza hecha un lío. ¿Por qué han cambiado la Prueba? En un principio, no le di mucha importancia al asesinato de Horton, pero todo lo que ha ocurrido en los últimos días es demasiado extraño.

Los participantes comienzan a ser nombrados por dos corvus. Una vez formado un equipo, uno de los veladores los dirige hacia los coboportales por los que hemos venido. Todo ocurre muy rápido y, enseguida, el grupo restante va menguando. Me mantengo atenta.

—¡Qeren Yawer! —exclama el corvu de la izquierda.

Distingo su cabello casi plateado. Mi amiga se mueve con celeridad entre la multitud. Se me escapa una sonrisilla cuando se tropieza con uno de los escalones al subir al estrado y casi provoca que un chico caiga al suelo. Siempre ha sido algo torpe. Otra chica y dos chicos más son elegidos para su grupo. De hecho, todos los grupos están formados por dos mujeres y dos hombres.

A medida que pasa el tiempo, estoy más ansiosa. Justo cuando creo que pronunciarán mi nombre, el corvus de la derecha me llama.

Oigo los latidos frenéticos de mi corazón y noto como se aceleran cuando me pongo de pie y emprendo mi camino hacia el estrado... pum, pum, pum, pum. Subo los escalones y me detengo junto al corvu a la espera de conocer al resto de integrantes de mi equipo.

—Jaston Fortivo.

Un muchacho de tez clara al que no conozco se levanta. Desde lejos, veo que tiene la frente y el cuello cubiertos por una fina capa de sudor. El chico está tan nervioso que cae de bruces en el primer escalón. Tengo que esforzarme para no poner los ojos en blanco cuando se coloca a mi lado; en cambio, los suyos saltan de un lado a otro del auditorio sin parar.

—Valorie Kartune.

Pongo los ojos como platos. ¿No podían ponerme junto a alguien más estúpida? Valorie sabe controlar bastante bien su talento, pero es una egocéntrica y una egoísta a la que no le importan en absoluto los demás. Es una teque: puede tocar cualquier cosa y obtener información. Recuerdo que

una vez tocó a Qeren y le contó a todo el mundo que sus padres peleaban todo el tiempo. En clases de tiro no hace más que hablar de temas superficiales en lugar de prestar atención al entrenador. Su voz aguda y chillona a menudo me enerva hasta el punto de querer pegarme un tiro.

La Regencia debe de quererme muerta. De lo contrario, me habrían agrupado con otros.

—Gareth Meriton.

Me tambaleo.

¿Gareth?

Habría sido mejor... No sé, juntarme con los restos de Sabatino.

El chico se levanta de su butaca y camina con gracia hacia nosotros. Yo retuerzo las manos. ¿Por qué tenía que tocarme con él? Intento mantener la calma, ya que no quiero iniciar la prueba con el cuerpo tenso.

Gareth se sitúa a nuestro lado sin mediar palabra, ni siquiera me mira. En el fondo, se lo agradezco, porque no soportaría escuchar su voz ahora mismo.

Uno de los veladores viene a nuestro encuentro y nos dirige hacia un coboportel. Cuando entramos en el cubículo, Gareth se coloca a mi lado y mantiene la mirada fija en mi rostro. Sus ojos negros escrutan mis facciones. Levanto la barbilla para hacerle frente, pero, en ese momento, me doy cuenta de que el paisaje a sus espaldas ha cambiado.

Ya no estamos en el auditorio. Nos encontramos en un campo arenoso. El cielo nublado sobre nuestras cabezas tiene un aspecto sombrío. A uno de los lados, hay una arboleda de aspecto tenebroso y, frente a nosotros, un lago. Entonces, el sol empieza a ponerse y nos trae más oscuridad. Tres canoas de metal negro se bambolean en la orilla.

Los tres veladores, con sus armas desenfundadas, nos ordenan de malas maneras que nos dirijamos a las lanchas.

Mientras caminamos por la arena con cierta dificultad, miro en dirección al bosque con los ojos entrecerrados. Hay algo que me da mala espina. Presto atención, no sé si por curiosidad o porque tengo una corazonada, y alcanzo a ver la fina malla de alambre que resguarda al bosque; es como una telaraña. Sigo su recorrido sin perderlo de vista. De repente suelto un grito y me detengo abruptamente.

Mis acompañantes se paran en seco y me miran con gesto interrogante. Levanto el dedo índice y señalo el punto exacto donde acabo de ver el rostro

desfigurado de una anciana... Los veladores vuelven la cabeza hacia el lugar que señalo.

—¿Qué pasa, humana? —suelta uno con la voz teñida de duda al no encontrar ni rastro de lo que he visto. El rostro de la anciana ha desaparecido en un abrir y cerrar de ojos.

Tiemblo.

—He... he visto una cara deforme detrás de ese árbol —balbuceo.

Gareth clava la vista en la zona y frunce el ceño con incredulidad. Uno de los veladores lanza una risotada, Valorie hace lo mismo y Jaston se limita a quedarse quieto.

—Probablemente haya sido cosa de tu imaginación, es posible que estés alucinando debido a los nervios.

Los corvus se dan media vuelta y continúan el camino hacia el lago. Vuelvo a mirar de reojo los árboles con miedo. Estoy segura de lo que he visto.

Era una anciana. Tenía la nariz torcida, le faltaba pelo en algunas partes de la cabeza y un ojo. No ha sido cosa de los nervios; eso es lo que quieren que crea.

Necesito saber dónde estoy, pero no me atrevo a preguntar. Los corvus no me darán ningún tipo de información. Se limitarán a reírse de mí. Valorie es incapaz de pensar por sí misma, hace cualquier cosa que le ordenan; y Jaston está todavía más asustado que yo, lo sé porque los dientes no dejan de castañetearle.

Mi única opción es Gareth...

Lanzo el suspiro más largo de mi vida y acelero el paso para colocarme a su izquierda. Al principio me ignora, pero, cuando se da cuenta de que lo miro fijamente, arquea una ceja a modo de pregunta.

—¿Sabes dónde estamos? —susurro.

De pronto, noto que vuelven a temblarle las comisuras de los labios, pero enseguida recupera la compostura.

—No —contesta. Mira hacia adelante para ver si alguien nos vigila y vuelve a fijar sus ojos en mí tras comprobar que nadie nos presta atención—. Creo que nos encontramos en uno de los flancos de la Zona Cero.

Cuando voy a preguntarle si está seguro, ya hemos llegado a las canoas.

Los veladores nos obligan a subir a los botes a empujones. Una vez en ellos, nuestro guía aprieta un botón y el motor de las máquinas comienza a rugir. Comenzamos a movernos hacia adelante y la brisa me da en la cara y me sacude el cabello. Me alegro de haberme hecho una coleta; Valorie lo está pasando realmente mal.

El agua salta por todas partes debido a la fuerza que genera la hélice del motor.

A lo lejos, diviso una isla con algunos árboles tropicales que se elevan hacia las nubes. El cielo se nubla cada vez más y, sin previo aviso, dos relámpagos resplandecen y se oye el estruendo de los truenos. El islote comienza a tomar forma a medida que nos acercamos. En el momento en que las lanchas tocan la tierra, comienza a llover a cántaros. Los corvus parecen no inmutarse y nos ordenan bajar del vehículo.

Una vez en tierra, entrecierro los ojos porque las gotas de agua me molestan y me impiden ver con claridad.

Los veladores nos conducen a los árboles, de los cuales cuelgan lianas verdes y frescas. Nunca había visto colores tan vivos. La lluvia moja las hojas y crea una corriente que desciende e intenta arrastrarnos. Valorie se queda atrás. La oigo quejarse todo el tiempo. Está asqueada porque se ha manchado de barro. ¿Qué le pasa a esta chica? Ahora mismo, los corvus nos están dirigiendo al matadero y ella solo se preocupa por sus malditos zapatos.

Gareth la toma entre sus brazos y la ayuda a subir la colina. La chica se lo agradece entre chillidos y risitas. Miro de reojo y me fijo en lo cerca que se encuentran sus rostros, resoplo, indignada, e intento ignorarlos.

La cuesta llega a su fin y el camino vuelve a ser llano. Dejo la vista en el suelo para evitar tropezarme con los troncos.

—¡Eres tan fuerte...! —exclama Valorie en un tono meloso.

Suelto una carcajada cuando la oigo y, enseguida, me tapo la boca con las manos para que no se den cuenta. No sé si está permitido reír mientras nos dirigimos a realizar la Prueba.

Gareth se adelanta notablemente y me lanza una mirada mordaz, a lo que yo correspondo mordiéndome el labio y riendo de nuevo. Valorie me observa con la cabeza apoyada en el hombro del muchacho y yo me encojo de hombros.

Entonces nos detenemos y me doy cuenta de que la poca vegetación que había se ha quedado atrás, ya ni siquiera hay matorrales ni flores silvestres.

De la nada, aparece una construcción de color blanco muy parecida al Centro. Seguro que es aquí donde nos conectarán los electrodos.

No sé en qué momento he empezado a temblar.

Capítulo 7

—¡Hemos llegado! —anuncia uno de los veladores.

Los corvus se dirigen hacia la entrada del edificio. Yo salgo de mi aturdimiento y sigo sus pasos. Al entrar, nos topamos con un único cuarto. Hay cuatro camas pegadas a una pared, divididas por cortinas que van del techo al suelo. En el cabezal, hay unos aparatos de aspecto amenazador.

Los veladores nos ordenan escoger a uno de los integrantes de nuestro equipo como capitán. Valorie comienza a saltar, a aplaudir y a decir que Gareth es la mejor opción.

No es que quiera dirigir el equipo, porque no tengo paciencia y acabaría haciéndoles daño, pero tampoco me agrada la idea de depender de alguien. Trabajo mejor sola. Me habría gustado que la Prueba fuera como la de años anteriores. De ese modo, mi destino sería el resultado de mis decisiones y no de las de un grupo de catetos. Resignada, secundo la moción; al fin y al cabo, Jaston y Valorie son unos completos ineptos.

Cada uno ocupa una de las camas. Me acuesto y coloco la cabeza en la almohada.

—Os transportaremos a un mundo virtual creado especialmente para vosotros, lo que quiere decir que vuestros cuerpos viajarán a esa realidad. Cualquier cosa que os haya pasado allí, no cambiará una vez volváis —dice un corvu—. Recordad que el tiempo es subjetivo. Podéis usar libremente vuestros talentos y poderes, vuestra única meta es ganar.

No sé cuál es el talento de Jaston y desconozco si Valorie posee algún poder. Jamás lo admitiría en voz alta, pero me tranquiliza que Gareth sea un

tantum, como mi padre. Puede clonarse y volverse invisible por completo. Además, puede generar fuego y calor.

De repente, unos garts aparecen y se acercan a nosotros. Se dedican a conectar los electrodos, que están helados cuando los aprietan contra mi piel. Cierro los párpados durante un segundo para intentar recobrar la calma, aunque no logro tranquilizarme, pues oigo las respiraciones agitadas de mis compañeros y los pasos de los androides.

Me pregunto qué harán mis padres en este momento. Me habría gustado despedirme de ellos y abrazarlos con todas mis fuerzas. Mi madre me dijo que no debía destacar en la Prueba. Lo entiendo, porque los tres queremos estar juntos, pero no es tan fácil engañar a los corvus, no cuando conocen nuestros límites y nos han observado de cerca desde que éramos unos críos.

Aprieto los dientes. Odio esto.

Respiro hondo un par de veces para aliviar la tensión que siento en los hombros. Debo concentrarme. Cuando esté en el mundo virtual, solo pensaré en acabar. Deseo volver a casa lo antes posible.

De repente, todo queda en silencio. La prueba debe de estar a punto de comenzar. Mi suposición se confirma cuando los electrodos pegados a mi cabeza empiezan a vibran. Entonces, dejo de sentirlos.

—Bienvenidos, humanos, a la Prueba de Poder.

Capítulo 8

Una voz robótica carente de calidez me hace abrir los ojos.

—¿Qué es este lugar? —pregunta Jaston con asombro mientras observa a su alrededor.

Entiendo su admiración. Este sitio parece tan real que asusta. El sol brilla con más intensidad que en la Tierra, pero el cielo sigue nublado y no creo que sea por el atardecer. Estamos de pie sobre una arena blanca. Frente a nosotros se extiende un mar de árboles tropicales.

Me percato del peso sobre la espalda. Tengo una mochila colgada a los hombros. El resto de los miembros del grupo también. Valorie ni siquiera parece darse cuenta de ello y se pone a dar vueltas para inspeccionar el entorno.

Me deshago de la mochila y me dejo caer de rodillas sobre la cálida arena. Abro la cremallera con premura y compruebo que no hay demasiadas cosas en el interior. Saco los objetos solo para asegurarme de que no me olvido de nada. Alzo la cabeza y veo que Jaston y Gareth están de pie, inspeccionando sus bolsas.

—Llevo comida, algunas botellas de agua y una pequeña pantalla de pulsera —murmuro con la vista puesta en Gareth mientras me coloco el artefacto en la muñeca. Inmediatamente lo enciendo y aprieto el botón de inicio—. ¿Tenéis lo mismo?

Él se pasa la lengua por los labios y asiente, y Jaston afirma haciendo un ruido nasal. Cierro la mochila y vuelvo a colgármela mientras me pongo de pie. Me da la sensación de que vamos a pasar hambre y sed en este lugar.

Valorie se acerca trotando con su melena al viento.

—¿Por qué no me habéis esperado? —pregunta, indignada.

Suspiro y trato de guardar la calma. Siento que los nervios me están afectando más de lo normal. Por lo general, suelo ignorar a la gente como Valorie, pero si mi existencia depende de alguien así... la cosa cambia.

—Escuchad... —empiezo a decir. En un abrir y cerrar de ojos, el cielo se oscurece. Frunzo el ceño al percatarme del repentino cambio de iluminación y oír un relámpago en las alturas. Entonces, un rayo ilumina el cielo. Es evidente que se acerca una tormenta. Me aclaro la garganta para continuar—. Escuchad, está anocheciendo y va a llover. Creo que deberíamos buscar un refugio para pasar la noche antes de que oscurezca por completo.

—Tú no eres la capitana —suelta Valorie con apatía, y chasquea la lengua.

Me cruzo de brazos y alzo la barbilla. Tengo que morderme la lengua para no soltar una palabrota. ¡Se supone que somos un equipo...! Necesito esforzarme más y aguantar. No he venido aquí a pelear con ellos.

—Lo que propone Arella es una buena idea —tercia Gareth, interrumpiendo nuestro duelo de miradas. Las dos volvemos la cabeza al mismo tiempo, casi en sincronía—. Entiendo tu recelo, Valorie. Yo también me muero de ganas de largarme de aquí, pero tenemos que pensar. No conocemos este lugar. Creo que lo mejor es que nos adentremos en el bosque y busquemos un sitio donde podamos pensar. Mañana decidiremos qué hacer.

Finjo que no me ha sorprendido su actitud pacifista. No se parece en absoluto al chico que se dedicaba a molestarme en los pasillos del Centro. Esta es la versión buena de Gareth. Los otros dos aceptan la propuesta.

Formamos una fila. Gareth va a la cabeza, seguido por Valorie, Jaston y, por último, yo. Empezamos a caminar en línea recta. Los árboles son tan altos que no logro ver las copas. De pronto, un olor a tierra mojada me llega a la nariz y me hace sonreír.

¿Está mal que algo tan insignificante me parezca increíble? En Provincia B apenas hay vegetación. La única zona verde que conozco es la colina del manzano. Todo son fábricas, humo y calles aburridas con casas idénticas; no hay vida. Muchos aseguran que, al otro lado de la valla, allá donde viven los corvus, hay más colores, pero no podría afirmarlo. No sé qué hay al otro lado. Los humanos no podemos cruzar esa barrera.

Me gusta lo que veo. Si esto fuera real y no estuviera en la Prueba de Poder, soñaría con vivir en un lugar así. El suelo está lleno de troncos, ramas y maleza. Tropiezo un par de veces por no mirar por dónde camino.

Otro trueno resuena e, inmediatamente, el cielo se desploma sobre nuestras cabezas. El viento revuelve las hojas gigantes de los árboles y las plantas. Intento cubrirme el rostro para que las gotas de agua no me lleguen a los ojos. A estas alturas, ya tengo el pelo empapado, sin embargo, mi ropa sigue en perfecto estado; es lo bueno de estos uniformes.

—¡He encontrado algo! —exclama Gareth, aunque su voz apenas es un susurro. Hay tanto ruido que apenas lo oigo.

Me limito a seguir a Jaston porque las raíces de los árboles sobresalen de la tierra y no quiero caerme.

Abro la boca, sorprendida, cuando me topo con una raíz más grande que yo. Levanto la cabeza y descubro un árbol gigantesco con un tronco muy ancho. Bien podría ser del tamaño de toda mi casa. La lluvia deja de mojarme a medida que nos acercamos. Entonces, miro hacia arriba y lo único que veo son hojas verdes.

Nos refugiamos entre las raíces. No sé si alguien o algo nos está acechando, pero no tenemos otro plan. No hay luz suficiente como para seguir deambulando por un bosque desconocido y, probablemente, lleno de peligros.

Jaston apoya la espalda en el tronco. Lo observo mientras me suelto el pelo para escurrirlo. Es el más silencioso de los cuatro. Se muestra tímido, lo cual me sorprende.

Vuelvo a recogerme el pelo y me aprieto el coletero bien para que no se suelte. Busco a Gareth y me sobresalto cuando veo que me mira fijamente. Arqueo una ceja y él imita mi gesto. Tengo que romper el contacto visual con él para que no se de cuenta de que, incluso cuando estoy atrapada en un bosque virtual en medio de una lluvia torrencial, estoy divirtiéndome.

—Venid —dice Gareth, llamando nuestra atención. Me levanto y me dirijo hacia él dando pasos cortos, evitando mirarlo a los ojos. Los cuatro hacemos un círculo—. Sé que esto quizá os parecerá una estupidez, pero somos un equipo y dependemos los unos de los otros, así que me gustaría que, antes de descansar, nos presentáramos como es debido. ¿Qué os parece?

—¡Es una gran idea! —exclama Valorie. Opino lo mismo, pero frunzo los labios y me quedo callada—. ¿Puedo empezar?

—Por supuesto —responde el capitán.

—Mi nombre es Valorie Kartune, soy una teque, como todos los de mi familia. —Eleva el pecho con orgullo. Al menos nos parecemos en algo: las dos nos sentimos orgullosas de nuestros padres—. Puedo obtener información de las cosas o de los seres vivos con solo tocarlos. Tengo dos poderes: puedo controlar el sonido de los aparatos eléctricos y percibir el ánimo de las personas. Puedo sentir lo que los demás sienten.

Gareth y yo nos volvemos hacia Jaston al mismo tiempo. El chico se endereza y traga saliva con nerviosismo.

—Ve... vengo de Provincia A y mi talento es el de sanar. No tengo poderes.

El sur del continente. He oído que es la zona más pacífica y que tienen campos verdes porque hay muchos humanos que pueden controlar el crecimiento de las plantas. Muchos de los humanos obreros se dedican a la agricultura y a la elaboración de alimentos. Jaston es un metéreo. En mi opinión, el suyo es uno de los talentos más fascinantes, aunque sea bastante común.

Respiro hondo cuando Gareth clava sus ojos en los míos, esperando a que hable. Aprieto la mandíbula hasta que siento que me rechinan los dientes. Él no lo sabe, pero detesto que los demás sepan cuál es mi habilidad. No puedo usar mi talento para otra cosa que no sea matar o herir.

—Me llamo Arella y soy una sentinamo.

Jaston pone los ojos como platos cuando pronuncio esas palabras y me parece que se aleja un poco de mí. Valorie ya lo sabía, al igual que Gareth. Los tres vamos al mismo Centro y, aunque nadie lo dice en voz alta, se nota que no les gusta estar cerca de mí más de lo necesario. Si no fuera por Qeren, estaría siempre sola.

Gareth aguarda unos segundos para que diga cuáles son mis poderes, pero no lo haré. En una ocasión, mis entrenadores me dijeron que era demasiado peligroso que intentara utilizarlos en la Tierra. Tengo el poder de manipular la materia... y puedo hacerla explotar.

Cuando se da cuenta de que no voy a continuar, Gareth se aclara la garganta y dice:

—Yo soy un tantum con el poder de crear y manipular el fuego, así que no me hagáis enfadar u os quemaré las cejas.

Todos se ríen, pero yo aparto la mirada de ellos con disimulo y me doy la vuelta. Si bien no hemos hecho gran cosa, estoy agotada. Me dejo caer al suelo pesadamente con un suspiro. Nadie podría enterarse de que estamos aquí a menos que se asomara entre las raíces del gran árbol. Entonces pienso que a mi madre le encantaría.

Oigo unos pasos y veo que Jaston se recuesta sobre una raíz a unos cuantos metros. De repente, un rostro aparece en mi campo de visión. Gareth me mira desde arriba.

—¿No te da asco estar en el barro? —pregunta con petulancia.

—¿No te da asco ser un imbécil?

Lanza una carcajada y echa la cabeza hacia atrás.

—Vienes a matar, ¿eh?

—Y tú, gracioso. —Frunzo los labios y me contengo. Solo quiero que se calle—. Gareth, no quiero pelear.

Cierro los párpados para no verlo más. No me responde, pero siento su presencia cerca de mí. Dejo que pasen los minutos antes de abrir los ojos de nuevo. No creo que pueda conciliar el sueño en este lugar tan frío e inhóspito.

Las tinieblas de la noche traen consigo una gélida brisa que me hace temblar. Oigo un coro de sonidos provenientes del bosque. Los animales nocturnos entonan una bella melodía. No veo las estrellas, ya que el cielo está cubierto por las hojas del árbol, pero me encantaría observarlas.

En el Centro nos enseñan todo lo relacionado con el espacio. Debemos aprender cada fenómeno, galaxia y constelación.

La galaxia del Laberinto Curvo, vecina de la Vía Láctea, es una de las más grandes del universo. Alberga el planeta Cincuenta, donde se encuentra la base militar de los corvus, y el planeta Corvellar, donde vive toda su raza. Los corvus son poderosos. Sus guerras nunca terminan porque siempre quieren más. Son los dueños de nuestra galaxia y de muchas otras.

El repiqueteo de la lluvia me tranquiliza. Me hace recordar el último momento que compartí con mi padre, frente a la ventana de casa. La gran diferencia es que las gotas de agua de la Tierra queman. Este es un baño refrescante, aunque ahora me muero de frío. Se supone que una de las funciones del traje de licra inteligente es mantenernos calientes, pero no parece funcionar.

—¿Tienes frío? —pregunta alguien en voz baja.

Me giro para ver quién es. Gareth está a mi lado izquierdo. No distingo del todo su rostro debido a la oscuridad, pero sí le veo los ojos y oigo su respiración.

—Sí —susurro.

Estamos a la intemperie, ocultos por las hojas de un árbol descomunal.

—Dame la mano —murmura, y yo frunzo el ceño, aunque no creo que me vea—. No hagas preguntas, tú dámela.

Extiendo la mano con desconfianza y, cuando estoy a punto de dársela, me arrepiento. ¿Pero qué hago...? Voy a apartarla y a darle la espalda, pero me la coge antes de que pueda hacerlo y entrelaza sus dedos con los míos con lentitud.

Abro la boca para respirar tan pronto como me doy cuenta de sus intenciones: Gareth puede generar calor, y eso es justo lo que hace. Me relajo. Ya no siento frío y he dejado de temblar.

Permanecemos inmersos en los ojos del otro durante unos instantes. Por alguna razón, es agradable. La tormenta mengua, el golpeteo de la lluvia al caer deja de oírse y es sustituido por unos tenues ronquidos femeninos.

—¿Cómo puede estar tan relajada? —pregunto en un susurro.

Gareth suelta una débil carcajada.

—Creía que lo de la Zona Cero era un mito —susurro, cambiando de tema al recordar lo que hemos visto antes.

Él niega con la cabeza.

—Cuentan que los corvus arrojaron ahí los cuerpos de todos los humanos que mataron cuando llegaron a la Tierra; también que los desaparecidos se convirtieron en ratas de laboratorio y que ahora vagan por esos bosques, perdidos en su locura. Luego está la teoría de que las víctimas del intevelo están presas en cárceles secretas en medio de los bosques y selvas, al igual que los miles de desaparecidos; y mi favorita, que algunos de los que huyeron formaron una comunidad secreta que se esconde entre los árboles.

Al oír sus últimas palabras, no puedo aguantar la risa.

—Es una locura. —Me doy la vuelta para acostarme de lado—. ¿Tú qué piensas?

—Yo creo que los corvus esconden algo que no quieren que veamos. La Tierra es muy grande, y ellos solo nos permiten habitar uno de los continentes.

¿Qué hay más allá del mar? ¿Alguna vez te lo has preguntado? Si pudiera elegir mi vida, me gustaría ser explorador. —Se me escapa una sonrisa—. Me habría gustado vivir en esa época en que podías subirte a un barco y admirar el océano espumoso y azul, sumergirte en las profundidades y nadar junto a los peces más hermosos que puedas imaginar, escalar una montaña para contar nubes... Nos ha tocado la peor parte, ¿no crees?

Tiene razón. Vivimos en una pequeña burbuja, es como estar dentro de un pozo de agua y que no te dejen salir. Sabemos que un día existió ese mundo que emerge en nuestros sueños de vez en cuando y que desapareció cuando los corvus llegaron.

—Si pudiera elegir mi vida, me gustaría que vivir en un lugar donde el cielo no estuviera siempre oscuro —murmuro, y frunzo los labios una vez más.

Volvemos a quedarnos callados y el tiempo transcurre. Me gustaría acercarme para ver si sigue despierto, pero no hace falta que me mueva pues un ronquido casi me hace estallar en carcajadas.

Si ayer me hubieran dicho que iba a dormir sobre tierra mojada, al aire libre y de la mano de Gareth para sufrir una hipotermia, probablemente no lo hubiera creído.

Capítulo 9

Cierro los ojos con fuerza cuando un tenue rayo de luz me alcanza y me deslumbra, y le suelto un manotazo a la persona que me sacude con violencia. Un alarido de dolor hace que salga de mi letargo y abra los ojos con lentitud.

—¡Jaston! —exclamo con preocupación a mi blanco. Pensaba que era otra persona... El pobre chico tiene el rostro contraído por el dolor. Avergonzada, le pido disculpas. Él asiente y dice que no pasa nada.

—Ara, solo quería avisarte de que todos están despiertos. Vamos a comer algo antes de movernos.

Su voz dulce y sus ojos comprensivos hacen que me sienta todavía peor.

—De verdad, Jast, lo siento mucho. Creía que eras Gareth —respondo.

Me pongo en pie de un salto y saco de la mochila uno de los bollitos insípidos. Ya estoy acostumbrada a comerlos, pero la verdad es que son horribles. En el Centro dicen que tienen todos los nutrientes que necesitamos para todo un día. Me lo acabo con premura y, luego, bebo la mitad de una de las botellas de agua.

Gareth y Valorie están a un par de metros de distancia conversando mientras terminan de comer. Jaston se les une, pero yo prefiero apoyarme en una raíz.

Levanto el brazo para observar el brazalete que nos dieron ayer. Tiene una pequeña pantalla rectangular y la pulsera es metálica. Parece una cadena.

Toco la pantalla y esta se enciende y proyecta frente a mí un holograma. Hay dos dibujos sobre un simple fondo negro: uno es un globo terráqueo y el otro es una brújula. Arqueo las cejas y selecciono el segundo ícono. De

pronto, un mapa con montañas, lagos, pantanos y un extenso mar de árboles verdes se despliega ante mis ojos. También veo mi localización exacta. Me incorporo rápidamente y empiezo a deambular por el lugar, fascinada porque el puntito con mi nombre se mueve siguiendo mis pasos.

—Eso no es todo —dice Gareth, a mi espalda.

Voy a darme la vuelta para plantarle cara, pero él me pasa rápidamente el brazo por el costado y selecciona algo en mi holograma. Hago un esfuerzo sobrehumano para prestar atención a lo que dice y no pensar en el hecho de que está detrás de mí. Se me tensa todo el cuerpo. No sé si se da cuenta de ello, pero no se mueve.

—Mira esto —me murmura al oído.

Inhalo hondo y me obligo a permanecer tranquila. El mapa también muestra la ubicación de otro equipo. Ahora todo cobra sentido. Nuestra meta es ganarles.

—Todavía hay más —añade Gareth.

Vuelve a la pantalla inicial y selecciona el otro ícono, el del globo terráqueo. Entonces aparece una tabla que muestra el avance del resto de los equipos. Podemos seleccionarlos y ver sus mapas. Estamos en las últimas posiciones y no creo que eso sea algo bueno.

—Hay que moverse —digo.

Espero a que se aparte, pero no lo hace de inmediato. Gareth se toma su tiempo. Una vez ya está lejos, me doy la vuelta y, sin mirarlo, camino y me alejo de las raíces del árbol. No me detengo ni siquiera para averiguar si me están siguiendo. Al cabo de unos minutos, miro hacia atrás y veo a Gareth, Valorie y Jaston. Me tranquilizo, aunque me siento algo patética.

Solo quiero salir de aquí y abrazar a mis padres. Sentir el vientre abultado de mi madre y que mi padre me bese la frente. Tumbarme bajo el manzano y observar el cielo, escuchar el canto de las aves y cantar con ellas mientras vuelan por los cielos, charlar con Qeren y pasar horas riendo a su lado...

Simplemente quiero regresar a casa.

Subimos una colina. La senda está delimitada por árboles y arbustos, y de la tierra brotan florecillas silvestres. El suelo está cubierto por hojas secas y troncos y las raíces aéreas confieren al paisaje un aspecto místico. Esquivo telarañas y algunas ramas y oímos sonidos desconocidos, pero no nos topamos con ningún animal.

Valorie se une a mí minutos después. La miro de soslayo cuando noto que está demasiado callada. Normalmente no para de dar saltitos y hablar, es totalmente opuesta a mí. Me permito estudiarla. Su tez blanquecina y sus labios sonrosados la hacen diferente, al igual que su cabello negro, largo y brillante. Su mirada, aunque vivaz, está algo apagada.

—¿Crees que todos saldremos de aquí con vida? —pregunta, y no puedo evitar sorprenderme.

—¿Por qué no tendría que ser así? —respondo.

—¿No te has fijado? Todos los equipos estaban formados por una pareja con talentos mayores y otra con menores. Es extraño...

Niego con la cabeza. Lo cierto es que en el auditorio no pensaba en otra cosa más que en el discurso de Yenerica y en el de Tenmoon.

—Creo que Jaston y yo somos los débiles del nuestro —murmura sin ganas.

No puedo responderle porque los chicos aparecen de repente y ella salta y se cuelga del cuello de Gareth. El chico intenta zafarse del abrazo. Valorie siente el rechazo, bufá y agarra a Jaston del codo. Lo arrastra para tomar la delantera y asegura que encontrarán a los del equipo contrario.

Me lanza unas miradas venenosas que me confunden. Hace un momento se ha abierto conmigo y ahora está enfadada. Lo más probable es que no le agrade en ningún sentido. No sé si está permitido que el equipo se separe, pero cuando voy a pedirles que no se alejen de nosotros ya no hay rastro de ninguno de los dos.

Capítulo 10

Encendemos los brazaletes. Dos hologramas idénticos se proyectan frente a nosotros. Los mapas muestran nuestra ubicación y la meta. Nos falta la mitad del camino, poco más de cien kilómetros. Los del otro equipo se encuentran casi en la orilla.

Si no dormimos ni nos detenemos, podríamos llegar en un día, pero necesitamos descansar y alimentarnos.

Subimos la pendiente. No hay mucho que ver, solo árboles, matorrales, hojas y lianas colgando.

—¿Por qué creías que te odiaba? —pregunta de pronto Gareth.

—¿No te haces una idea? —respondo con una mueca.

Se queda pensativo durante un buen rato. Cuando creo que ya no va a decir nada más, continúa.

—No te odio.

Deseo preguntarle por qué se comportaba como un cretino entonces, pero me quedo muda.

Un ruidito hace que nos detengamos en seco. Gareth y yo nos miramos. Al ver que ninguno de los dos es el causante del sonido, nos ponemos alerta. Enderezo la espalda y escudriño los troncos, el follaje y las ramas que se entrelazan. No hemos visto demasiados animales en el camino, solo algunas aves y hormigas.

—¿Ves algo? —pregunto sin perder la concentración.

Gareth está detrás de mí, cubriéndome la espalda, como nos enseñaron en el Centro. «Nunca te des la vuelta si no sabes lo que hay detrás», recuerdo.

—Alguien nos sigue —responde.

—¿Valorie y Jaston?

Frunzo el ceño. No me extrañaría que siguieran nuestros pasos, pero es poco factible que sean ellos. Vi como Valorie arrastraba a Jaston y subía la colina sin mirar atrás. Aunque... podrían haberse camuflado entre los árboles con facilidad

—No lo creo —dice.

Apenas salen esas palabras de su boca, un estallido me hace saltar. Giro la cabeza para buscar el origen del sonido y me encuentro con un rostro familiar.

Se parece a la cara que vi entre la maleza cuando caminábamos hacia las canoas que nos llevaron al edificio blanco...

De entre los árboles, salen decenas de cuerpos deformes idénticos. Al principio, me parece que son humanos, como seres primitivos, pero están lejos de serlo. Una vez los tengo cerca, veo el metal bajo algunos pedazos de piel levantados. Tienen dos cuencas vacías en lugar de ojos y sus uñas son finas cuchillas con las que podrían matarnos.

—Mierda —susurra Gareth

Los androides se abalanzan sobre nosotros. Un árbol explota, luego otro y, después, ya no puedo controlarlos. No podré hacerles daño porque son máquinas, no seres vivos. Hojas y madera vuelan por todas partes, y los androides nos lanzan cuchillos que logramos esquivar mientras corremos en busca de un escondite. Logramos escabullimos y nos adentramos de nuevo en el bosque, zigzagueando entre las plantas.

Miro hacia atrás y se me corta la respiración. Son más de diez, quizá veinte. Muchos corren a toda velocidad y otros vuelan, eludiendo los proyectiles de madera de los árboles que hago estallar a mi paso.

Gareth lanza fuego e incendia las plantas que nos rodean, pero eso no logra detenerlos; solo nos da tiempo para adelantarnos unos cuantos metros. Trato de dar con una solución y estoy tan concentrada que no veo una piedra y tropiezo.

Me doy la vuelta sin levantarme del suelo, presa de pánico. Los androides sin ojos vienen hacia mí, listos para acabar conmigo. Oigo el feroz siseo de un cuchillo que corta el viento y espero a que la hoja me hiera con los ojos cerrados. Pero no sucede nada.

Cuando abro los párpados, veo unas lucecitas que me rodean. Miles de partículas se han condensado y me cubren como si fueran un escudo. Impiden que los cuchillos lleguen a mí; estos impactan contra el manto y caen.

Gareth se coloca delante de mí y se clona. Entonces, todos los cuerpos crean bolas de fuego al mismo tiempo y las arrojan a los androides. El estruendo resuena y la onda expansiva nos golpea y hace que salgamos volando por los aires.

Choco contra un tronco y me golpea con la cara en la tierra. Levanto la cabeza haciendo un gran esfuerzo y parpadeo varias veces para salir del estado de aturdimiento. Ya no hay androides, solo pedazos de metal en llamas que se consumen lentamente.

Me toco la sien y los dedos se me llenan de sangre.

De pronto, veo a Gareth, tumbado sobre la tierra e inmóvil, y ahogo un grito. Me acerco gateando y las piedrecillas se me clavan en las rodillas.

—¿Estás bien?

No responde. Le toco la cabeza para comprobar si tiene alguna herida y la coloco con cuidado sobre mis muslos. Si Jaston estuviera aquí, podría curarnos.

Si no despierta pronto, tendré que esconderlo y buscar ayuda. Observo su rostro con atención. Tiene la nariz recta y la barbilla cuadrada. Lo cierto es que parece más joven cuando tiene los músculos relajados.

—Estás más guapo cuando estás callado. Si fueras mudo probablemente seríamos buenos amigos —digo esperando que no me oiga, pero entonces emite una estruendosa carcajada y le suelto la cabeza con un bufido.

Gareth abre los ojos, me observa pícaramente y se pasa la mano por su pelo cobrizo con una media sonrisa en el rostro.

—Y tú estás preciosa cuando actúas como una sabelotodo.

Su confesión juguetona me incomoda, así que me pongo en pie evitando su mirada.

—Vamos a limpiarnos las heridas antes de que se infecten —digo, y señalo el corte que tiene en el pómulo.

Gareth ha caído rendido en el suelo después de que ese tumulto de androides nos atacara y yo no pudiera hacer nada para ayudarlo. Agacho la cabeza y la escondo entre las rodillas. No se me había ocurrido que podría pasar algo así. No son seres vivos, son máquinas... ¿Cómo voy a usar mi talento si no están vivos?

Recuerdo el día que descubrí mi habilidad. Fue un accidente. Todavía era una niña, y mi madre me mostraba lo que hacía para que las flores nacieran y salieran de la tierra. Estaba feliz, no podía dejar de sonreír. Sus ojos resplandecían mientras repetía: «Esto es vida, Arella».

Me quedé mirando fijamente una flor púrpura, la examiné durante mucho tiempo. De repente, durante un instante, sentí repulsión, pues me recordó a los ojos de los corvus. Oí un estruendo que me sobresaltó y, un segundo después, la flor ya no estaba. Tampoco las que había junto a ella. No sabía qué había ocurrido. Mi madre abrió la boca, asombrada, y le pidió a mi padre que se acercara.

En el Centro me explicaron que era un sentinamo y que debía controlar mi habilidad porque era peligrosa. Me enseñaron a mantenerla en las profundidades de mi mente. Mis padres se emocionaron, ya que no era un talento común. A pesar de que era pequeña y no entendía demasiado lo que significaba, para mí fue algo horrible. Mi madre había creado vida y yo la había destruido.

Suspiro y noto un sabor amargo en la boca. Creí que esto sería fácil, pero ahora me siento como una completa inútil.

Contemplo el lago mientras me pregunto cómo habrán creado los corvus un mundo virtual que parece tan real. ¿Cómo es posible que algo que no existe te pueda hacer daño?

Gareth se queja, se remueve y tiembla. Pongo mi palma sobre su frente sudorosa y manchada de hollín. Alguien me dijo una vez que los humanos que poseen poderes relacionados con el fuego sufren una caída de temperatura tras realizar un gran esfuerzo.

Me quito los zapatos con rapidez y me saco los calcetines naranjas. Estoy segura de que algo ayudarán. Se los pongo y hago un doblez en la parte superior. Luego le cojo las manos y me las llevo a la boca para calentarlas con mi aliento.

Le tiemblan los párpados, pero noto que eleva ligeramente las comisuras

de los labios antes de dejarse arrastrar de nuevo por el mar del sueño.

La noche cae otra vez. Gareth sigue descansando y yo vigilo. No planeo dejarlo solo y menos ahora que todo está a oscuras.

Abro la mochila y saco dos bollitos. Me arrastro hasta Gareth. Con mucha paciencia, le pido que coma un poco y le digo que lo ayudará a recobrar fuerzas.

Todavía somnoliento, obedece y mastica lo que le pongo en la boca. Se come la mitad. También le doy unos sorbos de agua embotellada.

—Te preocupas por mí —susurra, adormilado.

No le contesto. Lo cierto es que no sé si está sorprendido o agradecido.

Aguardo unos minutos, extendiendo el brazo y le acaricio el cabello suave y sedoso, de color cobre, como el del metal oxidado. Me hace cosquillas en el dorso de los dedos. Es un buen chico, con un gran potencial que podrá explotar en el ejército. Gareth es el miembro más fuerte y más valiente de nuestro equipo.

Sus padres deben de estar muy orgullosos. Los señores Meriton no son personas muy parlanchinas. Rara vez salen de su casa y, si llegan a hacerlo, nunca se detienen a conversar. Sé por mis padres que asistieron al Centro juntos. Ambos eran humanos destacados, la comunidad no se sorprendió cuando los destinaron al clan de los tenientes. Los dos son tantums que pueden controlar el fuego.

Es común que en una misma familia todos posean el mismo talento con pequeñas variaciones, solo excepcionalmente ocurren casos como el mío, donde las coincidencias no existen.

Vuelvo a mirar al chico durmiente y estudio las elevaciones y los hundimientos de su rostro fingiendo que es más por aburrimiento que por curiosidad. Tiene unos rasgos afilados y las cejas espesas.

Los humanos no tenemos tiempo de pensar en cosas insignificantes como la belleza física. Lo único que nos interesa es superar la Prueba y, después, tampoco tenemos la oportunidad de hacerlo, ya que nos emparejan con alguien. En este momento estoy sola y no hay ningún lethea que pueda leer mis

pensamientos, así que me tomo un respiro y acepto que sus facciones probablemente son simétricas. Tiene un rostro perfecto; la única mácula es un pequeño lunar que tiene en el lagrimal del ojo izquierdo.

Mi padre dice que nadie es bello hoy en día, que la belleza de las personas se perdió cuando dejamos de ser humanos para convertirnos en máquinas biológicas fabricadas por los corvus.

Los extraterrestres controlan la reproducción humana, por lo que nosotros somos una especie de meros resultados científicos.

La belleza ha dejado de ser subjetiva. Los corvus establecieron unos cánones y no permiten que haya seres humanos que no se ajusten a sus parámetros. Al final, todos somos iguales y no existe la belleza como existió antaño.

Pero Gareth es distinto. Nunca había sentido paz al contemplar el rostro de alguien que no fueran mis padres.

Cuando salgamos de aquí, puede que me arrepienta de lo que pienso ahora mismo, aunque también cabe la posibilidad de que olvide el pasado y acepte que hemos cambiado.

Capítulo 11

De repente, un ruido me sobresalta. Me pongo de pie con rapidez y busco el origen del sonido. No veo mucho porque estamos rodeados por árboles. Los segundos pasan en silencio y estoy a punto de volver a sentarme, pensando que ha sido el viento, cuando un crujido hace que todo el cuerpo se me tense.

Distingo una sombra que zigzaguea con lentitud entre las plantas. Su figura me resulta demasiado familiar. Ese pelo azabache no podría ser de otra persona, y menos en este lugar... Echo un vistazo a Gareth. Duerme visiblemente tranquilo, a pesar de que tiene una herida en el cuello. Ojalá Jaston estuviera aquí para curarlo. No vamos a ganar si estamos separados.

Me da pena despertarlo, así que me apresuro a alcanzarla antes de que se aleje del lago. No me gusta la idea de dejar solo a Gareth. De no haber sido por él, esos androides habrían acabado conmigo. Le debo una, y lo cierto es que no quiero estar en deuda con él.

Voy tras Valorie, caminando por un angosto sendero rodeado de vegetación. Su silueta gira hacia la izquierda. Por un momento, me siento tentada a gritar su nombre, pero no quiero hacer ruido por si los androides siguen cerca.

Entonces, la pierdo y no sé por dónde continuar. Me detengo para tomar aire. Cuando levanto la vista del suelo, dispuesta a buscarla, me quedo sin respiración y se me hiela la sangre.

No sé qué clase de plantas son. No se parecen a nada que haya visto antes, no podría olvidar semejantes monstruos. ¿Y ahora qué hago?

Algunas de las plantas que hay a mi alrededor son normales, pero otras

son mucho más grandes que yo, me sacan al menos tres cabezas. Son de diversas especies, sin embargo, unas en concreto me provocan escalofríos. Tienen una especie de dientes que castañetean y, cuando se sacuden, hacen un sonido parecido al de un cascabel. Sus tallos son verdes y la parte superior es de color rojizo, como el de la sangre.

Los tallos serpentean en el aire y las pinzas, llenas de dientes afilados, se abren y cierran con un chasquido estremecedor. Hay cientos de ellas. Están por todas partes.

Doy un paso atrás muy despacio, pero, entonces, se percatan de mi presencia y comienzan a serpentear a mi alrededor, como si construyesen una trampa.

Cierro los ojos para concentrarme y trato por todos los medios de permanecer calmada. Tengo que acabar con ellas. Intento matarlas con todas mis fuerzas, pero solo consigo que me duela la cabeza. No puedo hacer que exploten. No sé si se debe a que no son seres vivos reales o a que soy incapaz de controlar mi talento. Ahora que lo pienso, todos han tenido la oportunidad de desarrollar el suyo. Yo solo aprendí a controlarlo, por lo que estoy en clara desventaja.

De pronto, aparece entre las plantas una figura femenina. Está junto a la orilla del lago, lo bastante cerca como para presenciar lo que ocurre, pero se mantiene a una distancia prudencial.

—¿Valorie? —pregunto al vacío, pero no recibo ninguna respuesta.

Doy un par de pasos hacia adelante sin apartar la vista de las hipnóticas plantas. No quiero moverme demasiado porque tengo la impresión de que detectan el movimiento. Me froto la cara para despejarme. No sé qué hacer.

Entonces, dos de ellas emiten un grito gutural, o eso es lo que me parece, y comienzan a pelearse entre sí como animales hambrientos. Una, la más grande, mata a mordiscos a la otra, que cae al suelo y segrega una especie de líquido viscoso.

—Valorie, por favor ve a buscar a Gareth y pídele ayuda —ruego con calma.

Me muevo hacia un costado para esquivar un tallo que sale volando en mi dirección. La tierra está resbaladiza y no quiero mirar para averiguar a qué se debe. Estoy demasiado ocupada asegurándome de que no me muerdan.

—Si una de las dos debe morir, no seré yo —dice.

De repente, me doy cuenta. Todo este tiempo ha tratado de atraerme a este lugar, formaba parte de su plan...

Valorie quiere matarme porque piensa que es la más débil del grupo.

No puedo creer que esto esté pasando.

Con la mirada, busco frenéticamente algo que me sirva como arma. Las plantas carnívoras se mueven a mi alrededor como si estuvieran a punto de abalanzarse sobre mí. Soy su presa.

Se me ocurre una idea. Echo a correr y me agacho en el suelo al lado de la planta muerta. Esquivo una de las hojas afiladas de otra de ellas y observo los dientes de la pinza. Con los dedos, escarbo en el interior y tiro de uno de los dientes con fuerza hasta arrancarlo.

Un chorro de savia negra brota del hueco. Con una mueca de asco en el rostro, limpio mi arma improvisada con la tela del traje y me enderezo.

—¡Arella!

El grito desesperado de Gareth hace que me sienta mejor enseguida, y me odio por ello.

—¡Estoy aquí! —contesto.

Las plantas empiezan a temblar y hacen que el suelo vibre. Al parecer, no les gusta el ruido.

—Arella... —empieza a decir—. Voy a prenderles fuego. Muévete muy despacio.

Obedezco y doy pasos lentos, moviéndome con cautela. Y funciona, porque parecen no darse cuenta de que me alejo. Me escabullo entre dos de ellas y me detengo frente a unas ramas gigantescas.

Cuando voy a agacharme para pasar por debajo, un ardor se extiende desde mi antebrazo hasta las puntas de mis pies. El dolor es tal que se me escapa un gemido. Las plantas se despiertan y empiezan a sacudirse con más rapidez y violencia.

Me echo un vistazo al brazo para descubrir la fuente del dolor. Es un insecto parecido a un gusano que me atraviesa la piel. Intento arrancarlo, pero me resulta imposible.

Suelto un alarido cuando el insecto introduce la mitad de su cuerpo en mi brazo. ¿Qué clase de animal es este?

El ruido a mi alrededor se detiene. Todavía con un dolor punzante en el

brazo, me levanto. Las plantas vibran y pongo los ojos como platos, horrorizada, cuando veo que de sus pinzas salen unas espinas que parecen cuchillas.

¡Mierda!

Me doy la vuelta y empiezo a correr, en busca de un escondite. Una espina pasa volando con un silbido junto a mi oreja y otra me roza la pierna derecha.

Oigo los gritos de Gareth, pero no logro descifrar sus palabras. Tan solo sé que debo escapar. Me muevo como si estuviera bailando. De repente, recuerdo una de las sesiones de entrenamiento en el Centro, aunque allí no había plantas asesinas que me persiguieran.

El suelo vuelve a temblar y me tambaleo, pero trato de mantener el equilibrio y sigo mi camino. Me muevo hacia la izquierda y me agacho en un par de ocasiones, esquivando los mordiscos y las cuchillas.

Un gruñido amenazante me hace estremecer a pesar de la adrenalina que me recorre todo el cuerpo. Giro la cabeza hacia atrás y emito un grito que retumba en el interior de mi cráneo. Ni siquiera puedo creer que ese sonido haya salido de mi garganta.

Acelero tanto como puedo. Me duelen las piernas a causa del terrible esfuerzo, pero llega un momento en que mi cuerpo comienza a moverse de forma automática y yo pongo la mente en blanco.

—¡Una maldita planta carnívora! —grita Gareth.

A mi espalda, oigo también los gritos de Valorie y Jaston, aterrorizados. Cada vez están más cerca.

La planta que me persigue produce un silbido al romper el viento. Entonces veo a los miembros de mi grupo. Valorie, visiblemente asustada, salta y tira de Jaston; Gareth se frota los ojos y el pelo con frustración.

Me arden los pulmones, siento que me falta el aire. El fuego que ha iniciado Gareth se extiende por todas partes y el humo amenaza con asfixiarme. Bajo la vista y compruebo que el gusano se ha metido en mi brazo casi por completo. He dejado de sentirlo. Me gustaría que el maldito manto de la Tierra me tragara ahora mismo.

—¡Agacha la cabeza! —exclama Gareth, y lo obedezco sin pensarlo dos veces.

La planta gigante cierra sus fauces en el lugar exacto en que se encontraba mi cabeza hace unos instantes. Trago saliva y comienzo a correr en zigzag.

Quizá así pueda engañarla.

Bolas de fuego vuelan por todas partes. Gareth hace lo posible por darle, pero no lo consigue. Aferro el diente con los dedos y respiro profundamente. Espero que mi plan funcione.

—¡Alejaos! —chillo con la esperanza de que me oigan.

Jaston y Valorie se apartan sin necesidad de insistir, y Gareth se mueve hacia la orilla, sin alejarse demasiado. Justo cuando voy a actuar, noto que una espina se me clava en el costado. Enseguida, la saco y la arrojo al suelo. No quiero mirar hacia abajo, pero noto como la sangre empieza a empapar me el traje.

Maldigo con todas mis fuerzas y, de pronto, unas manos me toman por los antebrazos y me arrastran. Solo entonces veo la temible planta.

Me quedo paralizada y oigo un murmullo. Luego, todo ocurre muy rápido. Gareth me agarra por la cintura y me coloca tras él, me arrebató el diente que tengo en la mano y lo lanza con fuerza y sin vacilar. El afilado diente corta en dos el tallo de la monstruosa planta que nos persigue y, al instante, esta cae inerte al suelo a escasos metros de nosotros.

Expulso el poco aire que me queda y me seco el sudor que me cubre la frente con el dorso de la mano.

Siento que me quedo sin respiración, se me doblan las rodillas y mis párpados amenazan con cerrarse mientras un terrible dolor se apodera de mi cuerpo.

Capítulo 12

Cuando creo que estoy a punto de morir, alguien tira de mí y me endereza. Oigo gritos y alaridos de dolor. Entreabro los ojos y me doy cuenta de que estoy tendida en el suelo.

Un rabioso Gareth arremete contra Valorie, que se aferra a las manos del chico que intenta ahogarla y lo mira aterrorizada mientras masculla palabras que no logro entender. Cada vez está más roja y le suplica que la suelte.

Me levanto despacio, pero siento que desfallezco.

Jamás había visto a Gareth tan enfadado. Las aletas de la nariz se le abren y cierran una y otra vez.

—¡No te atrevas a tocarla de nuevo! ¡¿Me has oído?! —grita, fuera de sí.

Jaston se mueve de un lado a otro visiblemente inquieto y con una mirada ansiosa. No sabe qué hacer.

—Haz algo, Ara, la va a matar —ruega, conteniendo las lágrimas.

El corazón me late demasiado deprisa. Siento que todo el cuerpo me tiembla. En cualquier momento me desplomaré, sin embargo, me obligo a caminar hacia Gareth. Al hacerlo, empiezo a toser sin parar. El humo cubre todo el bosque y mis pulmones buscan, frenéticos, oxígeno para mi cuerpo.

El fuego se sigue extendiendo por todas partes y acaba con las monstruosas plantas, que, por extraño que parezca, parecen haberse tranquilizado.

Le coloco la mano en el hombro y le doy un apretón.

—Gareth, suéltala —murmuro—. No vale la pena.

De repente, como si mi voz lo tranquilizase, su cuerpo se relaja y suelta a

Valorie. La chica cae al suelo y tose, jadeando. Jaston la ayuda a levantarse. Si tuviera fuerzas, me abalanzaría sobre ella para golpearla, pero siento que voy a venirme abajo de un minuto a otro.

Gareth se da la vuelta y se acerca a mí. Toma mi rostro entre sus manos y lo levanta para que lo mire a los ojos. Me mira fijamente y, en mi interior, siento que estoy a salvo.

—¿Te ha hecho daño? —pregunta en voz baja. Niego con la cabeza y aparto la mirada de él—. Menos mal. Por un segundo creí que te había matado...

—¿Cómo? —digo con el ceño fruncido, mirándolo de nuevo a los ojos.

—Jaston me ha contado lo que planeaba. Lo convenció de que tenían que acabar con nosotros para salvarse.

—Pensé que me iba a convertir en comida para plantas —contesto, intentando hacerme la graciosa. Gareth los mira de reojo y hace una mueca—. Está bien, solo tienen miedo.

Me escudriña una vez más con la mirada. Noto como sus ojos se pasean por mis facciones, por el cuello y el torso. Se quedan quietos cuando baja la vista hasta mi brazo.

—¿Qué diablos te ha pasado en el brazo, Ara? —pregunta con un dejo de horror.

Me miro el antebrazo y veo como el gusano se mueve por debajo de la piel. Se desplaza con movimientos peristálticos. Se me revuelve el estómago y trago saliva para controlar las arcadas. El orificio de entrada está adquiriendo un horrible color morado.

—Un gusano —logro decir en medio de mi agitación.

Durante unos instantes, se me niebla la vista y pierdo el equilibrio. Gareth me sostiene antes de que caiga al suelo.

—Hay que sacarte esa cosa del cuerpo. Puede que sea venenoso.

Gareth se agacha y me levanta en brazos. Odio tener que depender tanto de otra persona, y mucho más si se trata de él. En el Centro, discutíamos prácticamente todos los días. Creía que me odiaba... Y aquí está, a mi lado, protegiéndome en todo momento. Quizá decidió apartarse de mí porque soy una sentinamo. La mayoría de las personas prefiere mantenerse lejos de mí.

Me pesan los párpados, tengo mucho sueño. No sé hacia dónde se dirige.

De pronto, me tiende en la tierra y yo lucho con todas mis fuerzas por permanecer despierta.

—Lo siento, pero voy a tener que hacerlo —susurra. No entiendo de qué habla hasta que noto que una cuchilla me raja la piel. Profiero un alarido y, enseguida, me muerdo la lengua para contenerme—. Tranquila, solo ha atravesado la capa superficial.

—¿Falta mucho? —pregunto con voz temblorosa. Al instante, me aclaro la garganta para añadir—: Los gusanos me dan asco.

Gareth suelta una carcajada y yo lo miro mal. Noto un zumbido en la cabeza, pero me obligo a relajarme. De pronto, el ruido desaparece y siento una quemazón en el brazo.

—Ya está —susurra—. Lávate en el lago y...

—Yo me encargo —interrumpe Jaston con timidez.

No, eso sí que no. Quién sabe si todavía está de parte de Valorie y tienen otro plan para acabar conmigo.

Pese a mi disconformidad, Gareth me coloca las manos en los hombros y me empuja hacia abajo, impidiendo que me levante. Resignada, permito que Jaston haga su magia y sane la herida.

El chico me toma el brazo y lo extiende sobre sus rodillas. Gareth no aparta la vista de él en ningún momento. Jaston ignora que es el centro de atención y se concentra en el corte que me ha hecho Gareth para sacar el gusano. La sangre me recorre todo el antebrazo y cae sobre las rodillas de Jaston.

Su talento no es muy poderoso. Solo hace que el corte desaparezca, pero no se deshace del dolor ni de la molestia. Pronto no hay otro rastro de la herida más que la sangre. Si mi madre estuviera aquí, me ayudaría a no sentir, pondría su mano sobre mí y me anestesiaría hasta que estuviera mejor.

Jaston también se encarga de la herida que tengo en el costado. A pesar de que veo borroso, me percató de que Gareth mutila al gusano, lleno de pelillos, a unos metros de distancia.

Cuando me espabilo y vuelvo a ser consciente de mis actos, siento que la ira se apodera de mí. La bilis me sube por la garganta. No sirvo para nada, ni siquiera he podido acabar con esas malditas plantas. De no haber sido por Gareth, los androides habrían acabado conmigo... Habría sido la muerte más ridícula de la historia de la Prueba de Poder.

Tiemblo de rabia. Es como si los corvus lo hubieran hecho adrede para dejarme en desventaja. ¿Cómo puedo usar mi talento si no hay seres vivos en este lugar? Mi odio crece y vuelvo a sentir que la adrenalina me recorre todo el cuerpo.

Pienso en Yelinton Tenmoon matando a Horton, en Sabatino y en los corvus que se desintegraron, a pesar de que es imposible acabar con ellos con nuestros talentos...

Esto no es real; mi talento, sí. Algo que no existe no puede vencerme. Lo repito una y otra vez en silencio para mentalizarme. La culpa de que no pueda utilizar mi talento como es debido es de los corvus.

De repente, se oye un estruendo que me hace brincar en el suelo. El corazón me da un vuelco y siento que se me seca la boca.

—¿Qué... qué ha sido eso? —pregunta Jaston con la voz entrecortada a una Valorie temerosa.

—No lo sé —responde ella mientras examina nuestros alrededores.

Me quedo en silencio y miro de soslayo a Gareth, que no ha dicho nada todavía. Descubro que está atento a mis movimientos, y tiene el ceño fruncido. Él también parece desconcertado.

Me apresuro a evadir sus preguntas silenciosas, apoyo los codos en la tierra y me impulso hacia arriba para sentarme. Con los músculos temblorosos, me doy la vuelta y gateo hacia el lago. Hago un cuenco con las manos, las introduzco en el agua y me llevo un poco a los labios, resecos.

A continuación, sumerjo el brazo. Al principio me arde, pero después me acostumbro a la sensación. Me froto las manos para deshacerme del barro y, después, limpio con delicadeza la zona de la herida. La tierra y la sangre se mezclan y se diluyen en el agua del lago. Hago crujir algunas de mis articulaciones y me humedezco la cara con agua fresca.

Definitivamente necesito un baño o moriré de asco por mi propio olor. También tengo que descansar para recobrar fuerzas. Alzo la vista y veo que el sol está a punto de ponerse. Ha pasado otro día y todavía no hemos avanzado nada.

Oigo unas pisadas que se acercan. Alguien se coloca a mi lado y comienza a hacer lo mismo que yo. Gareth se limpia las manos con extrema paciencia.

—Creo que necesitas descansar —susurra. Abro la boca para responder, pero él se me adelanta—. No repliques, Arella, estás exhausta.

—Solo iba a decir que no estamos solos —murmuro, tensa. Espero que entienda lo que quiero decir.

Gareth enmudece y, luego, asiente con la cabeza. No pienso dormir mientras Valorie y Jaston estén cerca.

—Nos turnaremos para vigilar, ¿de acuerdo?

—Bien —digo.

La seriedad se esfuma de su rostro y es reemplazada por una media sonrisa socarrona. Gareth se pasa la lengua por la comisura de los labios y enseña los colmillos. Siempre hace eso cuando está a punto de decir una estupidez.

—¿Te das cuenta de que podemos hablar como dos personas civilizadas? —pregunta con diversión. Sus ojos brillan como dos estrellas.

Bufo y me pongo de pie con movimientos lentos y torpes, pero sonrío una vez le doy la espalda.

Siento su presencia detrás de mí todo el tiempo mientras camino. Me dirijo hacia un árbol. No es tan grande como el del primer día, sin embargo, tiene unas raíces bajo las que podríamos guarecernos.

Jaston y Valorie nos siguen. No se sientan con nosotros, pero están lo bastante cerca como para tenerlos vigilados. No tengo nada en contra del pobre chico. La mayor parte del tiempo parece que está muerto de miedo. No obstante, percibo cierta complicidad entre ellos, algo que no había notado antes del suceso de las plantas.

—Eran robots —dice Gareth cuando nos tendemos en el suelo, uno al lado del otro. Arqueo una ceja a modo de pregunta—. Hablo de las plantas. La única forma de acabar con ellas es cortándoles el tallo por la mitad, ahí están sus procesadores.

—¿Cómo lo sabes?

—Mi padre fue teniente. Me ha contado muchas cosas. —Lanza una mirada a nuestros compañeros y, entonces, se arrastra hasta estar a escasos centímetros de mí. Me tenso cuando se aproxima, invadiendo mi espacio vital, y coloca la boca junto a mi oído. Su aliento me deja sin respiración. Estoy a punto de alejarme, pero me quedo quieta cuando empieza a hablar—. Los corvus desarrollaron prototipos que pudieran destruir a los humanos. Las plantas fueron uno de esos inventos, las usaban para entrenar al ejército o para torturar.

—¿Por qué desarrollarían los corvus prototipos para destruir a los humanos? —pregunto, anonadada.

—Ellos también necesitan armas para defenderse. —Se queda mudo durante unos segundos—. Son plantas robóticas.

—Como los androides... —susurro.

—Creo que los pusieron aquí por ti. —Busco sus ojos—. Quieren destruirte. Los sentinamos sois demasiado poderosos. No les conviene que existáis, por eso hay muy pocos como tú.

El miedo me consume. Recuerdo las palabras de mi madre. Me dijo que no llamara la atención en la Prueba. ¿Y si Gareth tiene razón y quieren perjudicarme?

—Yo... Nunca he usado mi talento, yo...

—¿Por qué crees que no te han permitido usarlo? No quieren que lo desarrolles. Eres una maldita bomba, Arella

Desvió la mirada.

Pensar que los corvus nos utilizan como armas para someter a los seres de otros planetas es una idea que me espanta. No deseo formar parte de eso. Alguien como yo le hizo daño a mi padre en la guerra en la que participó. Seguramente el sentinamo que lo hirió ni siquiera quisiese hacerlo. Tan solo seguía órdenes.

—Yo... No quiero hacer daño a nadie. Nunca lo he utilizado para atacar a alguien —digo en voz baja, confesándole mi secreto. Me siento desnuda.

Giro la cabeza para observarlo. Ya no me importa que estemos pegados el uno al otro. Cuando lo miro, la dureza desaparece de su rostro.

De repente, los recuerdos me invaden. La imagen de Gareth jugando conmigo en la colina aparece en mi mente. Por aquel entonces, esperaba con ansias que llegara la tarde para reunirme con mi amigo. Aquel manzano es una de las pocas plantas que hay en Provincia B. Saltábamos para alcanzar los frutos que colgaban de las ramas y, luego, nos apoyábamos en el tronco y contemplábamos el horizonte desde las alturas.

Ahora estamos escondidos entre las raíces de un gran árbol, charlando de todo y nada... No es muy diferente.

—Inténtalo —dice Gareth.

Yo abro los ojos, sorprendida.

—¿Qui... quieres que utilice mi talento? ¿Ahora?

—Sí, ahora, solo intenta no volarme la cabeza.

Suelto una risita entre dientes.

Un pensamiento basta para que diminutas lucecitas aparezcan de la nada. Las partículas vuelan a su alrededor y se unen. Forman materia, crean lo que yo les pido.

De pronto, una manzana aparece delante de mis ojos.

Gareth se apresura a cogerla antes de que caiga al suelo y la coloca frente a él, entre los dos. La estudia con gesto adusto. Entonces, esboza una sonrisa y me mira a los ojos.

Él también recuerda el manzano aunque no lo diga en voz alta.

—Te envidiaba. —Frunzo el ceño ante tal confesión y abro la boca para contestar, pero una de sus manos me la cubre—. Porque tus ojos son muy azules, como el cielo y el agua de nuestros antepasados.

Me recorre el contorno de los labios con un dedo y su mirada sigue el recorrido. Debería sentirme incómoda. Puede que mañana me arrepienta de haber compartido este momento tan íntimo...

—Era un niño con muchas ilusiones, y todos los días esperaba que llegara la tarde para ir a la colina del manzano con la hermosa niña de ojos claros, pero los corvus destruyeron mis sueños. —Respira hondo y suelta el aire—. ¿Cómo iba a ser compatible con alguien que no fuera ella?

—No tengo la culpa de que mis ojos sean de este color —murmuro, y él me complace con una risa ronca.

—Y yo no tengo la culpa de que me gusten tanto.

Se hace un silencio, pero no es incómodo.

Finalmente, el cansancio me vence y se me cierran los ojos sin que pueda evitarlo. A pesar del sueño y de que estoy a punto de quedarme dormida, esbozo una sonrisa cuando Gareth me da la mano y hace que el frío desaparezca.

Capítulo 13

Cuando me despierto, ya no queda ni rastro de la herida del brazo, aunque todavía me molesta. La del costado ha dejado de doler hasta el punto de que me olvido de ella.

El aroma del bosque tropical es increíble. El paisaje es bellissimo y disfrutaría aún más si no estuviera destrozada. Me gustaría tocar las preciosas flores y comer los frutos de los arbustos y las palmeras, pero después de lo que viví ayer, no quiero arriesgarme.

Valorie se agacha y las rodillas se le llenan de tierra mojada. Jaston está con Gareth. Sus brazaletes proyectan los mapas. Debería ir con ellos para averiguar cuál será el siguiente paso, sin embargo, permanezco en silencio donde estoy. Admiro el lago. Me recuerda a la Cascada de los Diamantes de Corvellar. Los corvus nos han mostrado imágenes de ella.

En la Cascada de los Diamantes no corre agua, sino diamante radiactivo en forma líquida, el principal elemento de los corvus. Emanan de las profundidades de su planeta y cae por la catarata. El diamante radiactivo no solo permite tener habilidades psíquicas y neuronas evolucionadas, sino que, además, alarga la vida. Estoy segura de que tiene muchos otros beneficios que los humanos desconocemos.

Me pongo de pie con los músculos tensos y me encamino al lago.

Ansiosa por zambullirme en sus aguas, me aproximo, pero Jaston aparece de la nada y me agarra del codo. Lo miro aturdida y con gesto de reproche, y él se encoge de hombros con las mejillas enrojecidas.

—No sabemos lo que hay en el fondo... —Su mirada se pierde en el

cielo, pensativo, y se rasca la mandíbula.

Resoplo, aunque sé que tiene razón.

—Sí, hay que tener cuidado. Primero tenemos que comprobar que es seguro —señala Gareth.

Aprieto los puños con frustración e impotencia. Encuentro a Valorie con la mirada y ella me mira con una ceja arqueada, aturdida. Pero, entonces, parece que se da cuenta de lo que pretendo hacer y se vuelve con la intención de escapar. Me abalanzo sobre ella y la atrapo por los hombros antes de que se aleje.

—¡Suéltame! —chilla.

—¡Ja! ¿Acaso a ti te importaron mis gritos? —espeto.

Valorie aúlla horrorizada mientras la arrastro. Se resiste y hace fuerza con los pies en la tierra. Yo aprieto los dientes hasta que me rechinan. Me duele el brazo y, de repente, siento unas punzadas que viajan hasta el cuello. No creo que me haya curado del todo. Probablemente necesitaré que mi madre me eche un vistazo al brazo cuando vuelva a casa.

Los chicos se mantienen neutrales. Jaston observa la escena con nerviosismo y Gareth frunce los labios para no reír a carcajadas.

Agarro a Valorie con brusquedad y, después de prepararme y agarrar impulso, la arrojo al agua. La chica se hunde y, al instante, sale a la superficie tosiendo, escupiendo y lanzando improperios ininteligibles.

—Ahora quédate ahí, esperemos que no llegue un pez gigante y te coma —añado con altivez, y me cruzo de brazos.

Valorie enrojece, me señala con el índice y maldice.

Al cabo de unos minutos, lo declaramos lugar seguro. Busco un sitio alejado para tomar un baño, si bien es cierto que, en el Centro, los chicos y las chicas nos cambiamos en el mismo vestuario.

Camino a lo largo de la orilla hasta que encuentro una especie de cueva repleta de matorrales. La vegetación me ocultará de los demás. Me deshago de mi traje y lo sobre las ramas de un matojo.

Me zambullo. El agua está calentita y me relajo enseguida. Me froto el cuerpo para deshacerme de la suciedad y hago lo mismo con el traje.

De repente, un ruido me saca de mi abstracción y abro los ojos con horror en cuanto me giro.

—¿Qué haces aquí, Gareth?! —grito, alarmada, y me oculto debajo del agua.

Cualquier persona con una pizca de sentido común se disculparía y me dejaría sola, pero él no lo hace, claro que no.

—¡Cálmate! —suelta, y levanta las manos—. No es para tanto, llevas ropa interior.

Me cubro con los brazos. ¿Es qué no piensa irse?

—¡En serio, Gareth, márchate! —vocifero.

El chico pone los ojos en blanco y esboza una sonrisa socarrona.

—Te he visto desnuda en muchas ocasiones —responde. Acto seguido, se muerde el labio y arquea las cejas con cierta coquetería.

—¡No tiene gracia!

Suelto un bufido y Gareth se ríe y se da media vuelta. Cuando se marcha, salgo del agua y me visto con el traje. La tela se me pega al cuerpo, todavía empapado.

Salgo de mi escondite. Valorie y Jaston se encuentran dentro del agua todavía, y Gareth está de pie, mirando en mi dirección.

Me dirijo hacia la mochila para sacar uno de los bollitos y una botella de agua potable.

Un cuerpo se deja caer a un par de metros de mí. Miro de soslayo y veo a Jaston. Parece preocupado. Se abraza las piernas y se mece como si fuera un niño pequeño recuperándose de una pesadilla.

Nos quedamos en silencio y, entonces, deja escapar un suspiro ahogado.

—¿Qué crees que sucederá cuando acabemos la Prueba? —pregunto para romper la tensión.

—No lo sé, pero si no obtengo la puntuación mínima, mis padres sufrirán mucho... Soy el tercer hijo de la familia, ya no les permitirán tener más. Además, perder tres hijos debe de ser algo muy doloroso. Mi madre todavía llora todas las noches.

Me quedo muda ante tal confesión. Nunca había pensado en los sentimientos de los padres al presenciar las muertes de sus hijos y, ahora, entiendo a Jaston. Lo peor de todo no sería morir, sino contemplar el dolor en el rostro de tus seres queridos antes de morir.

—Si eso ocurre, lo único que deseo es poder despedirme de las personas

a las que quiero. Mirarlos a los ojos por última vez, decirles que los quiero y abrazarlos.

Sus palabras me duelen.

¿De verdad nuestras vidas se reducen a lo que ellos quieren que seamos? Somos unas simples marionetas...

—Yo también lo deseo —murmuro con un hilo de voz.

Emprendemos una caminata sin descanso observando el mapa que muestran nuestros brazaletes. Gareth y yo caminamos hombro con hombro; Jaston y Valorie van delante, aunque no juntos.

—¿Estás preparada para que te emparejen? —pregunta con voz ronca.

No.

—Supongo... —Me encojo de hombros como si no me importara—. ¿Y tú?

Suelta un suspiro y vuelve el rostro hacia mí. Con lentitud, levanta la vista y clava sus ojos en los míos. Me remuevo con incomodidad porque no dice nada, simplemente me observa.

—No —murmura, y frunce los labios.

—¿Por qué?

Gareth aprieta la mandíbula con fuerza y aparta la mirada de mí. Su rostro adquiere un semblante serio y, justo cuando creo que va a ignorar mi pregunta, contesta:

—Porque ya quiero a alguien. No deseo estar con otra persona y no me apetece ver a la persona que amo con otro —responde, enfadado.

Asombrada por su confesión, me quedo sin palabras. Jamás pensé que Gareth pudiera amar a alguien. Muchos de mis compañeros evitan relacionarse con otros para que los emparejamientos transcurran con más facilidad. ¿Para qué ilusionarse si al final siempre son los corvus quienes toman las decisiones?

No podemos estar con nadie más que con la persona que ellos seleccionen. Las relaciones clandestinas están prohibidas y son castigadas.

—Tal vez os emparejen —digo en un intento por consolarlo.

—Eso sería demasiada suerte —acota.

De pronto, la tierra comienza a temblar y nos detenemos en seco. Los movimientos son tan bruscos que algunos árboles caen y nos tambaleamos intentando no perder el equilibrio. Me sujeto a unas ramas. Es como si el mundo virtual estuviera cambiando.

Los cuatro abrimos la boca con asombro cuando el suelo se agrieta y abre. Del interior, surge una monstruosa serpiente de diez cabezas. Sus figuras escamosas, de un ardiente tono rojo, se mueven en todas las direcciones. Tienen lenguas delgadas que entran y salen de sus bocas, así como dos largos y puntiagudos colmillos. Sus siseos son agudos y retumban con tanta intensidad que tengo que taparme los oídos con las manos.

Intento hacer que una de las cabezas explote, pero no funciona. También son robots.

Gareth usa su poder y se clona. Cada una de sus copias se mueve con rapidez y lanza fuego desde diferentes ángulos. Valorie y Jaston se apartan a un lado. Esta no es una de las competiciones cuerpo a cuerpo del Centro ni está regulada por un entrenador. No hay mucho que puedan hacer.

La violencia del monstruo aumenta. Sus movimientos se vuelven rápidos y precisos. Varios clones de Gareth salen volando por los aires y se estampan contra los troncos. Las llamas ayudan, si fueran más intensas podríamos correr y esperar a que la serpiente se consumiera en el fuego. Antes de que pueda darme cuenta, hago explotar árboles cercanos al monstruo. Los trozos de madera se elevan por la fuerza de las explosiones y caen en la hoguera.

Me coloco en el centro, justo donde empieza la zanja y cierro los ojos. Me pitan los oídos y siento que el corazón me late a toda velocidad. Tomo las partículas que hay a mi alrededor, cada átomo disponible, y los condenso con las manos porque son demasiados. Las moléculas se conectan unas con otras y forman ramificaciones luminosas.

He creado objetos simples y pequeños como zapatos, coleteros y frutas, pero eso es todo... La presión por contener tanta energía con la mente se vuelve insoportable. Siento que el cerebro va a estallarme y que mi cuerpo terminará calcinado. Estoy usando los átomos de la realidad virtual para crear energía térmica y derretir a la maldita bestia. Oigo gritos, pero estoy tan concentrada en mi propósito que se convierten en zumbidos lejanos.

Antes de que pueda soltar la bomba, se oye un estruendo. No alcanzo a ver

a los demás, porque se levanta una gran nube de polvo. De repente, el monstruo empieza a sisear débilmente.

Todo se oscurece durante un segundo.

Una figura masculina se arrodilla en el suelo junto a un cuerpo tendido, que convulsiona y grita a pleno pulmón.

Su rostro, casi irreconocible, está contraído por el dolor. La sangre que le cubre el rostro no me permite diferenciar la nariz de la boca. Su ojo derecho ha desaparecido y tiene la nariz desfigurada.

El cielo vuelve a oscurecerse durante dos segundos.

—¡Mátame, Jaston! ¡Por favor, mátame! —ruega Valorie.

Entonces, la luz desaparece y nos sumimos en las tinieblas.

Segunda parte

Y una vez más al callejón del llanto
lluviosamente entro.

Miguel Hernández

Capítulo 14

El tiempo pasa muy despacio.

Los sonidos se convierten en ecos y casi no distingo las voces.

Siento que la cabeza va a explotarme y me duele todo el cuerpo. Quiero gritar, pero logro hacerlo. Tampoco puedo abrir los ojos, ni realizar el más ínfimo movimiento.

¿Qué ocurre?

Una voz pronuncia mi nombre, pero no puedo luchar contra mis párpados pesados.

De repente, noto un pinchazo y una sensación de calor me recorre el brazo izquierdo hasta el cuello. Deseo retorcerme y gritar: «¿Qué me estáis haciendo?».

Pero es inútil.

Capítulo 15

Abro los ojos al recuperar la consciencia, pero, enseguida, vuelvo a cerrarlos debido a la intensidad de la luz. Intento acostumbrarme a la claridad del entorno. La molestia corporal pasa y mis músculos se relajan. Me asombra sentirme bien, realmente bien.

Entonces me doy cuenta de que estoy en el hospital de Provincia B. Ya no estoy en el mundo virtual, ni en el cuarto en el que los garts nos llenaron las sienes de electrodos.

Intento incorporarme, sin embargo, todavía no tengo fuerzas como para levantarme. Si hay algo que odio es estar en un hospital. No soporto el silencio, las paredes blancas, los garts moviéndose a mi alrededor...

Me quedo quieta y trato de recordar qué hago en este lugar. Mi último recuerdo es la imagen de Valorie ensangrentada y desfigurada. ¿Acaso la Prueba ha finalizado?

La puerta corrediza se abre y entran dos garts que se acercan con premura. Abro la boca con asombro al ver que parecen satisfechos de que haya despertado. Uno de los androides lleva una bandeja metálica que coloca en una mesita. Enseguida me la acerca y retira la tapa. Dentro hay dos bollitos y agua. Si fuera un día normal, me quejaría, pero me muero de hambre.

—Nos alegramos de que esté despierta, humana Morpud. Es probable que se encuentre agotada. No haga grandes esfuerzos, debe recuperarse —dice la gart que me acerca la comida—. Tiene que comer, pronto recibirá más información.

Y, sin más, salen de la habitación.

—Humana Arella Morpud, con código Mor-45-1, ha concluido la Prueba de Poder del año 5067. —Una voz robótica resuena en la habitación, aunque estoy sola—. Por favor, permanezca en su cuarto para su pronta recuperación.

Vuelve a reinar el silencio. Tengo muchas preguntas, pero no hay nadie que me dé respuestas. ¿Por qué ya no estoy en la Prueba? No recuerdo que llegásemos a la meta. ¿Cuánto tiempo me mantendrán encerrada en este lugar? ¿Podré ver a mi familia pronto?

No hay forma de escapar. La puerta solo se abre si los garts se aproximan. El cuarto es blanco y el techo es un gigantesco espejo.

Llevo una bata impoluta. Siento su suavidad en la piel. No hay huellas de lo que vivimos en la realidad virtual, ni siquiera de la suciedad. Estoy limpia, ya no me duele el brazo y tampoco estoy cansada.

Debería sentirme segura. Sin embargo, nunca he estado tan nerviosa.

No sé cuánto tiempo llevo en este lugar, podrían ser días o unas cuantas horas.

Siento un terrible nudo en la garganta y contengo las ganas de llorar, de gritar, de rogarles que me saquen de aquí, aunque sea para respirar aire fresco, pero ¿por qué tendrían que apiadarse de mí...? Los garts no tienen sentimientos y, al parecer, los corvus tampoco.

Era muy pequeña cuando me contaron cómo había perdido el brazo mi padre. Me explicaron que tarde o temprano, tendría que unirme al ejército, trabajar en condiciones deprimentes o morir. No había más opciones, así que empecé a prepararme desde entonces.

Antes de que los corvus invadieran la Tierra, los humanos tenían derechos, al menos eso cuenta las leyendas. Cuando los extraterrestres llegaron al planeta, acabaron con el modelo de sociedad que existía y sometieron a los humanos, que, atemorizados, se rindieron ante los invasores. Los corvus impusieron sus normas y su tecnología, y nos convirtieron en sus peones.

Las capacidades de los humanos tenían límites. Como eso era un obstáculo en su plan de conquistar todo el universo, decidieron exceder los términos de la naturaleza dotándonos de habilidades sobrenaturales. No hay mejor arma que la que no se puede medir ni observar. Pero, antes, se aseguraron de que no pudiéramos hacerles daño, de ser el depredador en la cadena alimenticia.

Tenemos prohibido utilizar nuestros poderes contra los corvus. El castigo por hacerlo es la muerte.

En el Centro nos enseñaron a luchar, a usar nuestra fuerza innata, a soportar condiciones deplorables y entrenamientos agotadores. Nuestra mente siempre fue la protagonista de las prácticas y los corvus se encargaron de que evolucionáramos.

Nuestros hemisferios cerebrales prosperaron gracias al diamante radiactivo contenido en los microprocesadores cerebrales. El derecho va más allá de lo creativo; somos capaces de crear constructos jamás vistos. El hemisferio izquierdo evolucionado no solo nos permite usar la lógica con mayor efectividad, sino también controlar los talentos.

Nos enseñaron muchas cosas —en mi caso, a controlarme para no dañar a los demás, o al menos eso fue lo que dijeron—, pero nunca a soportar la carga emocional y el cansancio que algo así conllevaría.

¿Por qué no nos despojaron de nuestras emociones? ¿No es mejor poseer un ejército insensible?

La Prueba de Poder no ha sido lo que esperaba. Ahora temo por mi vida. Quizá estaba más segura en la realidad virtual, a pesar de todos los monstruos que habitaban aquel lugar... Las palabras de Gareth todavía resuenan en mi mente.

¿Y si tiene razón? ¿Y si mis sospechas son ciertas? ¿Pretendían los corvus acabar conmigo? Solo tengo dieciocho años y lo único que sé es lo poco que nos han enseñado. ¿Cómo podría enfrentarme a ellos?

Puede que Sabatino entendiera que no había otra opción y por eso decidió suicidarse. Quizá se dio cuenta de que no somos más que ratas de laboratorio y que solo hay dos salidas.

Obedecer o morir.

Capítulo 16

Los garts entran solo para darme unos bollitos y agua, me saludan con cortesía y se marchan, ignorando las preguntas que les hago. Sé que han pasado cuatro días desde que terminamos la Prueba, pero no tengo ni idea de dónde están el resto de integrantes de mi equipo.

Estoy sentada en la camilla de metal pensando en que tal vez me han encarcelado por alguna retorcida razón cuando la voz robótica vuelve a hablar.

—Humana Arella Morpud, con código Mor-45-1.

—Me pongo en guardia como si me observasen—. La ceremonia en la plaza Occidere se llevará a cabo en dos horas. Le entregarán su traje de gala en un momento y podrá reunirse con su equipo para el desplazamiento.

Cuando termina de hablar, un gart entra en la habitación, se detiene junto a mi cama y me tiende una caja metálica pequeña. Es un guardarropa, igual al que me dieron cuando me entregaron los juegos de uniformes para el Centro. No suelen darnos ropa nueva.

Tomo la cajita y espero a que el gart salga y me deje sola de nuevo. Me pongo en pie de un salto y presiono el botón verde de la tapa para abrirlo. Se descomprime y se convierte en una caja de mi tamaño. Tiro de la puerta y me encuentro con un vestido.

Ya sabía que habría algo similar en el interior. Durante años, han hecho desfilar a miles de jóvenes con atuendos como este frente a todo el continente, a pesar de que algunos acaban muertos al final de la noche. Nos obligan a festejar, a ser testigos de sus planes macabros y a callar.

Me pongo el vestido y me lo coloco bien moviendo las caderas. La tela se adhiere a mi cuerpo como si fuera una segunda piel.

Es horrible, parezco una construcción piramidal.

Tengo los hombros descubiertos, al igual que parte de los brazos, en el centro. Da la ilusión de que la tela rígida está suspendida en el aire, aunque en realidad se sostiene gracias a dos broches. La parte más vistosa es la delantera.

—¡Es horrible...! —Miro hacia abajo con el ceño fruncido.

La puerta se desliza hacia arriba y me sobresalto. Espero ver algún gart, sin embargo, Gareth cruza el umbral vestido con un traje ridículo de color negro. Las mangas parecen hechas con cabello y lleva un lazo plateado alrededor de la garganta. Al mirarlo, veo que sus piernas son más largas que el pantalón.

Inspecciona mi habitación, tal vez para comprobar que no hay nadie.

Abro la boca, pero levanta el dedo índice y me hace callar.

—Ni se te ocurra decir nada sobre mi ropa —espeta con el ceño fruncido, y yo suelto una risotada.

—Pareces una bola cubierta de pelos.

Gareth pone los ojos en blanco, intentando parecer molesto, pero se lo ve divertido. Por un momento se me olvida que esta noche iremos a Occidere...

—Y tú pareces un triángulo —repone con un puchero.

Por un momento, parece un niño pequeño, el mismo que corría conmigo en la colina del manzano. Se aclara la garganta y el ambiente cambia repentinamente.

Asiento con la frente arrugada. Su calma se ha convertido en nerviosismo. Gareth sabe ocultar sus emociones y, en un segundo, vuelve a la normalidad.

Da pasos cortos y se aproxima a mí más de la cuenta.

El corazón me da un vuelco con violencia y levanto la mirada para contemplarlo. Estoy confundida. Debería empujarlo, pero no tengo ganas de hacerlo.

Baja la cabeza y me roza la nariz con la punta de la suya. Cuando abre la boca, noto su aliento. Le miro fijamente los labios gruesos hasta que los grabo en mi memoria.

Se me revuelve el estómago y tengo la respiración agitada, como si

estuviera corriendo, aunque estoy más quieta que una estatua.

—Necesitaba verte antes de la ceremonia —susurra.

—¿Ahora somos amigos? —pregunto con una media sonrisa.

Los oscuros ojos de Gareth centellean y me devuelve la sonrisa, mostrando sus dientes blancos.

—Creo que sí —responde, y se encoge de hombros—. ¿Te parece si recordamos los viejos tiempos?

No hace falta que me lo pida dos veces. Echamos a correr sin decir una palabra, sabemos bien adónde nos dirigimos. Nos detenemos de vez en cuando para asegurarnos de que nadie nos sigue. Una vez fuera, me percaté de que hay algo diferente en la provincia. Se respira cierto aire de intranquilidad. Me gustaría hablar con mis padres para preguntarles qué ha pasado.

Hoy el cielo está teñido de un negro intenso. Nunca lo había visto tan oscuro. Si bien es cierto que nuestra ciudad está llena de basura y humo, en esta ocasión no veo más allá de unos cuantos metros debido a la niebla condensada que lo cubre todo, y los edificios y las construcciones se convierten en siluetas.

Las avenidas y las calles empedradas están desiertas en pleno atardecer. A esta hora, los obreros salen de trabajar de las fábricas y las minas. En un día normal, los hombres y mujeres irían de camino a sus casas, pero hoy solo nos cruzamos con un par de personas.

—He estado pensando... —empieza a decir e, inmediatamente, hace una pausa—. Creo que sé por qué la Prueba terminó de forma tan abrupta.

—¿Ah, sí?

—Las partículas que usaste para formar esa maldita bola incandescente no eran reales, sino virtuales. Creo que hiciste que el procesador colapsara. Les robaste la energía y no tuvieron más opción que sacarnos y traernos de vuelta. —Me quedo pensativa, analizando sus palabras. Lo cierto es que no es una teoría descabellada—. No creo que estén muy contentos, Arella.

Ni yo.

En silencio, seguimos caminando por la ancha avenida más cercana a la zona de la Regencia. Desde ahí, vemos la valla que nos separa de los hogares de los corvus. Distingo edificios de diversos colores y tamaños que no tienen nada que ver con los nuestros.

Nos escondemos en la oscuridad de un estrecho callejón maloliente cuando una cuadrilla de veladores sale marchando. Me doy cuenta de que van armados hasta los dientes.

—¿Qué ocurre? —pregunto en un susurro, pero no obtengo respuesta.

Los veladores salen de nuestro campo de visión. Entonces, cuando me dispongo a seguir el camino hacia la colina, Gareth me toma la muñeca y tira de mí, impidiendo que salga del oscuro callejón.

—Necesito que me escuches, Arella —dice al tiempo que da un paso hacia mí y me retiene contra la pared. Su ceño fruncido es solo una muestra de la dureza en su semblante—. No importa lo que pase esta noche, tienes que seguirme. Olvídate de todos, Ara. Tú sígueme, ¿de acuerdo?

—No entiendo qué quieres decir.

Niego con la cabeza y Gareth me coge la barbilla y empieza a acariciarme la mejilla con suavidad. De pronto, unas descargas eléctricas me recorren todo el cuerpo.

—Te prometo que lo entenderás. ¿Confías en mí?

Por un momento dudo. ¿Por qué tendría que confiar en él? Me ha ignorado durante años y las pocas veces que me hablaba era para meterse conmigo. No confío del todo en él, a pesar de que me ayudó en la Prueba y de que empiezo a sentirme bien cerca de él.

—No puedo confiar en ti si no me cuentas qué sucede.

En estos momentos me gustaría ser una lethea para meterme en su mente y saber lo que piensa.

Gareth se endereza y me aparta la mano de la cara. De pronto, la ausencia de su tacto me deja helada. No espero que me comprenda, pero no puede aparecer un día y pretender que no han pasado diez años desde la última vez que subimos juntos a la colina.

—Entonces no lo hagas —espetea con brusquedad.

Se aleja de mí y vuelve a ser el Gareth de los últimos tiempos, frío y distante. No soporto su mirada decepcionada. Actúa como si le debiera algo.

Sale del callejón dando zancadas y lo pierdo de vista. Lo sigo segundos después, anonadada por su conducta. Creo que se ha marchado, pero me espera en la acera. Al verlo, me siento mal, y esa sensación tampoco me gusta.

Cuando regresamos al centro de Provincia B, trotamos hacia la plaza. Me sorprende que nadie se haya percatado de nuestra ausencia... En medio de la plaza han levantado un enorme escenario, como todos los años, y todo está decorado con luces, como si fuera un acto de graduación.

Ocupamos nuestro lugar en la fila interminable de chicos tras bambalinas, junto a los otros dos miembros del equipo. Entonces veo a Qeren, al final de la fila. No he hablado con ella desde que empezó la Prueba. Espero que le haya ido bien y que las dos podamos reírnos de esto en el futuro, aunque lo cierto es que no creo que recordemos lo sucedido con alegría nunca.

—¿Se puede saber dónde estábais? En fin... da igual. ¿Veis ese grupo de allí? —Valorie interrumpe mis pensamientos y señala una pequeña multitud de jóvenes agrupados sobre una plataforma a la vista de todos, más allá de donde pasan los equipos para recibir su puntuación—. Ninguno de ellos ha obtenido la puntuación mínima. Uno de nosotros morirá.

Abro los ojos con incredulidad, ¡son demasiados...! Nunca había visto a tantos condenados.

Los equipos se dirigen al escenario de uno en uno. Lo único que se oye es una voz robótica que dice nuestro nombre y anuncia nuestro destino. La ansiedad se apodera de mí cuando me doy cuenta de algo. En ningún equipo hay dos miembros del mismo clan, así que Valorie tiene razón: uno de nosotros morirá esta noche.

Miro a Gareth sin que se dé cuenta. Necesito concentrarme en otra cosa para no perder los estribos antes de tiempo. Tengo la boca seca y un nudo en la garganta que me impide respirar con normalidad.

Los asistentes a la ceremonia se limitan a observar. Cuando oyen los nombres y el destino de sus seres queridos, algunos fruncen el ceño y otros se relajan, pero ninguno celebra. El silencio es sepulcral. Incluso tras bambalinas, donde estamos nosotros, tan solo se oye nuestra respiración y algunos lloriqueos casi silenciosos.

Todos hemos perdido la esperanza.

Hoy más que nunca me siento a la deriva, y eso que nunca he tenido un ancla.

Yenerica Curvo se encuentra en el escenario, presenciando el evento con regocijo. Su cabello plateado brilla como una estela de luz a pesar de que parece que estamos sumergidos en las tinieblas. La corvu está sentada en una silla de plata y, a su lado derecho, de pie, se encuentra el vicepresidente de la Regencia, Yelinton Tenmoon, escrutando al público con sus ojos violetas.

Al otro lado se encuentra una leyenda, alguien que no había pisado la Tierra desde que la nombraron teniente, hace muchísimo tiempo: Nolee Thornes, la lethea más poderosa que ha existido jamás, el humano del que más se enorgullecen los corvus. Solo la había visto en imágenes. Es el símbolo del ejército de los corvus y, por ello, muchos humanos la desprecian. Su cabello azabache le llega hasta la cintura y contrasta con su piel pálida y sus labios pintados de rojo. Nunca había visto una mirada tan vacía.

La voz de los altavoces pide que nuestro equipo pase a la plataforma. Camino al centro del escenario sin ser consciente, sé dónde tengo que colocarme gracias a Valorie.

Echo una rápida mirada a los asistentes. Hay habitantes de todas las provincias del continente. Todo el mundo está obligado a presenciar el acto. Veo caras largas, ojos anegados en lágrimas, devastación y resignación.

Busco a mis padres, sin embargo, no los localizo entre el gentío. De repente, un hombre llama mi atención. Viste un atuendo similar al del resto, pero la tela se parece a la de los calcetines naranjas de Gareth.

—Humano Jaston Fortivo, con código For-45-3, ha concluido la Prueba de Poder del año 5067 en treinta minutos con una puntuación de 3. Obrero.

Me parece irreal. Creía que habíamos estado al menos dos días en la realidad virtual. Cuando el corvu dijo que el tiempo era subjetivo no mentía.

Jaston hunde los hombros con alivio y se echa a llorar. Siento una presión terrible en el pecho. Solo quedamos tres. ¿Quién de nosotros morirá esta noche?

Valorie intenta consolarlo acariciándole espalda. Está guapa a pesar de que ahora tiene un ojo metálico. Me recuerda a un gart. La chica se lo cubre con el cabello para disimular, pero estoy segura de que nadie se ha dado cuenta de su pérdida.

—Humana Valorie Kartune, con código Kar-45-2, ha concluido la Prueba de Poder del año 5067 en treinta minutos con una puntuación de 5. —La voz robótica hace una pausa. Abro la boca para respirar. El continente entero nos

observa con atención. Veo en sus rostros el pánico, la ansiedad y el desasosiego—. Militar.

Me siento desfallecer. Se me doblan las rodillas y tengo que esforzarme para no caer de bruces delante de todo el mundo. Llegados a este punto, ya tengo claro cuál es mi destino. ¿Por qué pensé que tendría una oportunidad como todos los demás? Este era su plan desde el principio: acabar conmigo, una sentinamo.

El miedo se adueña de mis entrañas y las estruja. El nudo que tengo en la garganta crece sin parar. No puede ser. No, no quiero morir.

Agacho la cabeza para que nadie me vea llorar. No quiero que mis padres me recuerden así. Al final Morgan Hopenkot tenía razón: soy una sentinamo inútil.

Gareth está a mi lado y entrelaza los dedos con los míos por la espalda, a sabiendas de que no debería hacerlo. Creo que él también es consciente de lo que está a punto de ocurrir. Puede que lo supiera desde el principio y que por eso me llevara a ese callejón, para despedirse de mí.

A pesar de que siento el calor que desprende su cuerpo, un frío me consume el alma.

—Humano Gareth Meriton, con código Mer-45-1, ha concluido la Prueba de Poder del año 5067 en treinta minutos con una puntuación de 8. Teniente.

Mi madre tenía razón. Gareth es uno de los humanos más destacados de nuestra generación. Me alegro por él, no voy a negarlo, así como tampoco negaré que su salvación significa que este es mi final.

El tiempo se detiene y todo el mundo guarda silencio. Seré una vergüenza, un hazmerreír, la primera sentinamo que no pudo hacer nada en la Prueba. Un día, mi hermano estará en este mismo lugar y temerá hacer daño a nuestros padres, exactamente como yo voy a hacerlo, y no estaré ahí para animarlo.

Me habría gustado despedirme de mis padres, recordarles cuánto los quiero, abrazar a Qeren por última vez y confesar a Gareth que confío en él.

—Humana Arella Morpud, con código Mor-45-1, ha concluido la Prueba de Poder del año 5067 en treinta minutos con una puntuación de 2. Será ejecutada esta noche-

La gente jadea.

No soy tan fuerte como creía. Debí haber sabido que esto ocurriría...

Permanezco inmóvil y con la cabeza gacha, esperando a que los corvus se acerquen y me arrastren junto al grupo de jóvenes tristes que será conducido a la cámara de gas en unas horas.

Se oyen unas pisadas sobre la plataforma. Ya están aquí. Vienen a por mí. Entonces, inesperadamente, Gareth gruñe de rabia y se desata el caos.

Capítulo 17

Una bola de fuego pasa ante mis ojos e impacta contra uno de los veladores. El corvu brama de dolor mientras se consume, en llamas. Sus alaridos resuenan en la plaza a pesar de que está rebosante de gente. Humanos desesperados miran hacia todas las direcciones, preparándose para las represalias.

El extraterrestre se mueve frenéticamente sobre el escenario, transformado en un espectáculo luminoso y ardiente, y de repente cae al suelo.

El mundo enloquece al contemplar que un humano ha acabado con la vida de uno de los corvus.

Suenan disparos por todas partes y me agacho para esquivar los rayos de las armas de los corvus. El estrépito que provocan los disparos suena como un trueno. Esta es la tormenta más aterradora que he presenciado jamás. Los rayos atraviesan los cuerpos de humanos inocentes que solo estaban en la ceremonia por obligación.

Los gritos se unen en una canción de muerte. Cientos de cuerpos corren en todas las direcciones, intentando escapar de la plaza Occidere. Los humanos situados en los extremos de la explanada salen corriendo a toda velocidad. Familias, ancianos, niños... Absolutamente todos huyen como animales asustados.

Me acerco al borde del proscenio, más decidida que nunca, y dirijo la mirada de un lado a otro en busca de mis padres. Una extraña niebla se asienta en toda la plaza y lo oscurece todo aún más. Entonces, escapar o encontrarlos se convierte en una tarea prácticamente imposible.

Yenerica Curvo, Nolee Thornes y Tenmoon han desaparecido. Los veladores no tienen piedad y matan a cuantas personas se cruzan en su camino. Es una auténtica masacre. Algunos humanos se atreven a usar sus talentos, pero son exterminados al instante.

No tengo más opción que bajar del escenario. No me iré de aquí hasta encontrar a mi familia. Entonces, alguien me agarra la muñeca con firmeza. Miro hacia atrás y me encuentro con el rostro de Gareth. El chico tira de mí para instarme a correr, pero permanezco inmóvil.

—¿Qué diablos haces, Ara?! ¡Te matarán! —vocifera a pleno pulmón—. ¡Tenemos que irnos!

—¡Pero mis padres...! —exclamo, desesperada.

—¡Ellos están bien! ¡No están en la plaza! —grita con todas sus fuerzas—. ¡Confía en mí!

—¡Tú sabías que esto pasaría! —grito. Gareth me pidió que confiara, que lo siguiera esta noche sin hacer preguntas—. ¡¿Por qué no me lo dijiste?!

—Te lo contaré todo más tarde, pero ahora necesito que confíes en mí, Ara —responde con calma y en un tono bajo.

Lo miro fijamente para descubrir si miente, pero sus oscuros ojos negros me dicen que debo confiar en él.

Una cuadrilla de corvus se dirige hacia el escenario, hacia nosotros. Levantan sus armas y nos apuntan, y Gareth y yo corremos hacia uno de los lados, cubriéndonos con las manos, como si eso fuera a ayudar. De repente, las partículas se unen, forman escudos invisibles y centelleantes, y los rayos rebotan e impactan contra los veladores, que caen al suelo, inertes.

Llegamos a la chácena. Detrás del escenario también reina el caos. Cientos de jóvenes se aglomeran junto a las salidas de la plaza. Algunos consiguen salir, sin embargo, la mayoría no puede moverse ya que se empujan y pasan unos sobre otros.

Los corvus nos acorralarán en cualquier instante.

Unos traqueteos sobre el escenario de metal confirman mis sospechas. Ya están aquí. Ya no hay marcha atrás. Miro a Gareth, que asiente con la cabeza. Estamos juntos en esto.

Me concentro para formar un escudo que nos cubra a todos. Los átomos parpadean y me obedecen, y Gareth se multiplica tantas veces que pierdo la cuenta.

Los demás dejan de salir cuando se percatan de que también hay corvus esperándolos fuera de la plaza. Una multitud se coloca detrás de nosotros. Entonces, vislumbro la cabellera plateada de Qeren. Menos mal que está bien... También veo a Valorie. Lo cierto es que no me sorprende que sea una militar.

Rayos y balas vuelan por los aires, pero mi escudo nos protege y los corvus se detienen frente a nosotros. Se dividen en dos, formando un pasillo, y, de repente, Tenmoon aparece de la nada, caminando con elegancia hacia el frente.

—Si os rendís ahora, seremos piadosos. Sed inteligentes, humanos. No queremos derramar más sangre —dice con frialdad—. Hace años, hubo una revolución. Muchos eran jóvenes inocentes que no pensaban en el futuro, pero la contuvimos y, gracias a ello, estáis aquí. Nosotros no matamos; castigamos a los que amenazan nuestro mundo, vuestro hogar.

Muchos abandonan nuestro lado con las cabezas gachas. No los culpo, nos han manipulado desde que éramos unos críos, desde antes de que naciéramos.

Me cuestiono si estoy haciendo lo correcto. No sé adónde nos llevará esta muestra de rebeldía, pero me armo de valor al recordar que los corvus nos han sometido durante miles de años. No les debemos nada.

De pronto, los ojos púrpuras de Yelinton Tenmoon se clavan en los míos.

—Esto es por apuntarme en la frente con tu asquerosa arma —digo entre dientes.

Entonces, veo un destello de miedo en su mirada, pero no le doy tiempo a reaccionar ni a pensar en lo que sucederá. Tan pronto pronuncio esas palabras, Tenmoon explota y se convierte en un líquido viscoso.

Cientos de androides aparecen de la nada. El escudo que he creado impide que se acerquen a nosotros y que nos hieran. Gareth y otros humanos los atacan mientras camino hacia adelante empujando el escudo y haciendo que nuestros oponentes den marcha atrás.

Hago explotar a tantos corvus como me es posible. Ni siquiera me fijo en sus rostros y no me detengo a analizar lo que estoy haciendo.

Rompo el escudo cuando acabamos con todos y salimos corriendo tan rápido como podemos. Uno, dos, uno, dos, no nos detenemos. Como era de esperar, hordas de garts y de veladores nos persiguen. Hago explotar a los corvus sin ni siquiera mirarlos. Es como si caminaran por un campo minado.

Gareth toma la delantera y lo sigo sin saber adónde nos dirigimos.

En el cielo, unas naves arrojan proyectiles que hacen que el suelo vibre con fuerza. Zigzagueo esquivando los nubarrones de polvo que se levantan debido a los impactos. Uno de los proyectiles cae y mata a un chico que corría a unos metros de mí.

A poca distancia, veo unas siluetas circulares que se vuelven más claras a medida que nos acercamos. Son naves ancladas a la tierra por unos brazos gigantes. Los corvus los atacan desde las alturas en vano.

Vuelvo la cabeza hacia atrás en busca de Qeren. No parece encontrarse bien, pero no podemos detenernos ahora, no cuando estamos a punto de llegar.

Subo a una de las naves esféricas detrás de Gareth. Dijo que confiara en él, así que no pregunto adónde nos dirigimos ni a quién pertenecen. Hay al menos diez de ellas. Son de amplias dimensiones y de color negro.

Qeren no me ve y sube a otra de las naves, pero, cuando intento salir para gritarle, el gentío me arrolla y mi amiga desaparece.

La gente corre despavorida y, cuando ve que otros humanos forman parte de la tripulación, entran sin dudarlo. Están desesperados. Gareth está detrás de mí. No sabemos muy bien qué hacer. Algunos lloran desconsolados, otros parecen témpanos de hielo y una pequeña minoría sonrío.

Entonces, una vez estamos todos dentro, la compuerta se cierra.

El interior es tan resplandeciente que tengo que entrecerrar los ojos para acostumbrarme. Dentro de las paredes blancas, hay cables luminosos que me hacen pensar en las venas y arterias de un cuerpo humano. Unas pantallas muestran imágenes de lo que parece una guerra y, por todas partes, veo un símbolo desconocido, un círculo pequeño rodeado por uno más grande y tres palabras:

REBELDES DEL NÚCLEO

EN LOS COSTADOS DE LA NAVE HAY SOLDADOS QUE NOS OBSERVAN CON ATENCIÓN. VAN ARMADOS Y, DE REPENTE, UN ESCALOFRÍO ME RECORRE TODO EL CUERPO. NO ME SIENTO MÁS TRANQUILA, PERO YA ES MUY TARDE PARA ARREPENTIRSE. HEMOS DESPEGADO.

VISTEN TRAJES NEGROS MUY PARECIDOS A LOS NUESTROS, PERO LLEVAN UNA

ESPECIE DE CHALECO QUE LOS PROTEGE.

DE PRONTO, EL GRUPO DE HUMANOS QUE IRRADIA FELICIDAD EMPIEZA A SALTAR Y A GRITAR.

—¡EL REY DE LAS TINIEBLAS HA VUELTO! —EXCLAMAN—. ¡LARGA VIDA AL REY!

ES LO MISMO QUE GRITÓ SABATINO ANTES DE MORIR.

INDIVIDUOS QUE ANTES ESTABAN EN SILENCIO SE UNEN AL CORO CUANDO LOS SOLDADOS ANUNCIAN QUE EL REY NOS DARÁ LA BIENVENIDA. AL CABO DE UNOS MINUTOS, UNA SILUETA SE APROXIMA CAMINANDO POR UNO DE LOS MÚLTIPLES PASILLOS OSCUROS QUE DESEMBOCAN EN LA ESTANCIA PRINCIPAL.

CUANDO SE ACERCA A LA LUZ COMPRUEBO QUE ES EL HOMBRE QUE ESTABA EN OCCIDERE, EL QUE ME LLAMÓ LA ATENCIÓN. NO HAY DUDA, ES ÉL. NO LEVANTA LA CABEZA EN NINGÚN MOMENTO. AL OBSERVARLO, ES FÁCIL COMPRENDER POR QUÉ LO LLAMAN «REY DE LAS TINIEBLAS». UN AURA OSCURA LO ENVUELVE.

ENTONCES, LEVANTA LA CABEZA Y LE VEO EL ROSTRO.

CREO QUE ESTOY ALUCINANDO, SIN EMBARGO, CUANDO GARETH ME APRIETA EL HOMBRO SÉ QUE NO ME LO ESTOY IMAGINANDO.

AL PRINCIPIO, CREO QUE ES MI PADRE, PERO ENTONCES ME DOY CUENTA DE QUE NO LE FALTA UN BRAZO.

NO PUEDE SER.

MI TÍO ESTÁ VIVO.

Capítulo 18

Estamos en una sala de juntas vacía. Tomo asiento en una de las sillas giratorias porque siento que, en cualquier instante, colapsaré. Gareth no se aparta de mí ni un instante, cosa que agradezco. Sigo creyendo que estoy alucinando y que, de un momento a otro, despertaré entre las raíces del árbol de la Prueba.

Un par de soldados acompañan a mi tío. El parecido entre él y mi padre es increíble. Tengo que parpadear varias veces porque no doy crédito. Entonces asiente hacia Gareth y este le responde con una leve reverencia.

Se detiene frente a mí y me escudriña.

—Te pareces mucho a tu madre... —susurra.

—No sabía que los fantasmas existieran —respondo con brusquedad.

Me siento engañada. Papá nunca hablaba de su familia. Me enteré de la existencia de su gemelo porque un día encontré una vieja carta en la que se despedía de él y no le quedó más opción que contármelo.

Me contó que Vlad estaba muerto, que falleció en la misma explosión donde él perdió el brazo.

Mi tío suspira y se deja caer en una de las sillas cercanas a mí.

—Cuando tenía dieciocho años, hice la Prueba de Poder junto a tu padre, tu madre y toda nuestra generación. Tu padre y yo pasamos a formar parte del clan de los tenientes, por lo que tuvimos que dejar la Tierra y partir a la base militar del planeta Cincuenta. Los entrenamientos eran todavía más duros que en el Centro, pero tu padre y yo éramos los mejores, así que nos mandaron a la guerra. —Enmudece durante un minuto, perdido en sus recuerdos—. Ahí

conocí a Nolee Thornes, la lethea más poderosa. Juntos, éramos invencibles.

Me sorprende que la mencione. ¿Quiere decir eso que mi padre también la conoció?

—Odiábamos a los corvus, así que formamos un grupo de humanos militares y tenientes que compartían nuestros ideales, fundamos el «Núcleo». Nos reuníamos en uno de los hangares de la base militar. Pronto, dejamos de ser un grupo pequeño para convertirnos en un movimiento. Teníamos un plan: atacaríamos a los corvus cuando menos lo esperaran y después escaparíamos del planeta Cincuenta, volveríamos a la Tierra y sacaríamos a todas las personas que pudiéramos.

—¿Mis padres formaban parte del Núcleo? —lo interrumpo.

—No —responde—. Tu padre no quería que tu madre corriera peligro. Me dijo que no lo metiera en mis asuntos, y no lo hice. Entonces, Nolee Thornes nos dio la espalda de la noche a la mañana, nos traicionó cuando íbamos a atacar. Tu padre perdió el brazo cuando los corvus nos arrojaron una bomba. Los extraterrestres mataron a miles de humanos en represalia, para darnos una lección. Aquello fue un holocausto. Los que sobrevivieron y escaparon conmigo no flaquearon. Queríamos libertad, y no solo para nosotros, sino para toda nuestra raza. Nos escondimos en un pequeño planeta recóndito para recobrar fuerzas y formar un ejército más grande y mejor preparado.

—¿Papá sabe que estás vivo?

—Sí, me puse en contacto con él para que estuviera al tanto de lo que ocurriría. —Se rasca la barbilla. Es sorprendente ver las similitudes entre los dos, incluso en sus gestos. Abro la boca para preguntar dónde se encuentran mis padres, pero antes de que hable, dice—: Tus padres siguen en la Tierra. Mis hombres no han podido sacarlos todavía, pero están ocultos en un lugar seguro. Los evacuarán lo antes posible. No te preocupes, el padre de Gareth los está ayudando y saben que estás a salvo.

Me tranquiliza saberlo. Quizá los vea pronto.

—¿Alguna otra pregunta? —interroga con un deje de diversión.

Me remuevo con incomodidad en la silla. A pesar de que tiene un aspecto familiar, es un completo desconocido.

—¿Adónde nos dirigimos?

—Eres curiosa como tu padre... —señala con seriedad. Temo que se haya

molestado, pero no hay indicios de enojo en su rostro—. Vamos a nuestro refugio, no podemos arriesgarnos a volver a nuestro planeta con los corvus pisándonos los talones.

Me tenso al oír que los corvus nos persiguen.

Gareth se aclara la garganta. Hasta ahora había permanecido en silencio. Vlad Morpud, el rey de las tinieblas, lo mira con expectación.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —pregunta Gareth.

—Vosotros vais a cenar comida de verdad y a descansar, yo me encargaré de lo demás.

Acto seguido, se pone de pie y sale de la sala sin mirarnos.

Descubro que no todos los pasajeros provienen de la Tierra. Estoy sentada en una de las mesas del abarrotado comedor, con Gareth a mi lado. En nuestra mesa hay otros humanos y también seres que nunca he visto, pero no los inspecciono por miedo a ser descortés.

A mi izquierda se encuentra Karenka Krozno, coronel e hija de uno de los miembros más importantes del ejército del Núcleo. El rey de las tinieblas le pidió que nos diera la bienvenida y nos acompañara durante la cena.

Estoy muy sorprendida por lo que veo. Mientras que en el Centro reina el individualismo, aquí todos conversan y ríen como si fueran una gran familia.

Miro hacia abajo. Delante, tengo una bandeja repleta de comida caliente de verdad. Me gustaría que mis padres estuvieran aquí para ver esto.

Espero a que los demás empiecen a comer porque no sé cómo debo hacerlo. Karenka toma el pequeño tridente y lo usa para ensartar unos cubitos. Imito sus movimientos, me llevo un pedazo a la boca y gimo al experimentar una explosión de sabores.

—Está bueno, ¿eh? —dice Karenka con una sonrisa.

Para ser un alto cargo del ejército, la verdad es que es muy amable.

—Jamás había probado algo así.

Sonríó con tristeza y, de repente, la simpatía de su rostro es reemplazada por odio y sus iris de color ámbar relampaguean y se convierten en fuego. Ahí está la soldado. Me apresuro a cambiar de tema. No quiero hablar de los

corvus.

—Este sitio es muy grande...

—Sí, la nave tiene muchos niveles. La parte superior es la del rey, nadie puede entrar ahí sin autorización previa. En los otros veinte niveles están nuestras habitaciones y, en los inferiores, se encuentran las salas de entrenamiento, los hangares y, por último, los calabozos —dice con una voz ronca, agitando su cabellera color zanahoria.

—¿Tenéis calabozos? —pregunto, sorprendida.

—¡Por supuesto! Allí encerramos a los delincuentes, a los enemigos, a los traidores y a los asquerosos corvus. —Karenka hace una mueca de repugnancia y se aclara la garganta—. Esta es una nave vivienda, estamos en constante movimiento.

—No solo hay humanos... —añade Gareth.

—No, el rey acoge a los desamparados, sin importar su raza. Algunos de los seres que ves aquí fueron socorridos, otros son supervivientes de guerras, pandemias...

—Parece una buena persona —digo.

Suena tan bondadoso que parece irreal. No quiero que vuelvan a engañarme como lo hicieron los corvus.

—Lo es, sí. Gracias a él estamos aquí. El rey de las tinieblas nos dio un lugar donde vivir en libertad.

Karenka me cuenta que los humanos de las nuevas generaciones que no nacieron en la Tierra no poseen poderes mentales, pero sus soldados entrenan muy duro, poseen armamento y tecnología.

—Si es tan bueno, ¿por qué le pusieron ese sobrenombre aterrador? —pregunta Gareth, y suelta una risita entre dientes.

Por primera vez en mucho tiempo, me relajo de verdad y sacudo los músculos ligeramente. Luego, recuesto la cabeza en el hombro de Gareth.

A Karenka parece gustarle mi curiosidad.

—Por sus poderes psíquicos —contesta, rebosante de admiración—. Controla la oscuridad y las tinieblas, y es capaz de hacer enloquecer a cualquier ser vivo. Él se encarga de torturar a los prisioneros. Todos los años, celebramos un acto parecido al que hacen en Occidere y torturamos a los corvus capturados hasta que ruegan piedad.

Eso no suena muy divertido, no cuando has estado en el lugar de los corvus. No digo nada y le ofrezco una sonrisa amable. Sigo comiendo a pesar de que imaginar el martirio de las víctimas me ha quitado el apetito.

Caminamos por un ancho pasillo de paredes y suelo brillante. No hay espacios solitarios en esta nave. Encuentras seres por doquier. Entonces, Karenka se detiene frente a una puerta y Gareth y yo hacemos lo mismo.

—Esta es tu habitación, Gareth. —Teclea un código en una pantalla táctil y la puerta se desliza—. El código es 4560. Puedes cambiarlo si quieres.

Se aparta a un lado para dejarlo pasar y, antes de que me dé cuenta, pregunto:

—¿Puedo quedarme con él?

—¡Oh! —exclama Karenka, y arquea las cejas con diversión—. Por supuesto... No hay ningún problema.

Respiro profundamente y me apresuro a entrar en la habitación con una mueca en los labios. Siento la intensa mirada de Gareth en todo momento. No me giro para darle las gracias a Karenka porque no quiero que me vean las mejillas sonrosadas. Soy un desastre.

El cuarto tiene una cama doble y una mesita a cada lado. También cuenta con baño propio.

La puerta de la habitación se cierra y oigo como Gareth empieza a moverse, pero me quedo quieta, de espaldas. No me giro hasta que el silencio regresa. Mala idea. Está recostado en la cama y me mira con una expresión divertida en los ojos. La sábana lo cubre desde la cadera y tiene los brazos cruzados sobre el pecho desnudo.

—No sabía que las paredes fueran tan interesantes

—suelta en un tono burlón.

—Cállate —gruño.

Me debato mentalmente entre quedarme y salir corriendo tras Karenka. Chasqueo la lengua y me aproximo al otro extremo de la cama con pasos rápidos.

—¿No te vas a quitar ese vestido tan feo?

Refunfuño con los ojos en blanco, malhumorada, y él empieza a reírse.

—Te he visto muchas veces en las duchas del Centro...

Harta de que se regodeé y se ría a mi costa, me deshago del vestido blanco de un tirón y me quedo en ropa interior. Gareth se queda mudo. Me tumbo en la cama y me cubro con las sábanas, asegurándome de no mostrar ni un poco de piel.

De repente, las luces se apagan automáticamente.

—¿Te gusta este sitio? —pregunta.

Me doy la vuelta para ponerme de lado y verlo.

—No lo sé, es extraño. —Lo cierto es que estoy asustada. Nuestras vidas en la Tierra eran muy distintas, la principal diferencia entre estos humanos y nosotros es que ellos son libres. ¿Qué hacen las personas que no tienen que seguir órdenes?—. ¿Y a ti?

—Podría acostumbrarme. Observar la complicidad y el compañerismo que había en el comedor me ha confirmado lo mucho que odio a los corvus. Ellos nos destrozaron, Ara. Nos arrebataron nuestra esencia, nuestra humanidad.

—Si te confieso algo, ¿me prometes que no te reirás?

—Sí —murmura.

—Nunca me he sentido tan humana como esa noche que me diste la mano para que entrase en calor.

Gareth esboza una sonrisa. Como si se lo hubiera pedido, su mano acuna la mía y nuestros dedos se entrelazan.

—Seamos humanos juntos.

Capítulo 19

Por la mañana, Karenka nos despierta hablando por medio de una pantalla incrustada en la pared. Está sentada delante del símbolo de los Rebeldes del Núcleo y nos da los buenos días con una sonrisa. Nos dice que nos han dejado ropa limpia junto a la puerta de la habitación y que pasará a recogernos en una hora para acompañarnos con el resto de humanos que subieron ayer a la nave.

El vestuario consiste en unas mallas y una camiseta que se ajustan al cuerpo. El atuendo se parece mucho al que llevaba en el Centro, pero este deja parte de mi estómago al descubierto. Me hago una coleta y me calzo las botas.

Cuando salimos de la habitación, Karenka ya nos está esperando en el exterior. Hoy lleva el pelo recogido en un moño alto y su uniforme, un traje negro de dos piezas y un chaleco que le cubre todo el torso. Tiene tres insignias en el pecho: la primera es de color bronce; la segunda, plateada; y la última, dorada. Debajo de estas, hay una pequeña placa en la que pone:

KARENKA KROZNO

SEGUNDA CORONEL DE LAS FUERZAS EXTERIORES

Bajamos al comedor en un tubo muy parecido a los de la Tierra. La diferencia es que este es transparente, desciende más lento y nos permite contemplar los distintos niveles y a los huéspedes que llenan los pasillos de la inmensa nave.

Cuando era pequeña, los tubos succionadores me aterraban. Con el paso

de los años, tuve que acostumbrarme. La rutina no lo hizo menos aterrador; cada vez que entraba en uno, cerraba los ojos y contaba hasta que llegaba a mi destino.

No siento eso en este lugar.

Llegamos al nivel en el que se encuentra el comedor. Las mesas se encuentran desperdigadas por todo el espacio sin seguir un orden concreto. Ya hay unas cuantas personas y seres rondando por el lugar. Al frente, hay otra mesa metálica más grande, repleta de manjares coloridos: panecillos, fruta y otros alimentos que no reconozco.

Cuando nos detenemos delante, Gareth coge cinco uvas moradas, luego unas cuantas moras y se las lleva a la boca.

—Esto es el paraíso. ¿De dónde sacáis toda esta comida? —pregunta mientras mastica una fresa.

Karenka nos señala unos platos. Los demás cogen su desayuno con unas pinzas y lo colocan ahí. Después buscan un lugar donde sentarse. Los imitamos con torpeza. Hay tantas cosas que no sé qué escoger.

—Tenemos máquinas que las producen —dice, y se encoge de hombros, restándole importancia.

En la Tierra, los humanos de Provincia A cultivan alimentos que después llevan a las fábricas para procesarlos. A mi madre una vez le ofrecieron un buen empleo allí, pues controla muy bien su poder, pero lo rechazó porque no quería alejarse de nosotros. En Provincia C, hay muchas fundiciones y, en Provincia D, se encargan de producir agua potable, ya que la de los mares y lagos está contaminada.

—Podéis coger lo que queráis —dice Karenka mientras nos observa con curiosidad.

Toda mi vida he subsistido comiendo bollitos insípidos, por lo que mi mente se queda en blanco al ver tal variedad.

En este instante me siento como un pajarillo al que acaban de liberar de su jaula, desesperado por apreciar las maravillas que hay en el exterior.

Cojo dos panecillos con una cubierta gelatinosa de color rojo y también un vasito plateado con líquido blanco. Gareth se lleva tantas cosas que su plato parece una montaña. Lo miro con diversión.

—¿Te vas a comer todo eso?

Arqueo una ceja y él me ofrece una sonrisa torcida.

—Voy a comer todo lo que no he comido durante dieciocho años — contesta, y se acaricia el estómago con la mano.

—Vas a explotar.

—Moriré feliz.

Chasquea la lengua y continúa con su selección. Karenka y yo no nos movemos hasta que termina y nos mira con timidez.

Nos sentamos en una mesa no muy alejada y empezamos a comer. Al morder el panecillo, me viene a la mente un recuerdo feliz: veo a mis padres, reunidos en la cocina, riendo a carcajadas. En una ocasión, mi madre hizo germinar una semilla en un montón de tierra y, enseguida, creció y se convirtió en una planta adornada con bolitas rojas. Me dijeron que se llamaban arándanos. Eran dulces y ácidos.

Otros cuatro humanos uniformados se sientan en la misma mesa que nosotros y saludan a Karenka llevándose la mano derecha a la cabeza. Ninguno de ellos tiene insignias, excepto el último, que nos saluda con un apretón de manos y una sonrisa ladeada. Bajo la vista hasta su placa.

ESDRAS KROZNO

CAPITÁN DE LAS FUERZAS INTERIORES

Es pariente de Karenka, aunque no se parecen.

—La sobrina del rey, ¿verdad? Ya eres toda una celebridad —dice.

«La sobrina del rey», repito para mis adentros. No siento que Vlad sea mi tío, a pesar de que llevamos el mismo apellido y es idéntico a mi padre. Es un desconocido para mí.

—¡Vaya si lo es! —exclama otro, que se presenta como Wells—. ¿Estáis listos para la novatada?

—El año pasado llegaron dos chicos. Tuvieron pesadillas durante semanas —añade otro de los hombres.

Todos se ríen, menos Karenka.

—Basta, chicos, no los asustéis —dice ella con seriedad. Algunos guardan silencio.

—Mira que eres aburrida... —contesta Esdras con desagrado. Entonces,

Wells suelta una risotada y Karenka pone los ojos en blanco—. Solo vamos a jugar con la sobrinita del rey y con su amigo.

—Y yo te voy a carbonizar como se te ocurra meterte con nosotros — suelta Gareth para mi sorpresa.

Todos guardan silencio y lo observan, estupefactos. Me fijo en el intercambio de miradas entre Gareth y Esdras, que tensa los músculos del rostro y endereza la espalda, al igual que Meriton.

Deslizo la mano por debajo la mesa y busco la suya. Gareth rompe el contacto visual cuando mis dedos lo tocan.

Karenka se aclara la garganta en un vano intento de aligerar el ambiente. No creo que los chicos tuvieran intención de molestarnos, pero no estamos acostumbrados a este tipo de interacciones.

—A los que nacimos dentro del Núcleo y a todos los que se han unido a la causa nos enseñaron lo que los corvus os hacen en la Tierra y en el resto de planetas que están sometidos. —La voz de Esdras interrumpe a Karenka, que estaba a punto de hablar. Su tono suena más duro que al principio—. No queremos incomodaros, comprendemos lo duro que es salir de vuestro mundo y adaptarse a una nueva sociedad. Nos gustaría que os integrarais y que estéis a gusto. No hace falta que me lances a la hoguera, amigo. Nuestras bromas son inofensivas.

—Nosotros no bromeamos —me apresuro a contestar, y todos posan la vista en mí, incluido Gareth, que me da un apretón en la mano. Lo entiendo, yo siento lo mismo; creo que en cualquier momento despertaré y me encontraré tendida en el Sector de Guerra con Morgan Hopenkot encima de mí—. No recuerdo haber reído en ninguno de los entrenamientos. La Tierra no es divertida; es oscura, silenciosa, triste... Nos alimentamos de bazofia y no nos relacionamos con los demás. Lo único que nos preocupa es que los corvus nos descubran haciendo algo ilegal, o que el manto nos engulla, u obtener una buena puntuación en la Prueba de Poder porque no queremos morir en la maldita plaza Occidere... No puedes decir que tendremos pesadillas durante semanas cuando toda nuestra vida ha sido una pesadilla.

Esdras asiente con la cabeza.

—Disculpadnos, Gareth, Arella —empieza a decir Karenka, que lanza una fría mirada a los chicos.

—No, disculpadnos a nosotros —contesta Gareth—. Os agradecemos

mucho vuestra hospitalidad y ayuda.

Durente el resto del desayuno, Karenka intenta que volvamos a relajarnos, sin embargo, se percibe la incomodidad de los chicos, que se marchan en cuanto terminan.

Estamos reunidos en un cuarto esférico, ya limpios, cambiados y saciados. Karenka se marchó prometiendo que se reuniría con nosotros tan pronto el rey terminase de dar su discurso. Ningún otro humano proveniente de la Tierra tiene compañía, llegan solos.

Veo rostros conocidos; algunos son de mi provincia, pero la mayoría viene de Provincia D.

Nos juntamos en el centro, frente a un podio, sin pronunciar más palabras de las debidas; es una costumbre muy arraigada. Minutos después, una fila de uniformados marcha hacia la plataforma y recuerdo lo ocurrido en la plaza, la oscuridad y la niebla que se cernían sobre nosotros... Ahora lo entiendo todo.

El rey de las tinieblas se coloca en el frente, delante de un micrófono, y escudriña la habitación. Vlad Morpud me busca entre el gentío y me sonrío, sin embargo, me cuesta devolverle el gesto. Detrás de él hay otros humanos vestidos con trajes iguales e insignias. Algunos tienen más de diez. Los que están más cerca del rey llevan viseras.

Uno de los hombres me llama la atención. Tiene el pelo del mismo tono zanahoria que Karenka. Supongo que es el general Krozno, su padre.

—Buenos días, refugiados. Espero que hayáis descansado —comienza Vlad—. Merecéis saber lo que ocurre. Nos dirigimos hacia nuestra base en el planeta Refugio, una estación militar. Una vez cumplamos nuestra misión, regresaremos a nuestro hogar, un lugar seguro donde reina la paz, el respeto y la libertad. En estos momentos la Tierra está sufriendo, los corvus están manchando nuestra casa de sangre, estamos evacuando a cuantos podemos y llevándolos a un lugar seguro. También debéis saber que el peligro no ha pasado. Nuestros radares indican que vienen tras nosotros. El enfrentamiento tendrá lugar en cualquier momento, y será duro.

Agacho la cabeza. ¿Cuándo terminara esta tortura?

—Debemos ser honestos y deciros la verdad —continúa con una mirada

imperturbable—. No os mentiremos diciendo que ganaremos, pero queremos pelear, nos preparamos para ello. Tendremos libertad o moriremos en el intento. Sin embargo, que estéis aquí no significa que os obligaremos a luchar. Es vuestra elección, podréis bajar de la nave en la siguiente parada si así lo deseáis. Si decidís quedaros, habréis aceptado uniros a la causa y os abriremos las puertas de nuestro hogar. Fuera del auditorio se encuentran soldados del Núcleo, que registrarán a aquellos que quieran marcharse y los prepararán para bajar. Os deseamos mucha suerte, hermanos de raza.

Infinidad de humanos salen de la sala, asustados. Gareth se acerca a mí y me permite apoyar la espalda en su pecho. Al menos no estoy sola, podría ser peor.

Tal vez debería bajar y olvidarme de esto, pero no sé si podría escapar de los corvus. Quizá estoy más segura aquí, aunque mis únicas opciones sean luchar por la libertad o morir. Además, necesito reencontrarme con mis padres, asegurarme de que están bien.

Nos quedamos menos de la mitad.

—Gracias por no rendiros. En unas horas llegaremos a Refugio. Allí os asignaremos a un regimiento, os daremos armas y un uniforme. Podéis salir, los soldados os llevarán al hospital de la nave para deshacernos de los chips que lleváis en el brazo.

Nos obligan a dividirnos en dos filas, una de hombres y otra de mujeres, así que me separo de Gareth. El hospital ocupa un nivel entero. Hay cubículos muy parecidos a los que vi antes de la Prueba, pero aquí no hay garts ni corvus vigilando; solo humanos y unos extraños seres pequeños de color verde con orejas puntiagudas y cuerpos delgaduchos.

Cuando es mi turno, entro a una de las habitaciones y me tumbo sobre una camilla metálica. No hay aparatos extraños ni pantallas, solo una mujer con una bata blanca y una sonrisa amable. A su lado hay una de esas pequeñas criaturas, sosteniendo una bandeja y mirándome con atención. Tiene los ojos hundidos, pero son más grandes que un puño.

—Arella Morpud —lee la mujer en una hoja—. Te pareces a tu madre.

Abro la boca, sorprendida. Conoce a mi madre.

—Me llamo Xonia. Te quitaré el chip y vendaré la herida, ¿de acuerdo? No tardaremos mucho.

Su voz me tranquiliza; es una metéreo.

—¿Por qué? —pregunto, adormecida.

—El chip permite a los corvus localizarte en cualquier momento. Al extraerlo, se desactiva y pierden tu señal. De esta forma, no podrán seguirte.

—No lo sabía.

—No te preocupes, nadie lo sabe hasta que se une a su ejército. —Zanja la conversación y agarra la bandeja. Me la coloca sobre los muslos, toma unas pinzas y un bisturí, y yo frunzo el ceño—. No dolerá.

Por supuesto que no, me está anestesiando con la mente. Giro la cabeza para no ver como acerca la hoja del bisturí mi piel. Sé que está haciendo algo porque siento la presión de sus movimientos, sin embargo, no me duele nada.

El chip con el código se funde con nuestra piel al nacer, por lo que Xonia tiene que arrancarlo.

Acaba más rápido de lo que esperaba. Cuando vuelvo la cabeza, hay metal ensangrentado en un recipiente junto a los instrumentos que ha utilizado y algunos algodones empapados en sangre. Me coloca la mano en el hombro y la deja quieta. Entonces me dice que va a acelerar la cicatrización y a cerrar la herida.

La criatura de orejas puntiagudas se detiene frente a mí y me coloca la mano en la frente. Instintivamente, me echo hacia atrás.

—Tranquila, Arella. Los phoru son nuestros hermanos de Núcleo. Este se llama Nud. Le pareces interesante. Los phoru son seres curiosos capaces de descubrir cosas que desconocemos sobre nosotros mismos.

La criatura no se mueve. Me observa con expectación, esperando que le permita acercarse. Suspiro e inclino la cabeza, y el phoru me toca la sien.

Segundos después, aparta la mano y emite una serie de sonidos que no entiendo. Xonia deja lo que está haciendo y le presta atención. ¿Están hablando? Qué idioma tan extraño...

—¡Vaya! —exclama, sorprendida y confundida al mismo tiempo—. ¿Los corvus saben que tienes dos talentos? He visto algunos casos como el tuyo, como el de Vlad, pero a la mayoría los matan antes de que lleguen al Centro.

—No, no. Eso no puede ser —me apresuro a contestar—. Soy una

sentinamo y tengo el poder de controlar la materia, pero eso es todo.

—Qué raro —dice más para ella que para mí—. Nud dice que tienes un segundo talento...

—Se equivoca.

Xonia sonrío con condescendencia.

—Los phoru nunca se equivocan —afirma.

Capítulo 20

De pronto, unas alarmas resuenan por toda la nave. Nos indican que estamos descendiendo. Hemos llegado a la base militar. En la estancia principal, hay una pantalla que muestra nuestra localización y el aterrizaje. Observo el espectáculo. De los lados, salen cuatro brazos que se alargan y se convierten en grandes patas. Cada una tiene una especie de punta en forma de cono en el extremo que se hunde en la tierra y estabiliza la nave. Entonces, descendemos hasta el nivel del suelo.

Las naves de los corvus son muy distintas a esta. Algunas parecen panales, aunque también las hay alargadas o cilíndricas y otras que son como pequeñas cápsulas donde solo cabe un cuerpo.

Las puertas se abren y los soldados son los primeros en salir. Una vez comprueban que es seguro, bajamos en orden, siguiendo las indicaciones que nos dan. Gareth camina delante de mí y jadea en cuanto pone un pie en el exterior.

—Esto es increíble...

Una amplia sonrisa se dibuja en su rostro. Yo debo de tener el mismo aspecto.

La Tierra es mi hogar y siempre lo será, pero este lugar es precioso, no tiene comparación. Aunque quizá sea porque no conocemos nada más que cielos oscuros, agua negra y esclavitud.

Un campo verde se extiende hasta el horizonte. Hay un camino de tierra delimitado en los costados por dos columnas de flores altas de diferentes colores, el sol brilla con tanta intensidad que me quema la piel y las nubes

parecen bolas de nieve que bailan en el cielo azul.

El césped es tan verde que parece que brille.

El cielo es azul.

Y las flores...

No tengo palabras.

Miramos hacia arriba boquiabiertos. No puedo creer que sea real. Me gustaría que mis padres estuvieran aquí para disfrutar de este paisaje conmigo. Mamá haría que las flores crecieran más y jugaría cambiando sus colores.

—¡Arella!

La voz de Qeren me hace regresar a la realidad. La busco con impaciencia entre la multitud y echo a correr tan pronto la encuentro.

Tengo las mejillas cubiertas de lágrimas. Cuando llego hasta ella, abro los brazos y me abalanzo sobre ella.

—Mis padres han muerto, Arella —solloza, con la cara enterrada en mi cuello. Siento que el corazón se me encoge tanto que duele. Mirtala Yawer era una buena persona, una buena madre que se preocupaba por su hija—. Los corvus iban a dispararme y ellos se interpusieron. Están muertos...

El llanto se apodera de mí y siento su dolor como si fuera mío. Nos abrazamos con más fuerza. Nunca la dejaré sola, pase lo que pase.

—Todo va a salir bien —susurro una y otra vez hasta que los sollozos paran y deja de llorar. Su respiración temblorosa se calma poco a poco.

Tenemos que separarnos cuando los soldados nos piden que avancemos por el camino. No nos alejamos. Nos cogemos del brazo y andamos siguiendo a los demás.

Pobre Qeren... Sus padres no merecían una muerte así. De repente, la bilis me sube hasta la garganta cuando me imagino a Yenerica en su palco, contemplando el sufrimiento ajeno, y a la maldita traidora de Nolee Thornes. ¿Cómo pudo traicionar a su raza? Por culpa de ella, la revolución fracasó y hay tantos muertos, tantos heridos, tantos desaparecidos, tanta gente viviendo con miedo...

A algunos los asesinan y a otros nos matan en vida, despojándonos de nuestra humanidad y convirtiéndonos en máquinas biológicas.

Entonces, prometo para mis adentros que algún día haré que la cabeza de

Yenerica Curvo explote, como le ocurrió a Yelinton Tenmoon, y torturaré a Nolee Thornes hasta que pida perdón y se arrepienta de haberse unido al bando equivocado.

Por los padres de Qeren y por todo el daño que nos han hecho.

En el centro de la planicie hay una edificación solitaria de gran tamaño. No sé de qué material es, no se parece a nada que haya visto. Son rectángulos rojizos unidos por líneas grises. Está cercada por una malla de metal y, en las cercanías, hay letreros amarillos que advierten de que se trata de una zona peligrosa.

El recinto bien podría ser del tamaño de toda Provincia B. Tiene un hangar colmado de naves y, sobre la entrada, hay una placa con el símbolo del Núcleo.

Subimos las escaleras y atravesamos la puerta de doble hoja. El interior es del mismo material y el suelo es liso y brillante. A nuestra izquierda, hay una ristra de ascensores y, frente a estos, se encuentra un auditorio. Lo deduzco por las filas interminables de sillas y el estrado de madera en la parte frontal.

Seguimos a los soldados al interior. Una vez dentro, Qeren y yo tomamos asiento y, mientras los demás se acomodan, me dedico a observar. No hay mucho que ver, es un sitio bastante sencillo en comparación con la ostentosa nave con la que hemos llegado aquí.

El podio se llena de miembros del ejército. El rey de las tinieblas está entre ellos. No habla hasta que todos guardamos silencio.

Nos entregan un uniforme doblado, una armadura y un sobre amarillo con el escudo del movimiento en tinta negra. Karenka y otros líderes pasan por las filas con recipientes cóncavos y nos marcan la frente haciendo los dos círculos del Núcleo. Después, el rey recita un juramento y todos lo repetimos.

«¡Hermanos de Núcleo! Juramos solemnemente ser fieles a la Revolución, por la sangre derramada y la paz perdida. Prometemos honrar a nuestra raza, portar el uniforme con pasión y venerar el escudo de nuestra hermandad sobre todas las cosas. Si alguna vez perdemos el rumbo, aceptaremos el castigo por la traición. ¡Libertad o muerte!».

Cuando acabamos, los soldados nos dan la bienvenida con aplausos y vítores. Karenka se acerca a mí con una sonrisa y me dice:

—Bienvenida a mi regimiento, recluta.
Sienta bien formar parte de algo.

Qeren y yo decidimos salir a dar un paseo cuando termina el acto. Se mantiene pensativa. Ya no parece la chiquilla risueña que no dudaba en entablar conversación con desconocidos. Nos escabullimos entre los pastizales repletos de flores para evitar las miradas curiosas.

—No sé qué voy a hacer —dice aguantando los sollozos una vez estamos sentadas a solas—. Algunas veces he pensado que la única salida es la muerte. Siento que estoy en un pozo profundo. El agua me cubre hasta la nariz, apenas puedo respirar y trato de mantenerme a flote, pero cada vez que lo intento o me impulso, me hundo más. Estoy cansada de luchar.

—No digas eso. —Estiro el brazo y la agarro del hombro para darle un apretón. Qeren esconde la cara entre sus cabellos para no mirarme. Me duele que se esconda, ni siquiera sabía que se sentía así—. No estás sola, Qeren, saldremos de esta. Un día, todo el sufrimiento acabará.

—¿De verdad crees que terminará? —pregunta, y levanta la cabeza para mirarme.

No puedo asegurárselo, sin embargo, considero que es mejor morir luchando por la libertad.

—Bueno... No soy vidente.

Logro sacarle una sonrisita, aunque sus grandes ojos reflejan una tristeza que la consume.

Qeren amaba a sus padres. No sé si logrará superarlo, si estuviera en su lugar, me sentiría perdida.

—Hablando de eso... Cuando estaba en la Prueba, tuve una visión muy peculiar. —Qeren se aclara la garganta. Me gustaría que no se retrajera, pero si no quiere seguir hablando y desea reprimir sus sentimientos, ¿quién soy yo para obligarla? Solo puedo ofrecerle mi consuelo y mi cariño—. ¿Cómo está Gareth? —añade.

—¿Gareth? ¿Por qué me preguntas por él?

De repente, me siento muy incómoda.

—No te hagas la tonta, Ara... —La diversión en su cara me hace sentir mejor. Qeren arquea una ceja con picardía—. Vi como te daba la mano antes de dormir. ¿Desde cuándo permites que Meriton te dirija la palabra? No es que me sorprenda, pero...

—Tenía frío.

Ahora es mi turno de esconderme, el problema es que llevo el pelo recogido en un moño y no me sirve de refugio.

—Y a ti te encantó que te calentara.

Al escuchar sus palabras, abro los ojos tanto que parece que se me van a salir de las órbitas. Qeren lanza una carcajada estruendosa y no puedo evitar empezar a reír. Me llevo las manos a las mejillas encendidas para esconderlas. Cuando terminamos de reír, su rostro adquiere un semblante serio.

—Prométeme algo, Ara —dice en un tono lúgubre.

No continúa hasta que asiento.

—Sé que lo que nos ha tocado vivir ha sido horrible y era más seguro quedarse encerrado en una burbuja. No podíamos hablar de muchas cosas, tampoco nos permitían tomar nuestras propias decisiones. Siempre te he admirado por tu gran determinación. Te has mantenido alejada para no sufrir y te has encerrado en tu caparazón...

—Todavía no me has dicho de qué se trata la promesa —la interrumpo con una sonrisa.

—Lo que quiero decir es que eso te ha servido en la Tierra porque no teníamos alternativa. Pero si la revolución triunfa, ya no tendremos que escondernos. Prométeme que no lo alejarás de ti...

Es evidente de quién habla, a pesar de que no ha pronunciado su nombre.

Qeren y yo conversábamos mucho en el Centro. De vez en cuando nos reuníamos en su casa por las tardes y me hablaba de los chicos que le habían confesado su amor. Los rechazó a todos y, aunque lloró por unos cuantos, las dos sabíamos que la causa realmente era la impotencia de no poder escapar de la Tierra, nuestra jaula, y de tener que vivir bajo el yugo de los corvus.

—Lo prometeré si tú prometes algo a cambio. —Asiente sin pensarlo—. Cuando la revolución acabe, vendrás a vivir con mis padres y conmigo. Empezaremos de nuevo todos juntos.

Se queda callada durante unos segundos, pero su silencio dice más que mil palabras. De repente, se le nublan los ojos y susurra:

—Gracias.

La carta que me han dado en el acto celebrado en el auditorio decía que tenía que presentarme en el patio delantero del recinto antes del atardecer. Según los radares del Núcleo, los corvus llegarán en menos de un día, por lo que no tenemos tiempo que perder. Cuando estoy en el patio, me ubico cerca del grupo de jóvenes que supongo que son de mi regimiento.

Karenka aparece meneando su coleta alta de color naranja. Los humanos se ponen firmes y la saludan con respeto llevándose la mano a la cabeza, como lo hicieron los chicos del comedor.

—Por favor, haced un círculo a mi alrededor, daré las instrucciones lo más rápido que pueda para que vayáis a descansar cuanto antes. —Hacemos lo que pide sin rechistar y comienza a dar vueltas para mirarnos mientras habla—. No vamos a tener tiempo de entrenar esta vez, pero hemos estado esforzándonos durante años, así que venceremos a los corvus. Nosotros seremos la primera defensa, nos esconderemos entre los árboles. No permitáis que los corvus os vean bajo ningún concepto, ¿entendido?

—¡Entendido, coronel! —gritan todos en sincronía.

—Los nuevos integrantes que tengan habilidades especiales pueden utilizarlas siempre y cuando sus actos no pongan en peligro al resto. Los errores no se perdonan. —Aguarda un minuto antes de proseguir—: Atacaremos cuando oigáis un silbido; si volvéis a oírlo, es que es hora de marcharse. En caso de que nos superen en número, tendremos que huir. Las naves ya están preparadas. Y recordad en todo momento que no debemos romper las filas. ¿Alguna duda?

—¡Ninguna!

—Perfecto. ¡Primero, el lema!

—¡Libertad o muerte!

—Y, ahora, id a descansar. Os espera un día duro mañana.

Karenka se despide con un gesto de cabeza. Entonces, se acerca a mí y me

ofrece una mirada llena de curiosidad.

—¿Sucede algo, Arella?

Me muerdo la lengua. Me muero de la vergüenza por tener que preguntarle esto a ella, pero no conozco a nadie más.

—¿Podrías decirme cuál es la habitación de Gareth? —pregunto, tragándome el orgullo.

—No lo sé, pero el regimiento de Defensa Media ocupa las habitaciones del cuarto piso. Puedes preguntar en la caseta del pasillo para que te indiquen dónde está.

Minutos después, me encuentro frente a la puerta de la habitación de Gareth, preguntándome si debería salir corriendo. Finalmente, llamo a la puerta dos veces y espero a que abra. Estoy nerviosa y cambio el peso de una pierna a otra varias veces. Entonces oigo sus pasos acercarse. Gareth me recibe con una sonrisa y se aparta a un lado para dejarme pasar.

—No esperaba esta sorpresa —dice, arqueando una ceja con coquetería, pero lo ignoro, porque nunca sé cómo responder cuando actúa de esa manera. Gareth se aclara la garganta y se pone serio—. ¿Cómo está Qeren?

—Destrozada —respondo.

Entro en su cuarto. Es igual que la habitación de la nave, pero la luz de esta es más tenue. Me dejo caer en el borde de la cama, exhausta, y me muerdo el labio inferior, arrancándome los pellejos con ansiedad. No puedo dejar de dar vueltas a las palabras de Qeren...

Gareth se aproxima a mí y se sienta a mi lado. Su muslo está pegado al mío y no deja de mirarme. Entonces, el corazón se me empieza a acelerar.

—Echo de menos a mis padres... —murmuro.

—Yo también. Sé que están bien porque mi padre forma parte del Núcleo, pero quiero verlos. Tarde o temprano nos reuniremos con ellos.

—Recuérdame por qué estamos aquí —le imploro.

—¿Estás dudando? —pregunta mientras se recuesta en la cama—. ¿No quieres ser libre?

—El rey de las tinieblas es un desconocido, Gareth. Su talento es

enloquecer a los seres vivos. ¿Eso no te hace desconfiar?

—Nunca vamos a confiar totalmente en nadie, lo entiendo...

Mira al frente y se queda inmerso en sus pensamientos. Observo su perfil. La carencia de luz hace que las sombras oculten una parte de su rostro. Se lo ve misterioso, perdido. Tiene el pelo mojado y una gota le resbala por el cuello y se escurre dentro de su ropa.

—Me enteré hace poco de que mi padre forma parte de un grupo revolucionario. Cuando me lo contó, me quise morir. Me aterraba que los corvus se enteraran y vinieran a por nosotros.

»Después de reflexionar, le dije a mi padre que quería ayudarlos, y mi madre estuvo de acuerdo. Me hablaron del plan antes de la Prueba. Dijeron que los corvus sospechaban y que seguramente acabarían con todos los humanos que pudieran suponer una amenaza para ellos, como tú. Les dije que tendría cuidado y que me ocuparía de ti. No me importaba ganar ni obtener una buena puntuación, solo protegerte... Esta es nuestra única oportunidad de ser libres, Ara.

Trago saliva para deshacer el nudo que amenaza con arrebatarme el aliento.

—Sí confiaba en ti cuando me lo preguntaste —murmuro.

La medida lo abandona y esboza una sonrisa pícaro.

—Ya lo sabía —responde.

—No, no lo sabías.

Hago una mueca y él acerca su rostro y coloca la punta de la nariz en mi mejilla. Enseguida, mi cara se tiñe de un intenso color rojo.

—Estás ardiendo y todavía ni siquiera te he tocado

—susurra. Suelto un bufido, pero no me muevo y lo miro de soslayo—. Sí lo sabía...

—Dudaste...

—Bueno, siempre me surgen dudas.

Gareth se encoge de hombros y se acerca más a mí. Entonces, sus labios entran en contacto con los míos.

—¿Qué haces? —pregunto.

—Algo que he querido hacer desde hace mucho tiempo —murmura con ternura.

Una descarga eléctrica me recorre el cuerpo cuando me agarra la barbilla y me gira la cabeza. Antes de que pueda reaccionar, Gareth me besa.

Tiene los labios suaves y tiernos, y, aunque me muevo con torpeza, se muestra paciente. Yo soy como el hielo; él es la ardiente llama que derrite todas mis barreras. Su fuego acaba con el frío y hace arder partes de mí que ni siquiera sabía que existían.

Cuando abro los párpados, lo primero que veo son sus ojos, dos universos llenos de esperanza. Y, sin pensarlo dos veces, me sumerjo en ellos.

Capítulo 21

A la mañana siguiente, una alarma nos sobresalta durante el desayuno. Todos nos miramos perplejos, preguntando en silencio qué ocurre, aunque lo sabemos.

Me pongo de pie antes de que el ajetreo comience. La calma reina en el lugar a pesar de las circunstancias y los soldados se mueven con celeridad siguiendo las instrucciones que nos dieron ayer.

—¡Han burlado los radares! —exclama un alto mando—. ¡Corred a vuestras posiciones! ¡Aterrizarán en cuestión de minutos!

—Tiempo estimado de aterrizaje: siete minutos —anuncia una voz robótica al instante.

Qeren forma parte del regimiento de Fuerzas Interiores, por lo que deberá custodiar el edificio y toda la información que el Núcleo guarda en las instalaciones. En caso de que la estrategia no dé resultado, tendrán que presionar un botón para que los datos almacenados en los ordenadores desaparezcan.

Localizo a Gareth mientras camino hacia el bosque junto a los pastizales. Está escondido detrás de una columna, junto a la entrada del edificio. Los dos nos quedamos mirándonos durante los segundos más largos de mi existencia y le prometo en silencio todo lo que no me atrevo a decir en voz alta.

La adrenalina me recorre el cuerpo. Esto está pasando; al final, lucharemos. Libertad o muerte. Si todo sale bien, nunca más viviremos en las tinieblas.

—Tiempo estimado de aterrizaje: tres minutos.

Karenka sale del edificio y dirige nuestras filas. Nos adentramos en el bosque y nos ocultamos entre la maleza, esperando a que los corvus se acerquen para disparar. Las armas de energía térmica harán que se derritan.

—Tiempo estimado de aterrizaje: un minuto.

Una sensación extraña me asalta y me froto las sienes porque, de pronto, comienzan a dolerme. Pum, pum, pum. Noto un terrible golpeteo en la cabeza.

—¿Estás bien? —pregunta uno de mis compañeros, y asiento sin mirarlo.

La nave de los corvus hace que el suelo vibre mientras desciende. El ruido que genera el motor es estruendoso. Una vez en el suelo, todo se queda en silencio y nadie sale del interior. Veo la confusión en el rostro de mis compañeros, pero, entonces, la compuerta de la nave se abre y una silueta baja por las escaleras.

Frunzo el ceño porque el dolor se vuelve insoportable de repente. No lo soporto.

La tensión en el planeta Refugio aumenta con cada paso que da el misterioso hombre que desciende de la nave. De pronto, un rayo de sol le ilumina la cara y me quedo boquiabierta.

No puede ser.

—Papá —jadeo.

Me dejo llevar por un impulso. Sé que me dijeron que no debíamos romper filas y que me castigarán por lo que estoy a punto de hacer, pero es mi padre... Suelto el arma y salgo de entre los árboles.

En cuanto doy un paso, siento una fuerte sacudida y decido dar la vuelta, pero al tratar de hacerlo, mi cuerpo no responde.

Hola, Arella. Adivina quién soy...

No necesito oír más para saber quién es, a pesar de que nunca he oído su voz. El corazón se me acelera e intento abrir la boca para gritar y pedir ayuda con todas mis fuerzas.

Nolee Thornes está en mi mente y controla mi cuerpo. No soy más que una mera espectadora de mi propio ser.

¡Muy bien, lo has adivinado! Tienes buen material, pero tu mente es frágil...

Oigo exclamaciones, ruido, gente caminando de un lado a otro y la voz de la lethea más poderosa.

Me detengo frente a mi padre, pero él no parece feliz, ni siquiera me mira o sonrío. Es como si no existiera. Tiene el rostro serio y su mirada me hiela la sangre. Quizá Nolee también lo esté controlando.

Oh, no, te equivocas. Yo no tengo nada que ver con eso.

—Vlame... —dice alguien a mis espaldas. Vuelvo a luchar para escapar del control de Nolee y pedir ayuda, pero es inútil—. Hermano, ¿qué haces?

—¿Qué hago...? —Una versión desconocida de mi padre gruñe y mira a su gemelo con repulsión—. ¿No es evidente?

—¿Dónde está Udia? —pregunta con seriedad Vlad.

Mi padre suelta una carcajada aterradora. Trato de liberarme de Nolee una vez más, pero me resulta imposible.

—He tenido que entregarla a los corvus por colaborar con el Núcleo —dice él.

Este no es mi padre. No, no puede ser él... Los corvus deben de haberle hecho algo. Él quiere a mamá y jamás le haría daño.

—Arella, regresa a tu posición.

La orden del rey es contundente, pero soy incapaz de darme la vuelta. Ojalá pudiera hacerlo.

Entonces, empiezo a caminar en dirección a Vlad. He sido una estúpida. Mi padre solo era un cebo... De repente, observo como el brazo de Vlad explota y la sangre sale a borbotones del muñón.

—Ahora sí que te pareces a tu hermano —digo con una voz plana, casi robótica.

No soy dueña de mis propios actos.

La gente no puede creer lo que he hecho, y lo cierto es que yo tampoco doy crédito. El poder de Nolee es terrible. Los gritos se me quedan en la garganta, soy incapaz de hablar. Lucho con ella como puedo, me aferro a mis recuerdos, a todo lo que sé, pero ella es mucho más fuerte.

De la nave salen garts que disparan a los rebeldes, y los humanos se defienden. Estoy en medio del campo de batalla y no puedo moverme. Parezco una estatua, mi cuerpo no reacciona cuando le ordeno que se mueva. Solo obedece a Nolee.

De repente, empiezo a pelear. Empuño las armas que llevo encima, las que me dieron los del Núcleo. Si los corvus no me matan, entonces lo harán

ellos. No sé a cuántas personas asesino, solo veo cuerpos cayendo y explotando, el olor a carne quemada me provoca náuseas. Esquivo las balas, los rayos y los proyectiles de los rebeldes, pero no soy más que una marioneta.

Nolee intenta reunir partículas varias veces, pero no lo consigue. No tiene ni idea de cómo hacerlo a pesar de estar en mi cabeza.

Intento cerrar los ojos para no presenciar la masacre, pero no lo consigo.

—¿Se puede saber qué haces?! —grita un rabioso Gareth que aparece de la nada y me zarandea con violencia.

Tiene el rostro bañado en sudor y está visiblemente agitado. ¿Se dará cuenta de que Nolee me tiene presa en mi propio cuerpo?

—Suéltame —espeto.

—¿Es porque tienes miedo? ¿Es por lo que hablamos ayer? No tienes nada que temer, jamás permitiría que te hicieran daño. Por favor, Ara, reacciona —responde mientras me sacude con fuerza, desesperado.

No, no se da cuenta... Me duele el corazón. Al menos Nolee es incapaz de controlar mis sentimientos.

—Te he dicho que me sueltes —siseo.

Me mira con incertidumbre y desconfianza. Me pidió que confiara en él, pero se me olvidó preguntarle si él confiaba en mí.

Cierro el puño y le golpeo con todas mis fuerzas en el pómulo. Gareth se tambalea y me mira confundido. Entonces, reacciona como si hubiera encendido una cerilla. Se abalanza sobre mí. Debe de pensar que soy una amenaza. Gareth me agarra del pelo y trata de tirarme al suelo.

Le doy un codazo en el estómago y me suelta durante un segundo, aunque sé que no tiene intención de dejarme ir. De repente, Gareth se clona y decenas de copias del joven corren en mi dirección.

Me siento impotente y tengo ganas de llorar. El pánico se apodera de mí y, en mi cabeza, le ruego a gritos a Nolee que no le haga daño.

De acuerdo...

Empiezo a caminar hacia atrás como si huyera y los clones de Gareth levantan un arma al mismo tiempo, pero, antes de que aprieten el gatillo, uno de sus dedos explota. Las copias desaparecen y Gareth cae al suelo, gritando a pleno pulmón. Sus alaridos se me clavan en el cerebro y la culpa se apodera

de mí.

Ojalá me perdone.

Troto hacia la nave de los corvus. Me gustaría quedarme para comprobar que no le ocurre nada más, que estará bien. Sé que se recuperará, algún metéreo sanará sus heridas, pero no puedo evitar sentir que lo he perdido para siempre.

Si alguien me hubiera dicho que pasaría esto, me habría suicidado antes de que pudieran utilizarme como un instrumento de destrucción, como hizo Sabatino.

Muchos soldados gritan. Entre ellos está Karenka. Su regimiento, que era el mío, abandona el terreno al aceptar la derrota. El de Gareth hace mucho que abortó la misión. Se marchan... No se dan cuenta de que necesito su ayuda.

Los malditos corvus están ganando.

Entonces, una mata de cabello plateado aparece en mi campo de visión.

—¡Arella! ¡Detente! —chilla Qeren fuera de sí desde el otro lado del campo, corriendo a toda velocidad.

No, no, no.

Por favor, no te acerques, Qeren, me digo a mí misma.

Una risotada femenina resuena en mi mente y se me eriza el vello. Presiento que algo horrible está a punto de ocurrir.

Por favor, no, le ruego con fervor a Nolee. Pero sé que mis súplicas no servirán de nada en esta ocasión. Esto no debería estar pasando.

Qeren se detiene en seco. Sus ojos centellean como dos estrellas: está teniendo una visión. Lo sé porque esa es la cara que ponía todos los días en el Centro. Le encantaba bromear si veía algo relacionado conmigo, era lo único divertido en mis días grises.

Ella es la única que se ha quedado para ayudarme, sabe que ocurre algo raro.

Una vida por otra, Arella, anuncia la lethea.

Lo siento tanto, Qeren, si pudiera correría y te llevaría lejos de aquí. Siento no poder cumplir mi promesa, digo para mis adentros.

Qeren reacciona y sonrío como si me hubiera escuchado, y se me parte el corazón. Levanta el pulgar, como hacíamos en el Centro para asegurarnos de

que estábamos bien, y, de pronto, mi mejor amiga vuela por los aires.

Las pocas fuerzas que me quedan desaparecen al instante. Siento que estoy cayendo en un abismo tenebroso del que nunca podré salir. Sin embargo, Nolee no lo permite; ellos también tienen un plan.

Trato de desconectar porque es demasiado doloroso contemplar los restos de Qeren, recordar la sangre de Vlad y de Gareth, las muertes, el olor a piel quemada... No soy capaz de enfrentarme al hecho de que estoy sola, de que nadie vendrá a rescatarme.

No hay salvación para mí.

He vuelto a ser una marioneta.

Capítulo 22

Marcho siguiendo sus órdenes. Nolee hace que me estampe contra una pared y retuerzo las puntas de los dedos del dolor. Le doy cabezazos a la dura estructura y oigo los golpes que le doy a la nave con la cabeza, llenando los silencios de los corvus que contemplan entretenidos la escena.

Los veladores forman un círculo a mi alrededor. Me arrodillo en el suelo con las manos atrás como si estuviera esposada. Una capa de sudor me cubre la nuca y las gotas me resbalan por el cuello y caen al suelo.

Cuatro figuras se detienen frente al círculo y los corvus se apartan para permitirles el paso. Yenerica Curvo está tan impecable como siempre. Su cabello plateado cae como la espuma de una cascada y enmarca las facciones refinadas de su perfecta tez. Nunca la había visto tan de cerca. Tiene un brillo macabro en las pupilas. Presiento que quiere hacerme sufrir.

A su lado derecho se encuentra Nolee Thornes, con una sonrisa torcida en el rostro, como si se burlara de mí. Y no dudo que lo haga. Se ríe de mí, de su propia raza.

El lado opuesto lo ocupa una veladora de semblante adusto, muy parecida al vicepresidente Tenmoon. No sé quién es, pero en su perfil angulado y sus iris púrpuras reconozco un solo sentimiento, uno que comparto con ella: sed de venganza.

Y junto a ella está la persona a la que más amo en el mundo, alguien por quien daría la vida sin dudarlo, pero, ahora, ni siquiera puedo mirarlo a los ojos.

—Tienes dos opciones, Arella Morpud —anuncia Yenerica con una

expresión implacable—. O colaboras con nosotros o no.

Los veladores me disparan con sus pistolas eléctricas y yo me sacudo, me convulsiono y grito. Las descargas son fuertes, retuerzo los brazos y los dedos, y muevo el cuello frenéticamente de un lado a otro. Tirada en el suelo, les ruego que se detengan. Mientras me revuelco, imploro que paren porque siento que me están quemando la piel.

Comienza a dolerme la garganta de tanto gritar y mi voz se vuelve rasposa y empiezo a emitir sonidos indescifrables.

La vista se me nubla unos segundos. Todo se oscurece, como en la realidad virtual, pero sé que esto no es la Prueba. Y el terror que me ocasionaba la gigantesca bestia de diez cabezas no puede compararse con lo que siento al ver a los corvus y androides que contemplan mi ruina.

Nada hará jamás que olvide la frialdad de la mirada del hombre que me vio nacer, el hombre que, hasta hace unos días, me miraba con ternura y amor. Se queda de pie, contemplando la escena sin hacer el mínimo intento por ayudarme.

¿Qué han hecho con mi padre?

Tiemblo.

Este lugar es demasiado frío.

No recuerdo qué ha pasado. ¿Por qué estoy aquí?

Estoy desorientada y las lagunas de mi memoria rebosan a pesar de que me esfuerzo por descubrir cómo he llegado hasta este sitio.

Todavía siento las descargas eléctricas en el cuerpo, pasando de un lugar a otro. Temo que nunca vaya a olvidar esta sensación si sobrevivo. El cansancio no mengua, me duele pensar, e incluso respirar. Parpadeo varias veces porque lo veo todo borroso. La estancia está sumida en la oscuridad y una brisa gélida me eriza la piel y se abre paso hasta llegar a mis venas. No recordar sería la anestesia más efectiva. Sin recuerdos, no hay sufrimiento.

Aunque quizá sea mejor recordar la clase de monstruo que puedo llegar a ser. No me atrevo a imaginar qué pensarán de mí los miembros del Núcleo en estos momentos. Entonces, recito mentalmente las oraciones del juramento.

La traición es castigada. Mi intención nunca fue matar, Nolee me utilizó. Sin embargo y, pese a lo arrepentida que estoy, rompí el juramento.

Aunque ya no importa. Mi destino es morir. Los corvus y sus logaritmos tenían razón. Las bestias deben ser domadas, y las peores, sacrificadas. Nunca me di cuenta de cuán peligrosa podía ser, me intimidaba saber que dentro de mí había una fuerza capaz de destruir a otro ser con tan solo pensarlo. ¿Quién soy yo para acabar con la vida de otro ser vivo? Si hubiera prestado más atención, me habría dado cuenta. Mi mente es poderosa pero débil.

Estoy hecha un ovillo. Me llevo las rodillas al pecho y me rodeo las piernas en un vano intento de conservar el calor. Quiero hacerme un capullo y quedarme aquí para siempre. Estoy a punto de rendirme.

—¿Arella? —Doy un brinco al reconocer la voz—. ¿Estás despierta?

—¿Mamá?

—¡Arella!

La busco por todas partes y me muevo a gatas sin saber hacia dónde me dirijo. No la encuentro por ningún lugar. Todo está a oscuras, así que no puedo asegurar qué hay a mi alrededor.

—Estoy aquí, cariño.

Un movimiento capta mi atención, aunque es solo una sombra. Acelero todo cuanto puedo, a pesar de que tengo un dolor punzante en la cabeza y siento una terrible presión en el corazón. Me arrastro y gasto la poca energía que me queda. Me parece que ha pasado una eternidad cuando llego y me aferro a ella.

No la veo, pero la escucho y palpo sus dedos magullados y fríos.

Pensar en mi padre encerrándola en esta prisión es más de lo que puedo soportar. Revivo el momento en que lo vi bajar de la nave y Nolee me torturaba, mientras él observaba el espectáculo como si de verdad lo disfrutase. No quiero aceptar que nos ha traicionado y me odio por no poder odiarlo, por albergar la esperanza de que llegará en cualquier momento y nos sacará de este horrible sitio.

Me pego a los barrotes de hierro, que se me clavan en la cara.

—¿Qué te han hecho, mamá?

Un sollozo sale de mi garganta antes de que pueda evitarlo, aunque no tengo ninguna intención de llorar. No estoy segura de querer saber la

respuesta, pues no creo que pueda aguantar más.

—Chist, cariño, eso ya no importa —murmura con ternura.

—Papá está con ellos —digo completamente destrozada.

El eco de los ruidosos sollozos resuena en la celda.

—Tienes que confiar en Vlad, Ara. Él te lo explicará todo cuando salgas de aquí.

Ella también está llorando. Sorbe por la nariz y le cuesta hablar, está sin aliento. No quiero salir de aquí si no es con ella.

—Nos iremos juntas...

El sonido de una puerta al deslizarse me alarma. Mi madre solloza y me aprieta la mano como si temiese algo. El corazón vuelve a latirme a toda velocidad y me martillea el pecho con fuerza.

—Tienes que escucharme, Ara —suelta, desesperada—. No importa lo que pase, tampoco en qué me conviertan. Eres lo más importante y lo más bonito que me ha pasado en la vida. Te quiero, mi niña.

Tengo las mejillas, el cuello y el pecho empapados en lágrimas y me cuesta respirar con normalidad.

Se me ocurre que puedo atacar a quien acaba de entrar, quizá pueda evitar que nos hagan daño. Pero, en un segundo, Nolee me invade la mente y recorre los recovecos de mi cerebro, saqueándola como un ladrón que coge lo que no es suyo.

Demasiado tarde, vamos a jugar.

Paso frente a la celda de mamá, pero Nolee no me permite volverme a mirarla. La busco por el rabillo del ojo y solo alcanzo a ver una sombra que me dice adiós con la mano.

Salgo a un pasillo oscuro que parece interminable hasta que llegamos a una puerta con una ventanilla por donde entra un rayo de luz. La puerta se desliza al captar nuestros movimientos y nos permite pasar. Recorremos otro pasillo vacío que desemboca en lo que creo que es la sala de mandos de la nave. Hay paneles de control y un par de corvus que teclean en un ordenador sin despegar los ojos de las pantallas. Y, sentada junto a ellos, Yenerica Curvo.

—En esta misma nave viajamos por el universo cientos de veces para buscar un planeta que poseyese vida inteligente, seres pensantes que

pudiéramos moldear, todo con el fin de aumentar la potencia de nuestro ejército. Encontramos a los humanos en la Tierra, hicimos que vuestra raza evolucionara gracias al diamante radioactivo, os regalamos nuestra tecnología y os dimos una nueva vida... ¿Y así nos lo pagáis?

»¿Sabes cuál es el problema de los humanos? —continúa—. Sois unos seres pretenciosos, todavía más peligrosos que nosotros. No hace mucho tiempo tuvo lugar la peor matanza de humanos de la historia, se registraron más muertes que durante la invasión. ¿Sabías que la mayoría de la gente no quería unirse al ejército rebelde? Las personas eran felices, tenían empleo, bienestar, una familia... Y muchos de los que obtenían una buena puntuación en la Prueba de Poder se marchaban de la Tierra, a descubrir el resto del universo. Gracias a nosotros.

Yenerica Curvo quiere jugar conmigo. ¿Quién podría ser feliz estando en un lugar tan inhóspito y oscuro? Cuando los corvus invadieron el planeta, impusieron sus normas, nos arrebataron nuestra libertad.

—Todo por la ambición del Núcleo, movimiento comandado por tu madre y tu asqueroso padre... —Hace una pausa para lamerse los labios con su lengua bífida y una chispa de maldad invade sus pupilas—. Eres igual a él, a Vlad Morpud.

De repente, siento que voy a desfallecer. No puede ser cierto. Miente. Nolee se aprovecha del momento.

No, no miente. Vlad es tu padre. Vlame te cuidó durante mucho tiempo, tal y como tu padre le pidió, pero los traicionó porque son seres egoístas, porque era lo correcto.

Sus palabras ya no duelen. La noticia no me afecta como debería. Me duele más saber que soy una asesina... He matado a Qeren; he asesinado a mi mejor amiga. Jamás voy a olvidar su última mirada y su pulgar arriba, indicándome que sabía que no quería hacerlo.

Nolee se ríe dentro de mi mente al ver el recuerdo. Quiero llorar, pero no me deja hacerlo. El odio me corroe y un fuego me recorre las venas.

—Todavía estás a tiempo de arrepentirte, Arella Morpud —dice Yenerica en un tono aterciopelado, andando de un lado a otro. Me recuerda a los siseos de las serpientes de la Prueba.

Me arrepiento de una sola cosa: de no haberla matado en la plaza Occidere la noche del gran acto.

—Es inútil... —dice Nolee.

—Traedla al frente —ordena Yenerica, y aprieta los puños.

Soy una muñeca de trapo, no hay manera de deshacerme de Nolee. Es como una alimaña que se arrastra por los recovecos de mi mente, controlando todas mis terminaciones nerviosas, escuchando mis pensamientos e indagando en mis recuerdos.

Me detengo frente a los grandes ventanales de la nave que muestran un paisaje familiar. Hay un fondo negro adornado por puntos incandescentes y en el centro está la Tierra, tan lúgubre y expuesta.

Echo de menos aquellos días que, aunque fueron un engaño, generaron valiosos recuerdos. Siempre será mi casa.

—¿Por qué no acabar de una vez con todos esos humanos que tanto desean libertad?

La pregunta de Yenerica retumba en las paredes de mi cráneo como un eco y el horror de sus palabras me consume en cuanto comprendo lo que pretende hacer.

La tranquilidad desaparece de la sala de mandos cuando las alarmas se activan a todo volumen y nos sobresaltan. Los focos parpadean y una voz robótica habla por los altavoces:

—Las instalaciones de la nave han sido tomadas por el enemigo. Los invasores llegarán al centro de control en siete minutos, diríjense hacia las naves de escape.

—¡Ahora, Nolee! —exclama Yenerica con rabia.

La letheja ejerce tal presión en mi cabeza que suelto un alarido de dolor. Incluso cuando tiene todo el control sobre mí, no logra dominar todas mis terminaciones nerviosas. Me llevo las manos a la cabeza y me aprieto el cráneo, desesperada por apaciguar la incesante pulsación que va en aumento. Creo que van a matarme antes de escapar, me dejarán agonizando.

—La nave está entrando en modo de autodestrucción, la cuenta atrás comienza ya... Veinte... —empieza a contar la misma voz robótica.

Un estallido desestabiliza la nave y, acto seguido, se oyen otras tres detonaciones de menor intensidad. De repente, noto un zumbido en los oídos y, luego, no oigo nada más. Tengo la sensación de que estoy dentro de una pecera llena de agua. No entiendo qué pasa ni por qué Nolee ha decidido liberar mi mente. Ya no siento su presencia, estoy sola. Los corvus han

desaparecido.

Siento un cosquilleo en el oído y me llevo los dedos a la oreja. Sangre. Me miro las yemas, sorprendida. No oigo nada. Me concentro y trato de utilizar el resto de mis sentidos. Entonces lo veo. No puede ser.

Me pego al cristal de la parte frontal de la nave y unas lágrimas calientes comienzan a arremolinarse en mis ojos. Me arden. Creía que solo querían matarme, pero lo que me han hecho es mucho peor...

El globo terráqueo ha desaparecido y, en su lugar, hay una colosal nube negra que se expande por el espacio, oscureciendo las estrellas que había a su alrededor.

Me quedo inerte.

Me han utilizado...

He hecho desaparecer la Tierra.

Mi hogar ha quedado reducido a cenizas.

Me dejo caer en el suelo, con las rodillas en el pecho, y me muevo hacia adelante y atrás sin dejar de temblar.

De pronto, unas figuras entran en la sala de control y reconozco un rostro familiar. Gareth. Estiro la mano para alcanzarlo, pero él se aparta con repulsión.

No me inmuto cuando una mano tira de mí y siento que alguien me clava una aguja en el cuello. El ardor se extiende por mi cuerpo mientras me arrastran por el pasillo.

Solo quiero dormir.

Y no despertar jamás de esta pesadilla.

Sobre la autora



Zelá Brambillé es el pseudónimo bajo el que escribe Andrea Álvarez, una joven escritora mexicana nacida en 1994 en Monterrey (Nuevo León). Desde pequeña, siempre ha sentido un amor profundo por la literatura. Le encantaba perderse en diferentes mundos y vivir experiencias inolvidables en ellos hasta que, un día, decidió crear los suyos.

Tras publicar muchas de sus novelas en la plataforma Wattpad, donde cuenta con cerca de medio millón de seguidores y más de 70 millones de lecturas entre todas sus obras, y algunas en papel, Andrea ha sido finalista del II Premio Oz de Novela con *Tiempo de ceniza*, una apasionante distopía que mezcla a la perfección elementos dramáticos y acción.

Monica Murphy
Segundas
oportunidades

SERIE UNA SEMANA CONTIGO #2



Segundas oportunidades (Una semana contigo 2)

Murphy, Monica

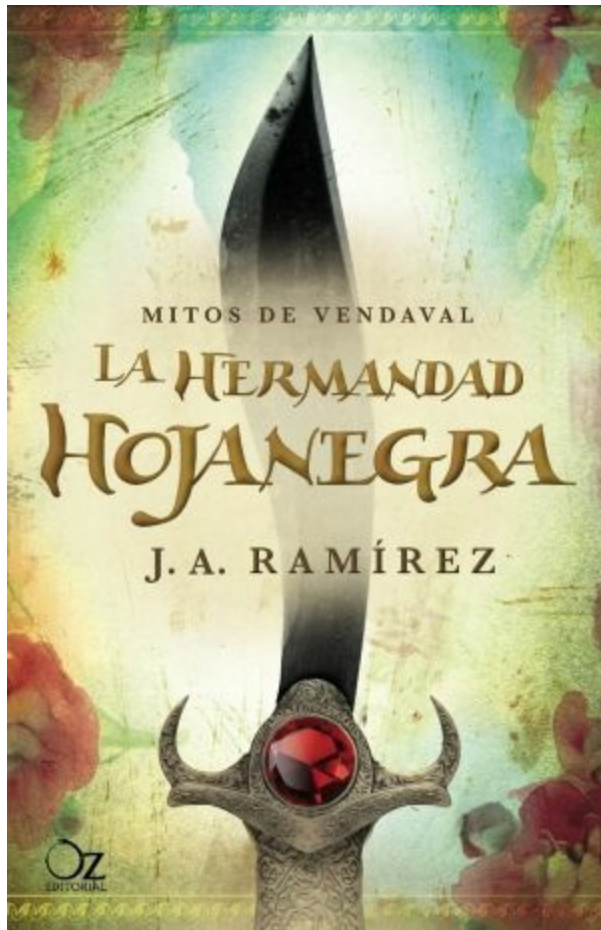
9788416224364

320 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Atrévete a darle una segunda oportunidad al amor Drew ha apartado a Fable de su vida porque cree que no la merece, pero no puede olvidarla. Fable ha intentado pasar página y seguir con su vida. Su madre sigue siendo un problema constante y es ella quien tiene que cuidar de su hermano Owen. Para poder pagar las facturas, Fable encuentra otro trabajo en The District, el nuevo bar de moda de la ciudad, que dirige el misterioso Colin. Pero cuando el equipo de fútbol de Drew elige celebrar un cumpleaños en The District, el corazón de Fable da un salto al pensar que volverá a verlo... Segundas oportunidades vuelve a montar a Drew y a Fable en una montaña rusa de emociones. De la alegría más desbocada a la pena más oscura, Drew y Fable son dos almas que se enfrentan al dolor de su entorno con el poder del amor y la pasión que hay entre ellos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



MITOS DE VENDAVAL

LA HERMANDAD HOJANEGRA

J. A. RAMÍREZ

OZ
EDITORIAL

La hermandad Hojanegra

Ramírez, Jose Antonio

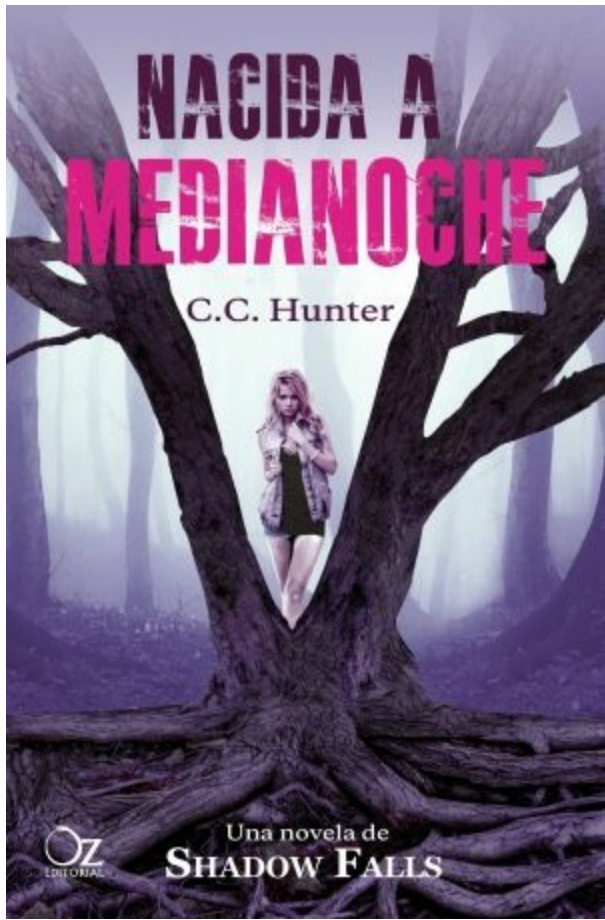
9788416224050

288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Toda una población arrasada en un solo día. Más de diez ciudades en una semana. Nadie sabe de dónde viene la Plaga y mucho menos cómo detenerla. Si los cuatro reinos de Vendaval no dejan atrás las guerras y sus conflictos, no quedará nada por lo que luchar. ¿Dónde estás, Noah Evans? Los cuatro reinos de Vendaval viven en alerta máxima. La Plaga lo devasta todo, sembrando la muerte a su paso. Noah, un adolescente de Manchester, descubre la existencia de este misterioso mundo a través de sus sueños. Cuando los demonios del reino de la Discordia secuestran a su padre, Noah viaja hasta Vendaval para rescatarlo. Con la ayuda de dos soldados de la legendaria Hermandad Hojanegra, emprende una peligrosa búsqueda en la que descubrirá que su vida está ligada a Vendaval de un modo que nunca habría imaginado.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



**NACIDA A
MEDIANOCHÉ**

C.C. Hunter

Oz
EDITORIAL

Una novela de
SHADOW FALLS

Nacida a medianoche

Hunter, C.C.

9788416224012

384 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En Shadow Falls nada es lo que parece. Kylie va a pasar el verano en el campamento Shadow Falls para adolescentes con problemas. Allí no tardará en descubrir que todos sus compañeros poseen poderes sobrenaturales: vampiros, hombres lobo, cambiaformas, brujas y hadas aprenden en el campamento a controlar sus habilidades para poder convivir con los humanos. Pero Kylie no tiene ningún poder. ¿O sí? En Shadow Falls conoce a Derek, un fae dispuesto a todo con tal de conquistarla, y a Lucas, un fascinante hombre lobo con quien comparte un secreto. Derek y Lucas son muy diferentes, pero ambos luchan por su corazón. Cuando Kylie por fin comprende que Shadow Falls es el lugar al que pertenece, el campamento corre el riesgo de ser destruido por una amenaza mayor.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

BEST SELLER DEL NEW YORK TIMES

JESSICA SORENSEN



El secreto de
Callie y Kayden

El secreto de Callie y Kayden (La coincidencia 2)

Sorensen, Jessica

9788416224128

288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Crees que el amor puede salvarte la vida? Callie quiere estar cerca de Kayden. Quiere volver a besarle y perderse entre sus brazos como la primera vez que estuvieron juntos. No entiende por qué ahora se ha alejado, pero hará todo lo posible para volver con él. Kayden está loco por Callie, la pequeña chica morena que acapara todos sus pensamientos. No sabe cómo enfrentarse al hecho de querer tanto a alguien y eso le asusta. Es incapaz de ser sólo su amigo y no sabe si está preparado para algo más. Tendrá que ser ella quien le haga ver que su destino es estar unidos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

JOELLE CHARBONNEAU



LA PRUEBA

NO CONFÍES EN NADIE

OZ
EDITORIAL

La prueba

Charbonneau, Joelle

9788416224142

320 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Tras ser elegida para ir como candidata a la Prueba que da acceso a la Universidad, Cia quiere demostrar por todos los medios que merece estar allí. Pero cuando llegan al Instituto de la Prueba descubrirá que no sólo tendrá que demostrar sus conocimientos por escrito sino que también tendrá que demostrar su capacidad de improvisar, de trabajar en equipo y, lo más importante, de sobrevivir. ¿Puede confiar en Thomas, su compañero de colonia y quizá algo más? Porque en la Universidad, nada ni nadie es lo que parece y a final de curso no cuenta qué nota has sacado, sino si has sobrevivido.

[Cómpralo y empieza a leer](#)